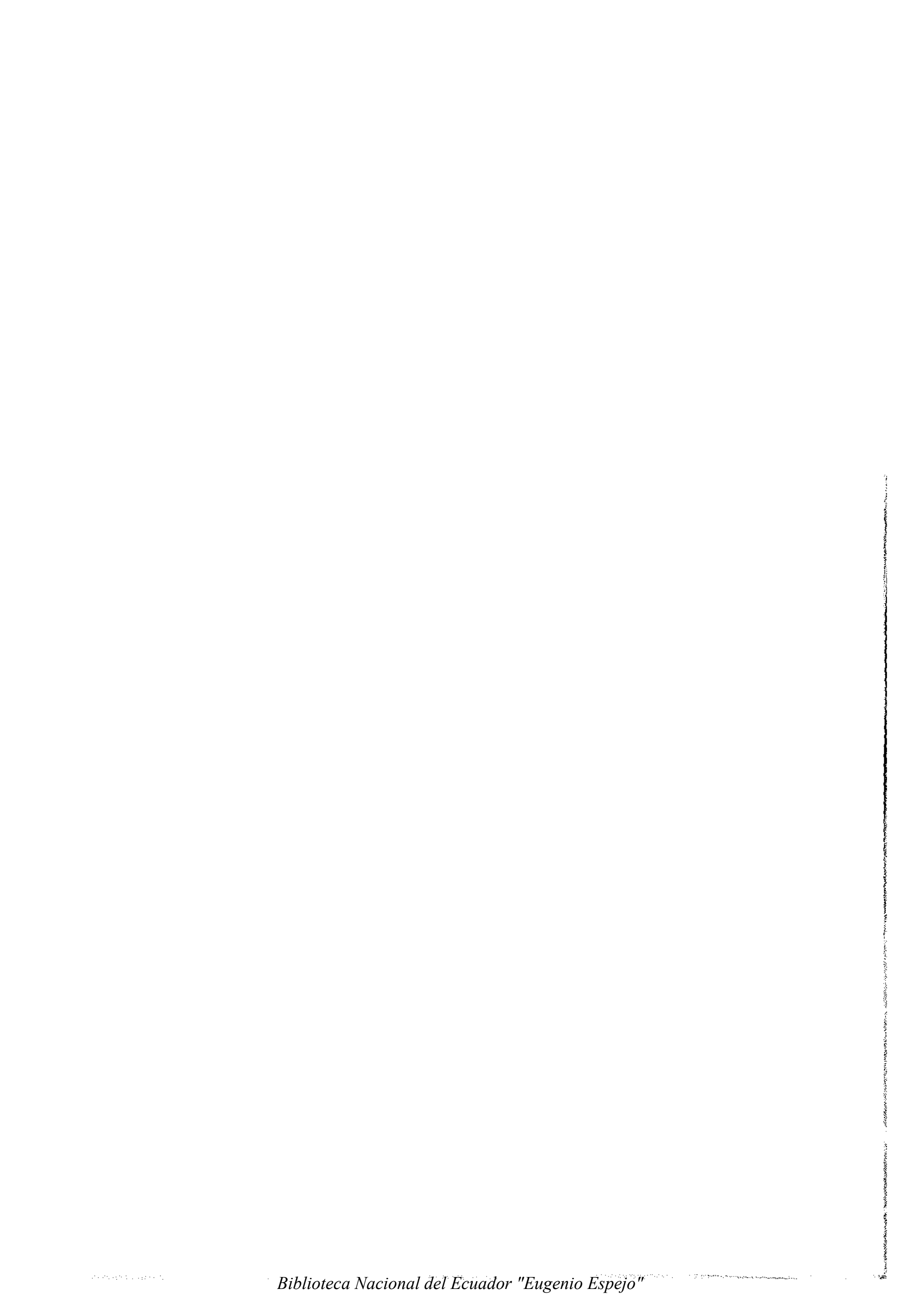
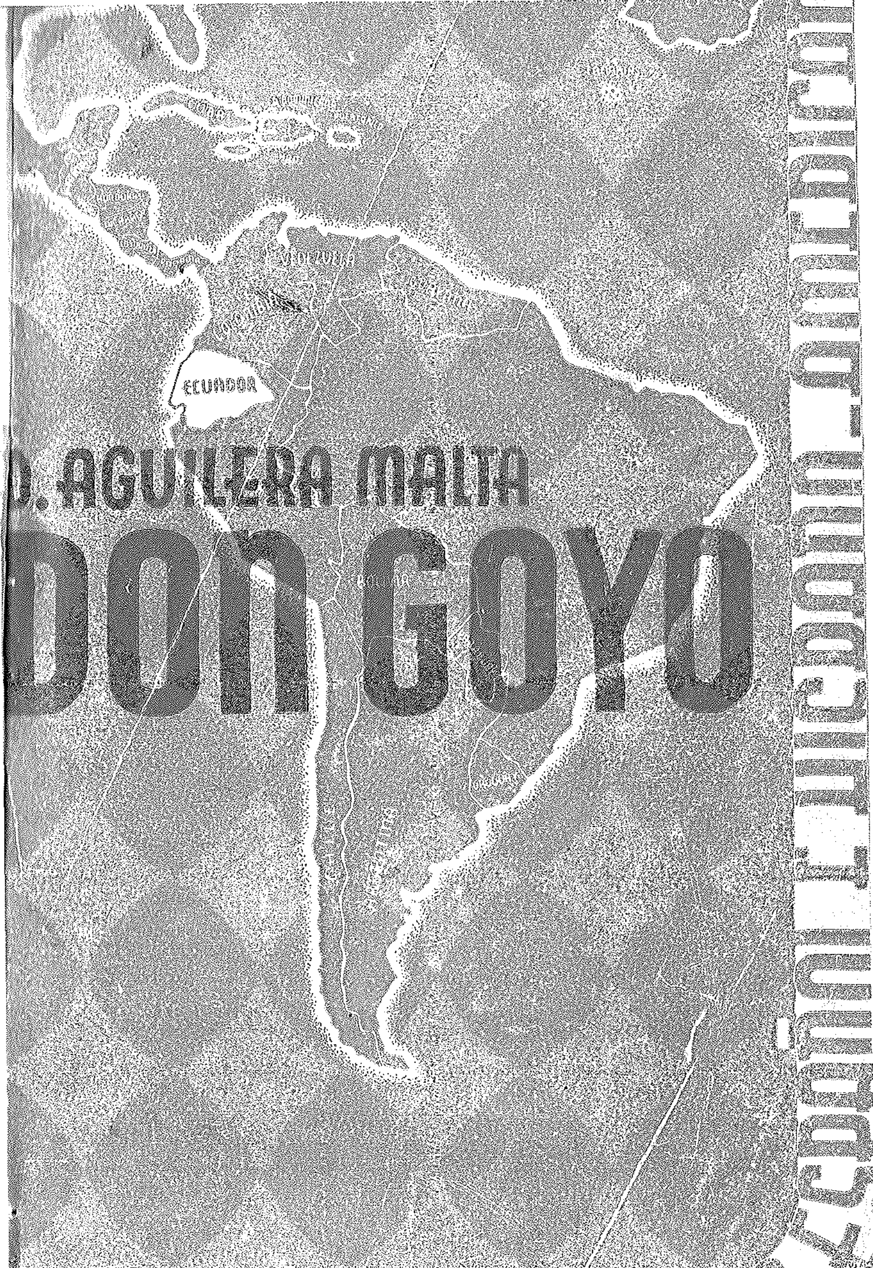



ECUADOR
D. AGUILERA MALTA
DON GOYO



IMP-ROT. (Imprenta Rotativa.) Andrés Mellado, 4.—MADRID

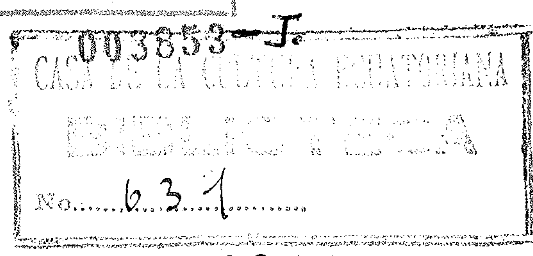
PANORAMA LITERARIO
ESPAÑOL E HISPANO-AMERICANO

D. AGUILERA MALTA

DON GOYO

NOVELA
AMERICANA

PRIMERA EDICION



1933

EDITORIAL CENIT, S. A.

OBRAS DEL AUTOR:

PRIMAVERA INTERIOR, prosas breves (con Jorge Pérez Concha).

EL LIBRO DE LOS MANGLEROS, versos cholunos.

LOS QUE SE VAN, cuentos del cholo y del montuvio (con Joaquín Gallegos Lara y Enrique Gil Gilbert).

PANAMÁ FOLKLORE 1930, dibujos.

El autor de esta obra que ofrecemos a los lectores de habla española es un joven escritor ecuatoriano que cuenta ya con un prestigio que ha traspasado las fronteras de nuestro idioma.

Después de una etapa de rebeldía, que le lleva a recorrer, viviendo la vida de los humildes, Panamá, Cuba, Estados Unidos de América y Canadá, vuelve a Guayaquil, donde continúa sus estudios, y surgen entonces sus aficiones literarias, dando a la imprenta su primer libro, El libro de los mangleros, en cuyos versos románticos recoge el sufrimiento de la clase oprimida. A partir de este momento colabora en varias revistas y periódicos de su país y de otros de América, hasta que el ambiente universitario le hace saltar, abandonando entonces la vida estudiantil y entregándose de lleno al periodismo en Panamá, a cuya capital istmeña se traslada.

El año 1930 publica Los que se van, cuentos del cholo y del montuvio, donde muestra en todo su vigor su tendencia criollista intensamente humana. Los que se van es recibido por los lectores americanos con entusiasmo.

En el año 1931 lanza al mercado su último libro, Leticia, de gran actualidad política, en el cual glosa

con un criterio racial el conflicto provocado en la Hoya Amazónica.

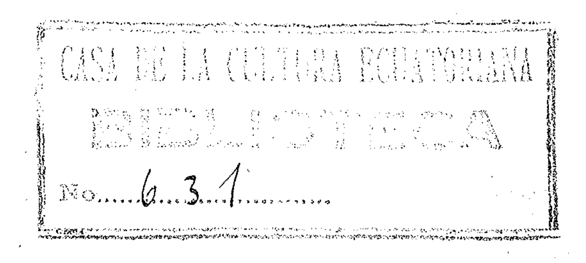
Nosotros, al ofrecer Don Goyo *en este «Panorama de la literatura española e hispanoamericana», creemos recoger un trozo palpitante y auténtico del Trópico, con toda su belleza natural y toda su injusticia social, presentadas con una riqueza de colorido y una fuerza de expresión que hacen acreedor a su autor a un destacado puesto de vanguardia en el frente literario de lucha formado por las juventudes americanas.*

CENIT

PRIMERA PARTE

C U S U M B O





1

De pronto, oyeron el chapotear de una canoa. Algo se agitó en la sombra. Se oyó un canaletazo. Al rato, otro. Después, una voz ronca, pesada, vigorosa:

—¡Güenas noches de Dios!

—¡Güenas, don Goyo!

Pesadamente. Lentamente. Casi al lado de ellos, pasó. El golpe del canalete—tardo, pero firme—se hizo más confuso. La noche—tal que enorme boa de ébano—lo atornilló en su vientre.

Hubo silencio.

Temprano habían clavado las estacas de mangle. Sobre el lodo cambiante del estero. Con los cuerpos desnudos. Medio peces, medio hombres. Chorreantes, magníficos. Tal que nuevos mangles gateados y nubosos.

El sol daba incendios de paleta a las vibrátiles espaldas. Las redes, multiformes, parecían abrazarlos en rotundas ansias de fecundación. El agua les brindaba sus espumas y sus olas. Las canoas brincaban,



como potros indómitos. Ellos clavaron, amarraron y se fueron.

La piola de las redes quedó esperando en el fondo. El aguaje rugió. Las aguas se empinaron. Remolinos de peces — en vueltas de inconsciencia — se metieron al estero. Los mangles se inclinaron. Un tío-tío, pareció reír. El sol—cangrejo de oro—reclinó sus tenazas de fuego sobre la nuca de los árboles.

Y ahora.

Desnudos otra vez. Hundidos en el agua. Nadando —más peces que hombres—levantaban las redes sobre el nivel del agua. Estirándolas. Formando una barrera, para evitar la huída súbita del pez.

Habló el más viejo de los dos:

—¿Habíj echao er barbajco?

—Toavía, no.

—¿Y qué ejperaj entonces? ¿Que argun catanudo nos rompa las reles? ¡Apúrate! Vos sabés: «Camarón que se duerme...»

—¡Ya vo!

Se encaramó en las ñangas, como el mono más ágil. Se asió de las ramas flexibles. Pisó indiferente las conchas filudas y los caracoles taciturnos. Se internó, siguiendo el cauce del estero tapado. Y entonces, sí. Regó la masa amarilla de la fruta traicionera. Se inclinó sobre el agua. Sacudiendo de vez en vez el cuerpo, salpicado de nubes de gegenes y güitifes.

—¡Caray, quejtá escuro!

Haciendo un gran esfuerzo, apenas distinguía ciertos vetazos del raicero. Uno que otro platear de lisas cabezonas. Los brincos luminosos de las rayas agonizantes. La fosforescencia de los recovecos del fango.

—¡Er barbasco las tá fregando!

Sentía un pco de angustia. Un no sé qué de temor. Pensó, de repente, que hacía mal en matarlos a todos. ¡A todititos...! No los podría ni aprovechar. Eran demasiado. Con el pez que recogieran esa noche tenían para mandar a Guayaquil una canoada. Lo demás quedaría allí. Pudriéndose. Alejando a las especies más preciadas y ricas. Además, el barbasco no respeta. Igual a los chicos que a los grandes. A todos les sacudiría las rojas agallas. Y, al final, los mataría. Y no sólo a los peces. A las jaibas. A los ostiones. A las patas de mula. A las conchaprietas. A los mejillones. A las lloronas.

Sobre la boca del estero, surgió el grito:

—¡Cusumbo!...

—¿Qué?

Yastá baja la marea. Podemos empezar.

—Güeno. ¡Ya vo!...

Saltó otra vez sobre las ñangas. Sintió crujir las ramazones altas. Escuchó al roncador entre el laberinto de las raíces colgantes. La vaca de agua, acaso, tuvo una llamada impotente. Llegó a la boca del estero:

—¡Ya estoy aquí!...

Sacaron los bajíos de la canoa. Descolgaron algo las redes. Se hundieron en el fango, hasta las rodillas. Empezaron a caminar lentamente.

—Mucho cuidao con un camarón brujo. ¡O con una agua mala!

—No te preocupes. Ya estoy curao.

—Lo mesmo decía er finao Mergar. Y una vez que lo picó un camarón tuvo fiesta pa tiempísimo...

Con los ojos anhelantes bejuqueaban el lodo. Sobre todo, hacia la falda de las redes. Había un enorme racimo de escamas. En el vientre enorme de la piola estirada. Los peces se agitaban con ritmos de muerte. Se agrupaban. Amigos y enemigos. Unidos ante el hambre de los hombres. Se oía su pelea incesante con el pálido barbasco. Las estacas de mangle se agitaban fuertemente. Desde el fango venía constantemente el «crac» de las conchaprietas afligidas.

Las últimas aguas de la vaciante se arrastraban perezosas. El humo de comején apenas evitaba la lluvia de güitifes. Hacía frío. Un frío que mordía y arañaba como un gato. El viento madrugador y pendenciero daba golpes en la nuca de los mangles.

Empezó la recogida. Los bajíos viajaron intermitentemente a la canoa. Los peces ya empezaban a morir. Lentamente, agitaban unos pocos sus agallas rojas. Los más, caían pesadamente sobre el fondo de la canoa, inanimados. Había de todo: parbos, ureles, roncadores, pámpanos, lisas, corvinas, chaparras, robalos...

Cusumbo murmuró:

—Hemoj tenío suerte.

—¿Por qué?

—Porque ningún pejeco nos ha roto las reles.

—Es que no ha habido nenguno grande. Ni tintorera, ni lagarto, ni catanudo...

—Tenej razón.

La canoa se llenaba. La canoa se hundía. La enorme canoa de pechiche. Los cholos miraban con lástima la gran cantidad de pez que quedaba aún en el estero.

—¡Ve cómo se desperdicia er peje!

—¡Y creo que naide viene a la busca!

—¡Mardita sea!...

Desclavaron las redes. Las sacaron. Las colocaron sobre otra canoa que tenían medio oculta en un brusquero de ñangas. Y encima pusieron las estacas de mangle.

—¡Quién sabe aquiora vengan estos pendejos!...

—Y ya ej tarde. ¡Capaz de que no van a llegar a tiempo a Guayaquil!...

Se echaron en la canoa a esperar. Estaban tiritando de frío. Tenían todavía medio cuerpo al descubierto. Con los ojos abiertos escarbaban más allá del Pozudo.

La noche se hacía negrísima. No se distinguía casi nada sobre la superficie de las aguas. El viento, ma-

tón, se metía quedamente por todos los rincones de las islas.

—¿Lej habrá pasao argo?

—No creo. Conocen como la parma de su mano ejtaj ijlas.

De pronto, surgió el golpe del remo. Acompasado. Fuerte. Dominador. Iba creciendo por momentos. Ahora lo repetía, aumentado, el vientre sonoro de las islas. Se acercaba. Se acercaba.

—¡Ahí vienen!...

Al poco rato, estuvo la canoa entre ellos. Traía un rollo de agua que brillaba levemente en la oscuridad de la noche.

—¿Qué les ha pasao?

—Nada. Que salimoj tarde der Guayas, porque la comida se mercó ya escurito.

—Ajá.

Los recién venidos se transbordaron a la canoa, cargada con el pege. El que hacía de piloto comentó:

—Ha habido bastante.

—Y eso que hemoj dejao máj de la mitá porque no cabía en la canoa.

—¡Ta güeno!...

Se acomodaron. Y entonces, sí. Las tres canoas partieron cada una por su lado. Se volvió a escuchar el golpe recio de los remos potentes. El chapotear de las embarcaciones, cortando con su chata proa la tersa superficie de las aguas.

Se hizo silencio. Las islas parecieron bostezar. Y

los mangles iniciaron sus amores milenarios sobre los lechos plásticos del fango.

Allá. Sobre las chozas de las balsas. Acaso, el cuerito de venado. Tal vez, la mujer. Quizá, la caricia esperada. El retorcer de carnes que se encienden. Puede también que la fiebre de los hombres solitarios.

Es que hacía demasiado frío.

2

Cusumbo — lo mejor que pudo — se asomó en sí mismo.

Estaba tirado en la balsa, amarrada a los mangles de la orilla. Mirando, sin ver, las aguas correntosas del estero, que doblaban las raíces colgantes de los mangles. Estaba solo. Todos sus compañeros habían ido a clavar las estacas. El no quiso acompañarlos.

Hacía muchos años...

Entre los muslos recios de una hembra de po arriba, de la que ni se acordaba casi, había echado el primer grito. Era un día gris. Estaba rodeado de viejas conversonas y de hombres taciturnos. Más tar-

2

de, le habían contado que cada quien lanzó su comentario:

—¡Será feliz como un parmero de mangle!...

—No será bravo y juerte como su mama...

—Lo amarán las mujeres...

—¿Y loj hombres?

La madre, satisfecha de sí misma, orgullosa de su sangre y de su carne, retó:

—Será m'hijo...

El padre, avergonzado, perdido en un rincón, no supo qué decir.

¡Un puyón—tal que en ansias absurdas de bautizo—se había posado en la carne rojioscura del pequeño.

Cuando sus ojos «vieron» la vida...

Le gustaban los caballos. Los caballos garañones, montados a pelo. Bebedores de viento y de horizontes azules—el caballo es la canoa de la montaña—. Le gustaban los caballos elásticos y altivos que protestan. Que se encabritan. O los caballos locos, que anhelan desbocarse.

A fines de verano—desmontes que pelan las ubres prietas de la tierra—corrió como un ciclón. Saltando lo tucos carbonados. Las ramazones agostadas. Los troncos displicentes y fornidos. Se metió en la llama de las quemazones. Se asoleó en las pampas manchadas de incendio. Tal que adherido al lomo de los brutos, lo vieron los tamarindos silenciosos y los algarrobos gritadores.

De entonces—no supo definitivamente cuándo—,

sintió clavarse a su aspalda el garrotazo de un nombre:

—¡Cusumbo!

¿Quién se lo dijo?

¿Dónde?

¿Por qué?

Lo ignoraba. Pero pronto lo oyó repetir. Tras los árboles. En la casa. En los pueblos:

¡Cusumbo!

¡Cusumbo!

¡Cusumbo!

Pronto se olvidaron del que le pusieron en la pila. El ya lo había olvidado antes.

¡Cusumbo!

Desyerbó arroz. Con un raboncito brillante. En cuclillas. Entre las filas interminables de las plantas diminutas. Amó el desarrollo de sus hojas esbeltas. Persiguió a las iguanas. A las langostas. A los tío-tíos en época de corte. Se embriagó con el oro de las espigas. Gustó de introducirse — como una lengua más—en la fiesta rubia de los penachos movedizos.

Era en las orillas de los ríos. En las partes que el agua baña con las llenas. Las tembladeras, sazonadas de lagartos traidores, salpicadas de patillos, gallaretas y guaques.

Sabanas inmensas, que ceñían, como cinturones formidables, el vientre de las lomas y los bancos, se vestían de un amarillo brillante, firme, provocativo.

A fines de invierno, cuando las aguas se retiran y cuando los esteros se secan, los caballos victoriosos hundían sus patas nervudas en medio del almácigo formado al tupirse los arrozales. Todo vibraba a la luz solar. Todo invitaba a vivir y a gozar.

¡Ah, las espigas!...

Y una noche. Quizá—pleno impulso inconsciente—cuando intentó mirarse por primera vez. Contemplando el prodigio de la falange verdedorada:

—*¡Si yo fuera arrozal!...*

Dar alegría a los montes. Alimento y cobijo a los hombres. Sentirse uno y muchos. Grano de arroz entre los dientes. Paja de arroz sobre las chozas y las balsas.

¡Ah, las espigas!...

Cusumbo ordeñó. Después de vaquear. Montado en la briosa potranca. Llevando el ganado, tardo y silencioso, sobre los potreros verdeantes. Salpicados de vez en vez por los algarrobos soñadores o los pechiches o tamarindos copudos.

—*¡Jo, «Jaboncillo»! ¡Jo, «Mantablanca»! ¡Jo, «Diablico»! ¡Jo, Jojojó, Jo!...*

Los cuernos, altos y desafiantes, obedecían gustosos. El potrero se abría maternal. El millón de lenguas verdes lamía las ubres colgantes y pródigas y las virilidades entusiastas. Los vaqueros agitaban sus palancas en lo alto. Montados en sus caballos, ágiles y fuertes, se dijeran una extraña fila de centau-

ros desafiantes. Iban desperdigados, formando una especie de red de carne para atrapar a los ejemplares retrecheros.

—¡Jo, «Jaboncillo»! ¡Jo, «Muyuyo»! ¡Jo, «Fajado»!...

Cuando estaban cerca de la casa de la hacienda, lo primero que percibían era un amplio olor a majada. El «mé» multiplicado y exasperante de los terneros hambreados. Las cien manchas de piel, multicolora y vibrátil, distribuída en los corrales vigorosos.

—¡Jo, «Jaboncillo»! ¡Jo, «Mantablanca»! ¡Jo, «Diablico», jojojó!...

Los toros padres quedaban tras las cañas de las puertas. En curva pintoresca, enfilaban sus quintales de carne sobre la orilla de las cercas alambradas. Las vacas entraban en aluvión. Metían su hocico como mejor podían entre caña y caña de las separaciones, y por ahí lamían tiernamente a sus hijos, mugiendo dulcemente.

Cusumbo ordeñó.

A media noche. Con la linterna de gasolina colgada al palo de guayacán más alto del barranco. Con o sin lluvia. Hundido hasta las rodillas en el fango. Aturdido por el estruendo de la llamada de las rejeras y el lamento de los chumbotes.

Cusumbo ordeñó.

Dejaba al ternero, anhelante, prenderse de las tetas, que se hinchaban. Permitía que fueran embestidas varias veces las ubres pródigas. Y cuando la leche respondía a la llamada, amarrábalo, con un bejuco, a las patas traseras.

Entonces, sí. En cuclillas. Con el tarro entre las piernas, apretaba con sus dedos vibrantes los jugosos racimos de carne. El chorro espumoso salía con fuerza sobre el amplio recipiente. La vaca pateaba de vez en cuando, impaciente. Ya conocía la capacidad de cada una. Y, generalmente, dejaba una teta sin exprimir para el ternero.

De madrugada, cuando el pito de la lancha latigueaba la hacienda; cuando ya la leche se iba para el Guayas durmiendo, con su bañito de agua sobre los tarros panzudos, subía a la casa y se echaba a dormir.

De todo podía olvidarse menos de don Encarnación Estupiñán.

Don Encarnación era el eje de todos sus recuerdos de niño. Cerrando los ojos lo «veía» aún perfectamente. Alto, cetrino, cejijuunto, con un poncho amplio y fuerte siempre terciado sobre el hombro. Armado de un formidable puñal, que hacía temblar. Apareciendo misteriosamente de vez en vez en la hacienda. Mirado de todos con respeto, casi con temor.

Se contaban de él multitud de historias espeluznantes, en que cruzaban polleras de hembras hermosas, sangre de montuvios bravos, machetazos definitivos, que cercenaban las vidas como tallos de bledos. Pero lo cierto es que nadie podía afirmar con



certeza nada de lo que decía. Y ante él siempre había una sonrisa cariñosa y un brindis a tiempo.

Cuando llegaba de la montaña, agitado y violento, la hacienda tenía una vibración de entusiasmo. Hombres y mujeres salían a recibirlo:

—¡Güenas tardes de Dios!

—¡Güenas, don Encarnación!

Venía casi siempre en un garañón tostado. Ante la primera casa se apeaba.

—¿Se puede?

—Suba usté, don Encarna.

Amarraba su cabalgadura en uno de los puntales y subía por la estrecha escalera de caña. Tras de él, iba casi toda la peonada de la hacienda, con sus mujeres y sus hijos. Se sentaban en el piso y se ponían en actitud admirativa ante los movimientos de don Encarna.

—Cuéntese algo, Don.

—¿Qué lej vo a contar? Ya lej he largao toíto lo que hei aprendío.

Alguno sugería tímidamente:

—Argo fartará, don Encarna.

Don Encarnación tosía. Cogía el poncho. Le daba unas cuantas vueltas. Le hacía varios dobleces. Lo ubicaba encima de sus rodillas. Daba una mirada llena de satisfacción sobre el auditorio. Volvía a toser:

—¡Er que manda, manda!...

Con palabras entrecortadas. En un estilo seco, nervioso. Lleno de imágenes. Accionando con las manos,

con las piernas, con el machete, con el poncho, empezaba a hablar.

Era el secreto de la selva y el secreto de los pueblos. Succionador infatigable de la charla de los hombres y de las cosas, don Encarna vivía una eterna leyenda. Conocía el lenguaje de los guayacanes y de los cabo de hachas, de los niguitos y de los cascoles, de los tigres y de los venados, de los tiburones y de las simbocas. Además, leía en el espíritu de todos sus camaradas en la lucha contra la montaña.

Y lo mejor era que él estaba persuadido de que lo que decía era absolutamente cierto. Si, por casualidad—cuando hacía hablar a un caimán o bailar a un difunto en una de sus charlas—, alguien se reía, don Encarna enmudecía, cogía su sombrero, se terciaba el poncho a la espalda y se marchaba, para no volver hasta después de algunos días:

—¡Too son unoj dejgraciaoj!...

Una de las historias favoritas—la que Cusumbo recordaba mejor—era la de ño Francia y su familia.

Ño Francia era un negro cimarrón, que vivía por arriba de Payo. Lejos de la casa de la hacienda. En plena montaña. Completamente aislado de los hombres. Vivía con su mujer y sus cuatro hijas, a quienes llamaban las Sapitos. Se les había dado un pequeño pedazo de terreno para que cultivaran y que de eso vivieran, y evitar que así merodearan a la ha-

cienda, porque decían que iban a sembrar la desdicha por dondequiera que pusieran la planta.

Ño Francia era medio brujo y medio adivino. De noche lo veían montado sobre los árboles o andando sobre el río, sin hundirse, o atisbando en la orilla de los caminos para causar desgracias a cuantos pudiese. Por su casa nadie se aventuraba. Y cuando algún novillo o potro se iba por esos lados, ninguno de los peones se atrevía a buscarlo, y el animal se perdía definitivamente.

Pues bien. Un día, el mayordomo de la hacienda fué sorprendido por la llegada de toda la peonada, que venía huyendo despavorida. Interrogó al primero, para ver qué era lo que sucedía. Y entonces le dijeron que habían visto venir a todo correr a ño Francia, con su mujer y sus hijas.

—¿Y eso qué hace?

—Ej que ño Francia trai siempre la desgracia.

El mayordomo—un «niño bien», mandado de la ciudad—se echó a reír.

—Ustedes son unos pendejos. ¡Creyendo todavía esas cosas!

—Ya verá, blanco.

Al poco rato, estuvo ño Francia y su familia ante el mayordomo. Venía el viejo cimarrón nervioso y agitado. Miraba tímidamente a todos:

—Puej yo hei venío...

—¿Para qué?

Titubeó algún rato. Después, miró fijamente al mayordomo:

—Ej que va a haber un aguaje grandísimo. Ejto se va a dir a pique. Usté, blanco, y toda su gente tiene que dir a guarecerse en el banco máj cercano. Si no, se van a fregar.

El mayordomo empezó a reírse a carcajadas.

—No seas pendejo. Estás loco.

—Como usté quiera, blanco. Ya verá.

En seguida. Antes de que los peones se repusieran del miedo que les había causado la noticia, Ño Francia, con toda su familia, emprendió rápidamente la marcha por el mismo camino que había llegado.

Uno de los peones comentó:

—Oiga, blanco. Ño Francia no miente nunca.

—Pero no puede saber lo que va a pasar...

—Ej que ño Francia ej brujo. Se ha palabreao con er Malo.

—¿Sí? Pues lo que es yo me quedo aquí. Los que quieran que se vayan al banco a guarecerse.

—Ta bien, blanco.

Diz que, al día siguiente, la montaña estaba más tranquila que nunca. Sólo habían quedado en casa el mayordomo y un peón viejo que había murmurado:

—Yo sé que er branco se va a joder. Pero arguno debe acompañarlo.

Había pasado la mañana sin novedad. Eran como las doce. Estaba el mayordomo sentado en la hamaca de mocora, mirando por sobre la baranda. Rién-

dose todavía de ño Francia y de los peones crédulos. Frente a él, su viejo acompañante, mudo y cabizbajo, lo escuchaba:

—Ya ves cómo no ha pasado nada.

—No cante victoria todavía, mi blanco. Ño Francia no se equivoca nunca.

—¡Qué idiotas son ustedes!...

No bien había acabado de decir esto, cuando empezó a notar un extraño desconcierto en la montaña. Y, de pronto, un ruido sordo, prolongado, amenazador, le machacó los oídos. Fué como el toque de arrebato. Al instante se estremeció la selva. Los árboles, temblorosos, se empinaron. Empezaron a surgir, en medio de las raíces colgantes, de los brusqueros intrincados, de las ramazones desarticuladas, multitud de venados, ardillas, vacas, caballos, jabalíes, todos los animales de esas tierras. Venían en una absurda mezcla, causada por el terror. Destrozando lo que encontraban a su paso y destrozándose ellos mismos en la huída dislocada. Pronto, el cielo se oscureció. Millares de millares de aves se elevaron, formando verdaderas manchas gigantescas. El ambiente se poblaba de gritos, de ruidos exasperantes, de conmociones ignotas. Y, sobre todo, creciendo cada vez más el mugido de la inundación.

El mayordomo, pálido, tembloroso, titubeante, balbuceó:

—Era verdad...

—Ño Francia no se equivoca nunca, mi blanco.

El pánico se apoderaba también de ellos. Súbita-

mente, se contagiaron del deseo de huir que atormentaba a la montaña. Bajaron casi volando la escalera de caña, y cuando llegaron abajo, el peón murmuró:

—¡Demasiado tarde, blanco!...

Venían ráfagas de un viento huracanado. Se dijera que todo se iba a terminar. Los árboles empezaban a temblar y a caer. Pero, apenas caídos, principiaban también a caminar. Era como si le hubieran nacido millones de pies a la montaña. El ruido se hacía insoportable. Lo sentían ya por todo el cuerpo. Tal que si un abrazo colosal les triturara todas las vértebras.

De pronto, por sobre los animales y sobre los árboles, surgió la gran ola. Espumosa. Desafiante. Gigantesca.

No se dieron cuenta cuando llegó ante ellos. Cuando cogió como un juguete la casa. Cuando destrozó los puntales. Cuando la arrastró a su vez, despedazándola contra las vegetaciones milenarias. Después, se sintieron flotando sobre las aguas interminables, que tendían un abrazo inaudito hacia los horizontes.

La peonada vió, al día siguiente, sólo una gran laguna. Las casas, los árboles, los animales, todo había desaparecido. De vez en vez, la corriente arrastraba vacas muertas, llenas de gallinazos, que las picoteaban. O uno que otro tronco o ramazón, que se bamboleaba levemente sobre la gran superficie líquida.

Por más que hicieron para encontrar el cadáver del blanco o el del peón. O, cuando menos, la casa de la hacienda, no consiguieron ningún resultado. ¡Quién sabe para qué lado los había tirado la gran ola!...

—Ya ven ustede—comentaba don Encarna—lo que les pasa a los escreídos. ¡Por eso hay que creer siempre!...

Los montuvios lo escuchaban pensativos. Callados. Siguiendo con ansiedad hasta el último detalle de las charlas sabrosas. Cuando don Encarna terminaba, se miraban los unos a los otros, hasta que alguno vencía su timidez y decía:

—¡Echenos argo más, don Encarna!...

—Pero si yo no sé naj.

—Argo habrá por ahí.

Volvia a hacer girar el poncho. Se posesionaba más de su papel. Miraba con ademán autoritario a su gente. Y seguía:

—Una vez, en «Dos Revesas»...

Era la historia brava de una mujer indomable. En Daule había nacido. Y en Daule había empezado a amar y a vivir. La llamaban la Agalluda. Porque disque todo lo quería para ella. Porque sólo andaba tras de la plata. Como si un apetito insaciable de dinero le desgarrara perennemente las entrañas. Con sus caderas ondulantes. Con sus vaivenes de canoa balumosa, conquistaba a los hombres. Nadie en el pueblo la queria. Y cuando ella pasaba por el lado

de una mujer de esas que tienen un solo marido, siempre iba seguida de ese nombre pronunciado como un insulto:

—¡La Agalluda!...

Pero es lo cierto que esta mujer había sido engañada por un blanco, que había ido unos días a pasear por esos lados. Y había tenido un hijo. Al que debía mantener, después de ser abandonada por el sátiro. Y como el trabajo estaba en esos días tan escaso. Y como les había cogido odio a los hombres, para vivir con uno sólo. Para estar siempre a su lado... Hacía lo que podía.

Sin embargo, un día la vida le fué imposible. Tuvo que huir más abajo del río. Y así fué cómo llegó a «Dos Revesas».

«Dos Revesas» tenía entonces movimiento. Habían llegado unos gringos, que decían que allí había mucho carbón de piedra y mucho hierro. Habían traído una serie de máquinas, y todos los días se pasaban hundiendo el terreno con unos cadenones que daban miedo. Tenían algunos trabajadores. Y la Agalluda se ofreció para cocinarlos a todos. Los gringos aceptaron. Le darían casa y comida para ella y para su hijo. Viviría en la cocina de la casa grande que habían levantado a la orilla del río. Podía comenzar desde ese día mismo.

La Agalluda se hizo muchas ilusiones. Pensó que iba a iniciar una nueva vida. Tranquila, serena, feliz. Muy temprano tendió su toldo sobre el petate.

Besó a su hijo y lo hizo dormir. Y empezó a preparar, lo mejor que pudo, los platos de la comida.

Pero por la noche. A eso de las doce. Cuando todos se habían dormido. Cuando ella estaba descansando de las rudas faenas de la tarde, sintió un ruido de pasos. Sintió que la puerta de la cocina se abría quedamente. Y, a través de la tela del toldo, vió la figura de un hombre, que entraba. No pudo contenerse:

—¿Qué quieres aquí?

El hombre se acercó violentamente. Y tumbándose al lado de ella, quiso abrazarla. Pero la Agalluda, haciendo un esfuerzo supremo, se desasió. Y, cogiendo a su hijo, bajó la casa y emprendió una carrera hacia la orilla:

—¡Gringos desgraciaos!...

Cogió la primera canoa que encontró. Se embarcó en ella, depositando a su hijo en la proa. Y empezó a bogar.

La noche estaba oscurísima. No se distinguía nada absolutamente. Se empezaba a escuchar levemente los gritos de la gente, que se daba cuenta de la huída de la Agalluda. Hacía un frío que calaba los huesos. Reinaba un silencio que hacía dar miedo. Cuando, de pronto, se oyó un grito largo retorciente seguido de un ligero chapoteo.

¡La había hundido una de las revesas!

—Dende tonce — terminaba don Encarna — todas las canoas que pasan por «Dos Revesas» se santiguan y rezan por la Agalluda. Porque si no, la ven

pasar con el hijo en los brazos. Y se ven seguidos por ella toda la noche.

Terminadas sus charlas, don Encarna era agasajado con un trago de puro o con una taza de café.

3

Y un día—para Cusumbo—sucedió lo inevitable. Vino de improviso. Como un aguacero en día de sol. Comía cerezas jugosas bajo un árbol. Estaba echado cerca de la orilla. Mirando distraídamente las sabanas interminables. Ardiendo bajo un calor que veteaba de rubio los verdes tropicales. Más tranquilo que nunca.

De pronto, sintió unas carreras dislocadas. A través de los altos pajonales, vió cuatro cuernos filudos. Oyó el jadear de las respiraciones formidables. Ante él se rompió el monto. Y surgieron la «Jaboncillo» y el «Fajado». Espumosos. Vibrantes. Con la piel hecha incendio.

Corrieron largo rato. Torpemente. Tropezando con uno que otro tronco. La «Jaboncillo», huyendo. El «Fajado», atrás, potente, furioso. Las distancias se acortaban insensiblemente. Pronto el hocico del toro estuvo cerca del sexo de la perseguida. Un esfuerzo más. Y el «Fajado» saltó sobre la «Jaboncillo».

Se oyó un sordo mugido de alegría y de dolor. El «Fajado» le hundió su carne atornillante. Hubo un jadeo angustioso. La «Jaboncillo» se estremeció. Cayó al suelo, en desperdicio absurdo, un hilillo de la leche engendradora. Todo fué rápido. Tal que relámpago de carnes agitadas. Vibraron mugiendo. Electrizados. En medio de los atónitos potreros. De los árboles inclinados. De las aguas empinadas.

Así—tornados sólo marejada de músculos—se hundieron en el verde del jainero. Siguieron por las trochas más difíciles. En un esfuerzo titánico de fecundidad.

Y Cusumbo, atónito, extático, empezaba a comprender.

Fué a manera de un despertar. Bañándose y viendo bañar a los muchachos de la hacienda, empezó a establecer analogía entre él y el «Fajado» y entre la «Jaboncillo» y muchas de las chiquillas con quienes jugaba. La carne le gritó. Fiesta roja tornósele el ambiente. Se empinó en el panorama de su vida para escrutar horizontes anhelados. Y—a pesar de todo—se encontró solitario, como un caracol en el barranco de la vida. Sintiendo que una feroz hambre de iniciación le sacudía la sangre.

Ya no tuvo instante de quietud. Se perdió muchas veces en la montaña, buscando algo que no encontraba jamás. Salía en la canoa a rodar aguas abajo. Tendiéndose boca arriba en el fondo. Esperan-

do. Siempre esperando. Muchas noches—cuando todos roncaban—levantóse. Salió a la puerta de caña, que daba a los corrales. Temblando. Sin saber qué le pasaba. Notando que el aire frío calmaba un poco su excitación.

Pero, al ver el ganado amontonado en grupos innumerables. Sintiendo, en bocanadas ardientes, el calor de tanta carne. Encontrándose aún más solitario entre esas hembras innumerables.

No podía contenerse:

—¡Si yo fuera toro padre!...

No importarle nada. No tener que hacer nada. Hundirse en la carne prieta de las hembras y en la carne verde del janeiro. Prodigar su savia—ahora inútil—como semilla de multitudes. Cuidar de todo el ganado ante la zarpa y los afilados colmillos del tigre. Vivir una vida de poderío y de dominación sobre todos los potreros...

—¡Si yo fuera toro padre!...

Aquello tan esperado, llegó.

Fué una vez que sus viejos habían ido a visitar unos compadres y lo llevaron. La casa de los compadres quedaba río arriba. Más allá de Babahoyo. Se echaba una marea bien jalada para llegar.

En la casa de los compadres había fiesta. Se bailaba en el piso de caña brava picada. Un borrachón cantaba un amor fino. La guitarra parecía quejarse, rasgada por las manos aguardentosas. Las pa-

rejas, mezcladas en apretujamientos de violencia, olían a trago, a deseo, a marejada. El aguardiente, sazonador de las farras montuvias, se les empinaba en los ojos y les daba latigazos en la carne.

Se dijera que la casa, en pleno ritmo imitativo, empezaba a bailar. Se escuchaba el trinar de todas sus maderas ancianas. Sus hojas de bijao parecían inclinarse y balancearse suavemente al compás de la música típica:

De pronto, alguien gritó:

—Y er Cusumbo, ¿no baila?

En seguida lo buscaron con la mirada. Estaba arrinconado, sin saber qué hacer. Mirando y oyendo todo cuanto hacían los grandes. Especialmente, las mujeres, a quienes sondeaba ávidamente con los ojos.

Repitieron la pregunta:

—Er Cusumbo, ¿no baila?

Tímidamente respondió:

—No. No sé.

El viejo, medio azomagado ya, lo cogió de la mano, tambaleándose:

—Ven, pendejo, apriende.

Fué una explosión:

—¡Sí, que baile!

—¡Que baile!

—¡Baila, hombre!

Quiso protestar:

—¡Ej que nunca hei bailao!...

—¿No? Tonce que te enseñe la Nica. Ven, Nica, a enseñale ar muchacho.

La Nica se acercó. Era la hija de los dueños de la casa. Un poco mayor que Cusumbo. Se adivinaban hinchamientos de sazón bajo la tosca saraza de su traje. Cogió de la mano a Cusumbo.

—¡Vamo a bailar, Cusumbo!

—¡Ej que yo no sé!

—¡Ven, hombre, apriende! ¿Me tenés miedo?

Los rodeaba casi toda la montuviada. Empezaban a azuzarlos:

—Sí, sí. Que baile.

—Nica, enséñale.

—¡Que no sea pendejo!

—¡Que baile!...

—Baila, Cusumbo. La muchacha no te va a fregar...

No pudo más.

—Ta bien...

Oscurecía. En una esquina, el candil empezó a abrir sus ojos luminosos. Brochazos de sombra se prendieron en las cosas. Las cañas borraron sus contornos. Las parejas se perdieron en sí mismas.

Cusumbo bailaba. Prendido a la Nica. Apretado a ella. Sin saber dónde tenía los pies ni lo que con ellos estaba haciendo. Medio ebrio quizá, a pesar de no haber tomado ni una copa de puro. Sentía la dulce presión de todo el cuerpo de la hembra. La casa le daba vueltas. Una extraña sensasión lo in-

vadía lentamente. Ahora, sí, ahora sí tenía miedo de verdad.

En una vuelta, cerca de la escalera, la Nica le habló despacito:

—Oye, Cusumbo. Tengo que ir abajo. ¿Querés acompañarme? Como está escuro, me da miedo ir sola. ¿Querés?

—¡Güeno!

Bajaron lentamente la escalera. Ninguno de los montuvios—ya borrachos—se dió cuenta.

Seguía la guitarra emocionada su algarabía de notas disparatadas y confusas. Voces aguardentosas coreaban al cantor. La casa temblaba. Afuera, la noche prendía sus dientes negros sobre el vientre fecundo de la tierra.

El diálogo surgió en la oscuridad:

—¿Pa ónde vas?

—Aquí, no más.

—¿Querés que te acompañe hasta allá?

—No. Hasta aquí, no más.

—Ta bien, pue.

Ella lo miró fijamente, tratando de adivinar su pensamiento. Rió. Siguió por la trocha que llevaba al Manantial. Andaba lenta, pesada, con ondulaciones provocantes sobre la fiesta de sus nalgas.

Cusumbo la siguió. Paso a paso. Conteniendo la respiración. Mirando y escuchando. Tratando de adivinar el último movimiento de ella. Al poco rato,

oyó un rumor de trapos estrujados. Se acercó. La vió ponerse en cuclillas.

En visión de relámpago, recordó. La «Jaboncillo» y el «Fajado». El grupo vibrante. El mugido doloroso y alegre. La posesión. El galope convulso del grupo crujiente.

Y...

No pudo contenerse.

Saltó. Como un tigre. La cogió. La apretó a su cuerpo. Murmuró, casi a pesar suyo:

—Nica...

Ella quiso desasirse. Levantar sus ropas, aún caídas. Forcejeó. Bravamente. Largamente. Pero...

—Nica... Es que...

—Lárgate. No me friegues.

—Ej que no puedo...

La apretaba más. La apretaba. La apretaba. Ella empezaba a sentir. Se estremecía ya. No intentaba desasirse. Antes bien...

—Cusumbo...

Lo empezó a abrazar a su vez. De improviso, lo besó. El muchacho vió rojo.

—Cusumbo...

—Nica...

—Aquí, no. Vamo. Bajo er tamarindo ej mejor... Cusumbo no veía...

Y bajo el tamarindo...

—Ponte, Nica.

—Yastá.

—No, así, no.

Ella se había arrojado boca arriba, ofreciéndose. Sus ropas, levantadas sobre el vientre, dejaban ver. Cusumbo la sondeaba con las manos ávidas.

—¿Cómo, pué?

—Así, como se ponen las vacas a los toros.

—No, no es así. ¿Sabes vos? No es así.

—Sí. Yo hei mirao er otro día ar «Fajao» y la «Jaboncillo».

—Ej que... Aguarda... Loj animale son distinto... ¿Tú, nunca?

—No.

—Ajá. Mejor entonce.

Lo guió. Lo ayudó. El sintió un dolor agudo y violento. Pero...

—¡Ya ves, Cusumbo!

—Sí.

El viento sacudía las hojas de los árboles. La luna asomaba su rostro plácido. De la casa montuvia venía el charrasqueo de la guitarra medio ebria. Y la voz aguardentosa del montuvio borrachón.

4

Se hacía hombre.

Poco a poco, su carne se iba hinchando para darle salida a los músculos vigorosos. Se sentía más

fuerte que un toro. La montaña le había comunicado una extraña rebeldía. Un hambre insatisfecha de combate perenne. Una actitud dominadora de potro en libertad. Con su machete en la mano no le temía ni a Dios ni al diablo. Vivía una constante agitación de savia desbordada. Agujereaba los horizontes, desafiando.

Pero he aquí que un día el viejo mató a patadas a su madre. Había llegado borracho. Mascullando juramentos. Subiendo tambaleante la escalera. Por primera vez en su vida, dominador. Se había plantado en media casa. Se había cruzado de brazos.

—¡A mí naide me jode!

Se exaltaba. Escupía. Miraba con ojos irritados para todas partes. Su eterna timidez había sido vencida. Bufaba como una bestia.

—¡Hei dicho que naide me jode! ¡Toy cansao de aguantarle a too er mundo! Necesito fregar a arguien también. Por ejtoj laos siempre hay que fregar a arguien. ¡Er patrón me saca a mí la sangre, yo debo siquiera tratarlos a patadas a toos ustedes!...

Los ojos se le ponían rojos, como brasas encendidas. Había adelantado unos pasos. Y, efectivamente, había comenzado a golpearlos brutalmente. La vieja—muy enferma desde hacía algunos días—no había podido defenderse. El—Cusumbo—había recibido también algunos golpes.

Comprendió. Por primera vez miró a su alrededor. Miró los sembríos interminables. Los arrozales cargados de espigas. El janeiro voluptuoso, en el que surgían los millares de manchas de piel viva del ganado. Los terrenos extensísimos, tan grandes como el cielo. Los peones agachados, humildes, regando con sudor y con sangre esa tierra, pródiga en frutos, nunca suyos. El patrón, panzudo y orgulloso, siempre a caballo, siempre con el insulto en los labios y el látigo en la mano.

Comprendió. El no había tenido niñez, ni juegos, ni alegría. Recordó que el rabón de desyerbar jamás se fué de su mano. Lo mismo que el canalete. Lo mismo que las riendas de los caballos del rodeo. No podía fijar desde qué época empezó a trabajar. Acaso desde el día en que nació. Y siempre tras él la amenaza constante del golpe del viejo o del patrón.

Envidió a los árboles, que son libres sobre las pampas infinitas. Envidió a las aves, que vuelan para donde quieren. Endivió a los caballos, tendidos en sed de horizontes sobre los galopes desbocados. Envidió al agua, que siempre está yendo. Envidió...

Ahora, los trabajos eran más pesados. Más difíciles. Duraban más. Le habían asignado más rejeras para ordeñar. Tenía que estar hasta la madrugada en cuclillas con el tarro panzudo entre las piernas, picado de los puyones que se le prendían como nubes. Muy de mañana debía llevar el ganado a pastar. De tanto montar a caballo, se le habían abierto las piernas. Por la tarde, si no desyerbaba, tenía que buscar

las vacas paridas. O empezar el vaqueo sobre los potreros sin fin.

El viejo estaba más borracho que nunca. Ya casi no podía trabajar. Desde la muerte de su mujer, se metía diariamente a las cantinas. Y bebía y bebía y bebía sin descanso, hasta caer inanimado. Cuando volvía en sí, marchaba al trabajo. Y se arqueaba sobre la labor, como una mula, durante varias jornadas, hasta conseguir algunos reales con que ir a embriagarse nuevamente. Se había vuelto indiferente para todo. Miraba lo que le rodeaba con ojos miopes. Cruzando como un sonámbulo.

Un día llamó a Cusumbo. Y—ante la extrañeza de éste—le dijo:

—¿Sabes, Cusumbo? Tamos fregaos. Fregaos para siempre.

—¿Por qué, viejo?

Titubeó algún rato. Evitó mirarlo. Agachó la vista. Balbuceó:

—Cuando me casé con tu mama, le pedí prata prestada ar patrón. Fueron unoj dosiento sucre. Tú sabés. Po aquí se acostumbra eso. Ademá. Había que mercar argo. Too ejto añadío a la deuda que heredé der viejo mío. ¿Sabés vos?

—¡Sí, viejo!

—Güeno. Puej no hei podío pagar casi naa. Ar menoj, así ice er branco. La comida tan cara. Se gana tan poco. Y también los traguitos...

—Sí, viejo...

Se había quedado callado. Como dudando decir. Cusumbo lo ayudó:

—¿Y qué más, viejo?

—Puej... Que er patrón me ha llamado todoy... Y me ha icho: «Oye, viejo: voj no vaj a poder pagarme. Tás muy viejo. Bebes mucho. Te morirás muy pronto. Tu hijo va a tener que hacerse cargo de la deuda. Si no, te meto a la cárcel.» Yo le dije: «Ta bien, patrón.»

Cusumbo se inclinó ante lo irremediable.

—Yo pago, viejo. No se preocupe.

Y, efectivamente, así fué. Empezó a pagar. El viejo murió. Y él siguió pagando. Vino un nuevo blanco a la hacienda. Y él siguió pagando. Pasó un invierno. Pasó otro. Y él siguió pagando. Llegaron destroncadoras y sembradoras a la hacienda. Muchos peones fueron despedidos. Pero él siguió pagando. Todos los dias, todas las semanas, todos los meses, todos los años.

Fué a manera de un rosario de labores. Siempre sobre él la voz autoritaria del amo:

—Cusumbo. Anda a desyerbar. El arrozal está lleno de monte.

—Ta bien, patrón.

Desde la mañana hasta la noche. En cuclillas. Separando bien las calles de las plantas lanceoladas. Bajo el sol o bajo la lluvia. Sudoroso, jadeante.

Rumiando en silencio su dolor y su desgracia. Mirando distraídamente el vuelo de los tío-tíos. Hasta que la campana sonara, anunciando el final de la jornada.

Y al regresar. La misma voz-látigo del amo:

—Cusumbo. Anda a vaquear. Anda solo. Vos no necesitás que te ayuda nadie.

Montar sobre el caballo brincón. Casi a pelo. Con las rodillas adoloridas. Tener que trotar sobre las vacas descarriadas. Agacharse a cada instante en presencia de los espineros. Ver cómo se viene la noche, y la montaña se silencia. Y todo se llena de quietud. Y tener que correr. Medio anestesiado por el cansancio supremo.

Y al regresar. Otra vez:

—Cusumbo, anda a pescar unos bocachicos. Pero regresa pronto. Que ya va a ser de noche.

—Ta bien, patrón.

Bogar, sentado en la popa. Bogar. Cuando le duelen los brazos y las piernas. Cuando tiene las nalgas destrozadas. Cuando el hambre y el sueño empiezan a clavarle sus dientes sobre todos los músculos. Bogar. Hasta llegar al palo, al cual va a treparse a pescar. Bogar. Sintiendo que el canalete pesa cada vez más. Y, después, esperar, esperar largo rato hasta que se acerque el pez, hasta poder atraparlo. Esperar. Mientras la noche todo lo oscurece. Mientras empieza a hacer un frío que lame cruelmente los huesos. Esperar, hasta poder regresar con la sarta del codiciado pez.

Y al regresar. Todavía la voz maldita:

—Cusumbo. Córtame un poco de leña de algarrobo. No tenemos para el café mañana.

—Ta bien, patrón.

Ponerse el hacha al hombro. Ir a buscar por allí cerca, si los hay, los árboles caídos. Si no, tener que seguir hasta donde los encuentre. Y allí, empezar a dar hacha, sintiendo que se le desarticulan los brazos. Que el hacha tiene quintales que se multiplican. Y volver cargado—el hombro astillado—con los haces de madera picada.

—Ta bien, patrón.

Acostarse a medio dormir. Y cuando ya parece que se va a descansar. Cuando los ojos se cierran y todo se borra y se esfuma. Otra vez:

—¡Ya es hora de ordeñar!

A veces, allá en el corazón de la montaña. Cuando salió a cazar venados. En medio de los árboles gigantescos, de los ruidos extraños, de los animales salvajes, se puso a pensar. No se podía explicar qué era lo que le estaba pasando. Ya no tenía el empuje de otros tiempos. Sentía un inexplicable temor ante todo. Le parecía encontrar un precipicio a cada rato. Se dijera que las carnes empezaban a desinflarse irónicamente y sólo dejaban ver los huesos, angulosos, mal cubiertos por las protuberancias de antaño. Ya no acariciaba el machete y hubiera

jurado que había dejado de ser su fiel compañero como antes.

A veces, le entraban súbitos impulsos de rebelión. Ir donde el blanco. Plantarse al frente de él. Gritarle fuertemente: «A mí naide me jode. Toy cansao de aguantar. Es preferible que me meta un plomo en er pecho antes que me friegue así.» Entonces avanzar. Avanzar como un tigre. Bararle una cuarta de fierro en la barriga. Y después, sí. Aunque lo hicieran picadillo... Pero es que había cambiado tanto. Tanto había sufrido y había trabajado, que se había vuelto un desgraciao. Un desgraciao que no podía hacer nada. Que sólo servía para lamerle el culo a los blancos.

Otras veces, le entraban ganas de huir. Brincar por sobre los matorrales y los ríos. Largarse a cualquier parte. El podía trabajar de cualquier cosa donde fuera. Vivir por fin su vida. Su pobre vida, de eterno pisoteado y maltratado. Pero es que hasta de huir tenía miedo. Era el pánico de la eterna explotación. Era la venganza traidora de la tierra, en que sus antepasados fueron los señores y los dueños. Y por eso estaba allí, inmóvil, callado, humilde, sufrido. Peor que todos lo animales de la hacienda.

Instintivamente se daba cuenta de que le estaban haciendo «trampa». Todos los sábados, en la casa de la hacienda iba a recibir su jornal. Frente a una mesa llena de papeles escritos, que no po-

día entender, y tras de la cual se parapetaba el blanco, escuchaba la eterna cantaleta:

—Trescientos que me debes, cincuenta que ganas, treinta que me descuentas. Tienes un saldo de doscientos noventa en tu contra.

—Ta bien, patrón.

Sentía ganas de brincarle encima. De agarrar el machete y hundírselo por todas partes. De sacarle la lengua y tirársela a los perros. De bailarle encima, en suprema venganza.

Pero...

—Ta bien, patrón.

Bajaba humildemente la escalera. Con la cabeza caída. Sin mirar a nadie. Avergonzado de sí mismo.

Un buen día, sintió la llamada ancestral de la taberna. Le bailaron ante los ojos las botellas alineadas en las perchas. Empezó a beber para olvidar y terminó bebiendo por beber. Fué a manera de una posesión inaudita. La sed de aguardiente lo guió como un imán cotidiano e inevitable. Los ojos se le pusieron rojos. El pulso le tembló. Un amplio abandono de sí mismo le rubricó una actitud pasiva en las espaldas. Odió la montaña. Odió a sus camaradas de trabajo. Odió a las rejeras. Odió a cuanto le rodeaba. Sólo pensó eternamente en el líquido transparente y abrasante, que le alejaba y le cambiaba todo el mundo.

El patrón lo llamó varias veces. Le habló en voz severa, grave:

—Cusumbo: Tú bebes demasiado. No me descuentas nada. Tu deuda ha crecido. No vas a poderme pagar nunca.

—Ta bien, patrón.

—No te voy a poder fiar nada, ni a ayudarte en ninguna forma.

—Ta bien, patrón.

5

Tuvo una iluminación en la noche de su vida. Se sacó a la Nica.

Desde aquella vez que lo despertó a la fiesta del sexo, le había gustado la incitante morena. Desde lejos, había seguido su desarrollo paulatino. Muchas noches no había podido dormir pensando en el cuerpo de ella. Imaginándose lo que gozaría teniéndola a su lado. Aun en los momentos de mayor borrachera, la vió lasciva, ondulante, dando vueltas a su alrededor.

Pocas veces había tenido oportunidad de tratarla después. Ella parecía huirle. Aunque le lanzara una sonrisa y una mirada provocativa. Apenas si cambiaban unas pocas palabras:

—Tas güenaza.

—Me icen que tomás demasiao.

—Me gustás máj que antej.

—Te vo a sacar.

Pero una tarde sí fué de verdad. El llegó con su canoa hasta la chacra de los viejos de ella. La llamó. La Nica bajó de la casa. Y se asomó sobre el barranco:

—¿Qué querés?

—Baja, que tengo que ecirte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Baja pa ecírtela.

—Güeno, ya vo. Pero cuidao...

En seguida estuvo al lado de la canoa, sobre los palos de balza, que servían de muelle. El admiró una vez más la carne prieta y vibrante de ella, que se adivinaba tras el vestido, tosco, pegado al cuerpo.

—¿Qué pasa?

Empezó a sondearla ávidamente con la mirada. Le estaba duro decir:

—Pues... que quiero que te vengas a vivir conmigo...

La Nica hizo la cabeza para atrás. Y se echó a reír.

—No seas...

El agachó la cabeza. Y siguió hablando:

—Conmigo no te fartará nada. Sé trabajar en cuarquier forma. Soy bravo pa los hombres y juerte pa las mujeres. Y me gustás muchísimo.

La Nica seguía riendo a carcajadas. El no pudo aguantarse. Se tiró de la canoa. Le brincó encima

a la mujer. La apretó contra su cuerpo. Fué tan rápido todo, que ella no tuvo tiempo de esquivarlo.

—Tú te venís conmigo...

Ella trataba de protestar. Se agitaba nerviosamente.

—¡Ejpera! ¡Sí, si me voy; pero ejpera!...

—¿Qué?

—Que vaya a traer mi ropa.

—¿Si no? Te vas conmigo ahora mismo. Yo vendré a buscar lo que tú querás después.

La Nica levantó la cabeza. Lo miró fijamente durante largo rato. Y después murmuró:

—Ta bien.

Quiso ser bueno, para ella; trabajador, para ella. Haciendo un gran esfuerzo, no volvió a las cantinas. Se dedicó exclusivamente a su labor. Otra vez la vida le hinchó el pecho robusto. Le dió ánimos para la lucha. Le pintó una sonrisa sobre los labios, antaño amargados y contraídos por el dolor. Hizo las paces con la montaña. Salía todos los domingos de caza, cobrando siempre buenas piezas.

El trabajo, acaso era más duro; la lucha, más difícil. Tal vez el blanco era más cruel que antaño. Quizá su deuda había crecido fabulosamente. Pero ahora todo lo ahogaba en el cuerpo de la Nica. En todas partes. Donde estuviese, sólo pensaba en que llegara el momento en que iban a estar juntos. Esas noches, cortas de puro dichosas.

Le habían dado una pequeña casita, de una sola pieza, que estaba en la orilla, medio oculta, entre un brusquero. Y allí lo esperaba la Nica todas las tardes.

Apenas terminada la comida, la Nica se sentaba en el petate. Y él se acostaba, poniendo su cabeza en la falda de ella. Allí se pasaban largo rato charlando. Haciendo proyectos para el porvenir. Cuando él le hubiera acabado de pagar al blanco. Cuando tuvieran hijos. Cuando éstos hubieran crecido y ellos estuvieran viejos...

El tiempo se les pasaba sin sentir, hasta que llegaba la hora de ordeñar. Y entonces, en el corral, ante la vaca impaciente, él sólo pensaba en su Nica. Y en el instante en que estuviera libre para poder ir a verla.

Al regreso—ya terminadas todas las labores del día—eran sus mejores ratos. Allí, cuando se encendía la carne de la Nica. Cuando se olvidaba de todo lo que existe. Cuando se sentía fecundo y potente como cualquier animal de la montaña.

Pasaron algunos meses. Se creyó definitivamente feliz. Se olvidó de la deuda que tenía. Buscó la manera de acercarse donde el blanco. Le perdonó su crueldad cotidiana. Pensó que en la vida no todos son iguales. Unos han venido para explotar y pisotear a los otros. Y el blanco era de los explotadores. Se ofreció a cultivarle, con su mujer, una pe-

queña chacrita donde hubiera toda clase de legumbres. Su dicha le había maleabilizado el espíritu en tal forma, que lo soportaba todo con la sonrisa en los labios.

Pero un día...

Cuando se dirigía con el machete al hombro a desyerbar, oyó risas a su paso. Se volvió. Y contempló a un grupo de sus compañeros de trabajo que lo miraban irónicamente. La cabeza le dió vueltas. La sangre le brincó. Instintivamente empuñó el mango del machete. Pero al instante, se contuvo. Qué tenía él de lo cual ellos pudieran reírse. A lo mejor, ni era con él. Siguió tranquilamente su camino. No les dijo una palabra.

Pero, al día siguiente, cuando todos estaban en el trabajo, volvió a oír las mismas risas insultantes. Y esta vez sí se dió cuenta de que era indudablemente con él. Levantó la cabeza. Agitó el machete. Brincó donde estaban ellos.

—¿Qué pasa, carajo?

Enmudecieron. Mirándolo atónitos. Alguno balbuceó:

—Puej naa... Que nos ejtaban contando argunos cuentos.

Pasado el primer momento, se reponían. Volvía a asomar a sus rostros la sonrisa irónica. Recuperaban su afán de burla y de maldad.

—Güeno, y ahora, ¿qué querés vos?

Se contuvo. Se acordó de la Nica. Bajó la cabeza.

—Si no es conmigo, no quiero naa.

Esa tarde regresaba tranquilo a su casa, cuando alguien lo alcanzó. Lo cogió violentamente por la espalda. Le dió una sacudida. El se volvió.

—Güeno, Cusumbo, ¿quéj lo que tenej vos?

—¿Yo? Naa. ¿Por qué?

El otro tuvo un rato de vacilación. Hasta que, al fin, no pudo contenerse. Y le arrojó encima las frases, como machetazos:

—A mí no me gusta ecir la cosa. Pero no me gusta tampoco que así jodan a un hombre. ¿Vos no sabés? ¡Er branco se está tirando a tu hembra!

Dió un salto. Le cayó encima. Le apretó el cuello. Estaba lívido, convulso, ciego:

—¡Esgraciao!

Trataba en vano de desasirse el otro. Empezaba a escucharse su respiración entrecortada.

—¡Esgraciao!

Haciendo un esfuerzo supremo, puntualizó:

—Toas las tardes, cuando vos tas vaqueando, va er branco onde ella.

Se dijera que todo se volvía borroso y oscuro. Sin saber cómo, echó a caminar.

¡La muy puta!

¿Pero es que sería verdad? ¿Podía ser verdad aquello que le había dicho? No lo podía creer. Repasaba en su mente excitada todas sus caricias. Las noches de fiebres locas, en que vibraba como una guitarra bajo su cuerpo volcánico. La tranquilidad

de su rostro, siempre hermoso. Lo propicio de sus muslos abiertos ante el espeque viril, regador de la simiente.

¡No lo podía creer!...

Relacionó súbitamente las risas de todos esos días. Las miradas irónicas que lo habían perseguido. Las frases insultantes que machacaron sus oídos. Y empezó a entrarle la llamarada latigueante sobre todas las células.

Se regresó a la montaña. Empezó a caminar en pleno vértigo. Envidió una vez más los árboles gigantescos y poderosos. Dominadores eternos de la tierra-hembra. Nervudos y fuertes. A los cuales nadie les puede arrebatar el surco amado. Que pueden sacudir su cabellera de hojas sobre la espalda de los horizontes. Envidió a las iguanas, que corren zigzagueantes por sobre los bledos y las verdolagas diminutas. A los punta de estaca, que se burlan de la eterna tragedia de la montaña. Hasta al pachón. Al pesado pachón, que se arrastra erizado de púas sobre los polvos encendidos.

Pensó. No. No era posible condenar así a la Nica. Tenía que verlo. Con sus propios ojos. De manera que ya no le quedara la menor duda. Regresaría a su casa. Haría como si no supiera nada. Pasaría esa noche —acaso la última— en los brazos de ella. Por última vez le regaría la semilla fecundante. Se estremecería de placer en esa danza, acostado sobre sus muslos, sobre el vientre, sobre los senos de ella.

Y, al día siguiente...

A las cuatro de la tarde. Después de haberse asegurado de que el machete salía disparado de la vaina. Cuando calculó que lo creerían a él en lo mejor de la faena. Trepidando sobre los potreros caldeados. Echó el potro al galope.

Era a manera de una despedida. Sintió que los árboles todos le hablaban gravemente desde los senderos flanqueados. Los vió pasar en procesión interminable. Triscando alaridos de rabia. Tremantes de emoción sus cabelleras multiformes. De la tierra venía una caricia de esperanza. Acaso las mil bocas rugosas adivinaban el olor de la sangre. Se hacía nubes el polvo, como queriendo alcanzarlo.

Cuando menos se dió cuenta, llegó. En dos saltos trepó la escalera. Y arriba cegó.

Hasta aquí—después de tantos años—recordaba perfectamente Cusumbo. Después, todo se borraba en una serie de imágenes superpuestas, macabras, absurdas, dislocadas. A ratos, se veía como un remolino en la mano. Un remolino de acero, que cortaba y cortaba sobre carne prieta y sobre carne blanca. Después, un diluvio de sangre. Sobre el rostro, sobre el cuerpo todo. Gritos de angustia, de dolor, de súplica. Insultos, imprecaciones, gemidos Dos cuerpos que dejan de agitarse. La gran vacilación. Los antepasados, que brincan sobre su sangre. Toda una raza que protesta. La carrera loca. A través de la montaña. A través de los ríos.

Picado de los mosquitos. Atisbado por las serpientes, por los tigres, por los saínos. El hambre. El hambre. El hambre, que vuelve loco. El delirio. La furia. La sed. La fiebre. El hambre. ¿Es que existe el sol? ¿Es que hay Dios? ¿Es que todavía se vive? ¿Para dónde ir? El hambre. La montaña, pulpo. La montaña, vampiro. La montaña y el hambre. ¿Es que se vive todavía?

Al final, las islas. Sin saber cómo, la libertad. Y la pesca. La pesca sobre los esteros plateados y tranquilos. La Rural no lo pudo encontrar.

6

Se les había hecho tarde. Habían cogido poco peje. Así que...

Enfilaron la proa al Cerrito de los Morreños. Amanecía. El estero, en pujos de aguaje, los llevaba casi volando. Apenas si tenían que mover el canalete de vez en vez para guiarse. Una brisa ligera encrespaba levemente las aguas verde-claras. La fila interminable de los mangles parecía vestirse con las nubes. De rato en rato, pasaba un alcatraz, con su vuelo, tardo y silencioso, muy cerca de la canoa. De

las orillas venía constantemente el «crac» sonoro y monótono de las conchaprietas, abriéndose entre los raiceros. Hacía frío.

Tomás Leitón rompió el silencio:

—¿Cusumbo?

—¿Qué?

—¿Tendrán verde?

—Tarvez. Como la Mercede Orgelina llegó ayer no má.

—¡Carajo! Si no, tamo fregao... ¡Yo, sin verde!...

—¡Y yo!...

Daban la vuelta a Los Colorados. El mogotito de tierra firme del Cerrito de los Morreños ya se divisaba. Se dijera, con su cumbre pelada—cercada de mangles gateados en las orillas—, la cabeza de un fraile gigantesco. El estero se abría un poco y se picaba algo más. Todo iba clareando lentamente.

Don Leitón volvió a hablar:

—¡Cusumbo!

—¿Qué?

Trató el viejo de acercare lo más que pudo. Con acento de misterio, medio temblando, murmuró:

—Yo creo que don Goyo se ha palabreao con er Tintín.

—No sea pendejo, don Leitón.

Dejó de remar. Miró fijamente a Cusumbo. Después, su mirada de marino se perdió sobre las islas lejanas, que eran apenas una línea gris sobre la superficie del estero.

—¿Te acordás de la noche que ña Paula se mo-

ría? Taba escurisísimo. No se destinguía nada. Yo iba con miedo. Palabrita e Dios. Yo iba con miedo. Bogaba ligerísimo. Iba pa el Empalao. Derrepente, oíde una canoa que venía atrás mío. Me gorví. La vide avanzar. Avanzar... Traía un rollo de agua en la proa. Me detuve. Y la canoa pasó como un ventarrón. No vide a naide. Me temblaron los dientes. Pero... La voz de don Goyo: «Güenas noches.» Y después. El canaletazo. Pesao, lento. Las mares me bambolearon. Palabrita e Dio. Me dió gana e gritar. ¡Y ejto que yo no le tengo miedo a nengún crestiano!

—¡Tenej razón!...

—Y la otra noche. Cuando veníamo a la busca. Ejto lo vieron todoj. Por el Empalao mesmo. Iban despacio. Era noche de luna. Se veía iguar que de día. Noj contábamoj cosas de po arriba. Y de antes... ¡Cuando, de pronto! Trepao en un mangle. Como un mono. Desnudo, sin un trapo encima. Con unaj carnej que parecían ejcurrírsele. Todaj aguadas. Sin miedo a los gegenes, ni a los ostiones filudoj. Sin miedo a nada. Taba don Goyo. Noj miró. Pero con una risa que daba miedo. Parecía clavar el sexo sobre el mangle... Nosotro huímo como locoj...

Por sobre el lomo de las islas empezaba a treparse el sol como un cangrejo de oro. Se le adivinaba en la fiesta amarilla de los mangles copudos. En la claridad, que empezaba a brincar en el ambiente. En el frío, que se alejaba cada vez más.

Llegaron al cerrito. De las dos únicas casas, bajaron multitud de mujeres y muchachos. Todos portando bateas bajo los brazos:

—¡Güenos días de Dios!

—Güenos días.

La canoa medio se varó con el impulso que traía. La rodearon. Todos a la vez empezaron a preguntar:

—Cusumbo, ¿qué vale esta corvina?

—Cusumbo, ¿qué vale este cazón?

—¿Qué vale este robalo?

—¿Estas lizas?

—¿Este roncador?

—¿Estas chaparras?

Cada quien metía la mano en el vientre de la canoa, donde estaba regado el pez. Cogía la pieza que era más de su agrado. La levantaba en alto, ante los ojos de Cusumbo, y hacía la pregunta consabida. Todavía, en el fondo, encima del racimo de escamas, se veía uno que otro pez vivo. Al que le temblaban las rojas agallas. El que intentaba de vez en vez una postrera sacudida.

Cusumbo daba los precios. Generalmente tenía que irlos cambiando, porque todos regateaban y querían llevar el peje por la mitad del pedido. Estre todos los compradores había una muchacha que le había llamado la atención. Que lo había mirado fijamente, con un robalo en la mano.

—Cusumbo, ¿qué vale este robalo?

—Tres riales.

—Pero si está mu chico.

—No. Está güeno. Tócalo bien.

La muchacha lo sacudió, tomándole el peso.

—Mentira. Ta muy caro.

—Güeno. Te lo doy en dos y medio.

—No. Ta muy caro. Si antej debías regalármelo.

Cusumbo, rió.

—Y vos, ¿qué me das?

—¿Yo? Nada. ¿Qué te vo a dar?

Cusumbo la miró fijamente. Rió otra vez.

—Güeno, pues. Yevátelo. Pero dime cómo te llamas.

—Gertrudis Quimí. Me icen la Gertru.

—¡Ajá!

Los peces iban trasladándose de la canoa a las bateas de pechiche o chirigua que cada mujer llevaba en el brazo. Los habían comprado baratísimos. Con eso podían comer varios días.

—Tan frescos.

El olor a «pescao» se metía por todas las orillas como un bejucaso incesante. Era un olor penetrante. Vigoroso. Se dijera que los cholos lo llevaran en el cuerpo y en el alma.

Una vez terminada la venta, saltaron. Los perros les salieron al encuentro. Empezaron a ladrar y a brincar a su alrededor. De la casa más próxima gritaron:

—Espanten a los perros.

—¡Pasa, «Leal»!

—¡Pasa, «Vencedor»!

—¡Pasa!...

Los perros, como si no hubieran oído. Cusumbo y don Leitón siguieron.

—Güenos días, ña Andrea.

—Güenos días.

—¿Cómo está?

—¡Aí!, regular. ¿Y ustede?

—Pasandito, no má.

—Suban. ¿Por qué no suben?

—Ahí vamo.

Se treparon rápidamente por la escalera de caña. Cusumbo entraba a esa casa por primera vez. Detenidamente, miró.

La casa era grande. Toda de caña brava picada, clavada sobre las arengas de mangle. No tenía ni una división, ni una pared. Todo en ella se amontonaba en gestos de abandono. Había varios fogones, hechos de cajón de kerosene, rellenos de barro. Muchos toldos a medio colgar. Racimos de verdes, suspendidos por todas partes. Sacos de arroz en las esquinas. Hamacas, hachas, redes. Sin orden ni concierto. En el centro se veían algunos cholos con las mujeres sentadas en las piernas o haciéndose espulgar, reclinados en sus faldas.

—¡Güenos días!

—Güenos.

Ña Andrea—opulenta todavía, a pesar de su edad inabordable—se adelantó:

—Güeno, ¿y qué les ha pasao?

Don Leitón contestó:

—Pues que... Anoche se noj rompió un paño e las reles. Y por allí se largó casi too er pege. Así que noj hemoj jodío. Cuando lo arreglamo, ya era mu tarde. Y, ademá, habíamo cogido poquísimo.

—Ajá.

—Y ahora venimo a ver si noj vende unoj platanito.

—¿Cómo no? ¿Cuánto?

—Unoj do racima.

—Güeno. Vengan a ver.

No escogieron mucho. Las primeras que atraparon las levantaron.

—¡Ejtaj!

—Güeno. Valen doj sucre.

—Ta bien.

Pagó Cusumbo. Y se iba a echar los dos racimos al hombro. Cuando una voz surgió:

—¿No toman una tacita e café?

Tras de ellos reía la Gertru.

—Güeno.

—Ya mesmito está. Les asó unoj verde. Se loj majó. Lej hago un bolón.

—Muchaj gracia, Gertru.

Y Cusumbo, que la devoraba con los ojos:

—Oiga, ña Andrea. La muchacha ejta güenaza. A usté la vo a hacer mi suegra.

La vieja rió.

—Decírselo a ella. Por mí... Laj mujere han nacío pa eso... Desgraciaa de la que no prueba...

—Tiene razón, ña Andrea.

Tomaban el café sentados en dos cajones. Estaba muy sabroso. Pintaba como tinta las tazas de fierro enlozado. El bolón de verde, jugoso y amarillento, se abría tal que una flor. El verde es el pan de los hombres de las islas.

Cusumbo comentó:

—Oye, Gertru. Ta güeno...

—¿Qué?

—Er café... Y lo tuyo también.

—Ajá...

El sol empezaba—indiscreto—a asomarse por las ventanas de la casa. Todo se iluminaba. El cerrito estiraba su cabeza pelada sobre la fiesta de los mangles. Empezaba a hacer un calor endiablado, que mordía las maderas, obligándolas a crujir Se sentía hervir sordamente el estero.

Cusumbo volvió:

—Oye Gertru.

—¿Qué?

—¿Te querés casar conmigo?

La chola lo miró atentamente breves instantes. Después, rió.

—¡No!

—¿Y por qué?

—Porque pa casarse conmigo hay que cortar mangle. ¿Vos sabés?

—No sabía...

—Mi padre ej manglero. Mi abuelo ej manglero. Mi jermano son manglero. Aquí toititos—esde que na-

cen—son manglero. Aprenden a tirar er hacha dende la barriga e la mama.

—De verdá.

—Y yo tengo que casarme con un manglero.

—Ta bien, pue.

Se tomó el último sorbo de café. Estaba algo pensativo. La Gertru le recalcó:

—Además. Tú no charrasqueás la guitarra. Ni cantás. Así que...

—Tenej razón.

Se levantaron. Se echaron cada uno su racimo al hombro. Y empezaron a bajar.

—Güenos día, ña Andrea. Güenos días y muchaj gracia, Gertru.

—Güenoj día.

—Güenoj día. No hay de qué.

«Porque pa casarse conmigo...»

Sin saber por qué le dolía la frase humilde. Era como si un puyón le hubiera clavado la lanceta muy adentro. Más quizá. Como si una potranca embravecida lo hubiera pateado inmisericorde.

«Porque pa casarse conmigo...»

Bogaba con furia ahora. El sol le daba latigazos de incendio sobre los músculos vibrantes. La canoa se empujaba—tal que una tintorera—sobre las aguas casi inmóviles. Los mangles se inclinaban. Sordo rumor de sangre hirviente pululaba por todas las orillas.

Don Leitón contemplaba irónico a Cusumbo. Al fin, no pudo contenerse:

—¡Cusumbo!

—¿Qué?

—Te habías enamorao de la Gertru. ¿No verdad?

—¡Sí!

—Pues tas fregao. Estaj hembra son muy jodidas. Si las querés, tenej que hacerte manglero. Si no, no te lo dan ni a oler...

—¡Ajá!

«Porque pa casarse conmigo...»

Pero no. Para qué. ¡Hay tantas mujeres! En Guayaquil ar menos...

Y una madrugada. Con la canoa de la pesca. Todo anhelante. A través de los múltiples esteros. Sintióse como un toro.

Se fué para Guayaquil...

Los cholos, compañeros de trabajo, al verlo partir, murmuraron con secreta envidia:

—¡Cusumbo ejtá ballenero!...

7

Llegaron a Guayaquil por el Estero Salado. Saltaron en Puerto Duarte. Un poco antes del American Park, que se veía a lo lejos, colmado de bañistas.

Guayaquil estaba despertando recién. Lejano rumor de colmena se metía por los oídos. Humo de innumerables hornitos de carbón, levantados en las afueras, empenachaba las orillas. A medida que la luz barría la madrugada, se estiraban las calles, desperezándose, y abrían las casas los párpados de sus ventanas.

Apegaron la canoa en la primera balsa. La desocuparon de la pesca, que estaban esperando los revendones. Medio la lavaron. Y, después, sí. Con dificultad, haciendo esfuerzos sobrehumanos, se pusieron las botas. Se enfundaron en las cotonas limpias. Se echaron una «mano de gato» en el rostro. Y saltaron.

Uno de ellos roncó:

—Vamo pa dentro. A coger er elétrico.

—No. Vamoj a pie. Ej mejor.

—No seas pendejo. Vamoj en carro. ¡Ta mu lejo!

—¿Qué?

—La otra orilla. Ahí tenemo que mercar argo.

—Güeno, pue. Vamoj.

Anduvieron en medio de las viviendas miserables de las afueras de la ciudad, todas de madera. Sobre

las calles, sucias y mal cuidadas. Respirando el aire malsano y fétido del ambiente.

—Ejto debía e llamarse Puerto Hediondo.

—De verdá.

Llegaron a la curva del tranvía de Sucre y Vélez. Esperaron breves instantes. De pronto, oyeron el ronquido del motor. Y después apareció el ansiado vehículo.

—Parece un gusano de parma.

Apenas se detuvo, medio temblorosos, subieron y pagaron. El carro empezó en seguida a caminar.

Cusumbo se sentía molesto. Se agitaba nervioso sobre el asiento. Miraba a todas partes. Sudaba. Se le antojaba hostil todo lo que estaba mirando.

—¡Mardita la gracia que me hace andar sobre cuatro ruedas!...

El carro aumentaba de velocidad. Las casas pasaban más rápidas. Se confundían unas con otras. A medida que se metían dentro de la ciudad, parecían ir creciendo. Y, además, eran cada vez mejores. En el espíritu de Cusumbo había un extraño despecho. Se sentía empequeñecido, humillado por tanta altura y belleza. Por tanta velocidad y fuerza. Como para convencerse a sí mismo, murmuró:

—Máj andaba mi potranca.

El tranvía empezaba a aminorar su velocidad. Rumores fuertes sazonaban el ambiente. Se distinguía ahora mejor la vida de las calles, que iba en aumento. Hombres innumerables salpicaban las tiendas esquineras. Otros, golpeaban los zaguanes, cargados de

tarros de leche o de sacos de pan. De vez en vez cruzaba un carro repartiendo hielo o víveres. Los contornos se precisaban claramente. La calle Colón mostraba sus edificios esbeltos, elegantes, de madera o cemento armado. Llenos de colores sobrios y hermosos. Cusumbo se sentía ya medio vencido por la ciudad.

—¡Argún día viviré en Guayaquil!...

En la vuelta de Sucre y Pedro Carbo, bajaron. Titubeantes, se pararon en media calle. No sabiendo dónde ir. Un automóvil pasó casi rozándolos.

—¡Esgraciao!

Cusumbo preguntó impaciente:

—Güeno. Ar fin, ¿pa qué lao cogemo?

—Pa la orilla der Guayas. Vamoj ar Conchero. Y por allí, a la Tahona.

—¡Ajá!

Caminaron lentamente. Tropezándose con todo el mundo. Siguieron hasta Pichincha, y por allí salieron a Villamil.

Respiraron. Cusumbo—sin saber por qué—murmuró:

—¡Ejto ej máj nuejtro!...

Parecían danzar las viejas casonas una danza de olvido. Sus maderas, soñolientas, se estrujaban, se doblaban, se inclinaban. Colores de pasado se adherían, como manos traidoras, sobre el prodigio ancestral de sus paredes. Se creería ver salir de una de

esas puertas desvencijadas la figura apuesta de un don Juan de la Colonia. O una dama, asomándose a la casa de las Cien Ventanas, atisbando nerviosamente un duelo celebrado en una esquina. O, acaso, una doliente serenata de amor, brindada al pie de la Casa de las Columnas. La fragancia del ayer se hacía emoción hasta en la última de las piedras que se arrimaban a los portales, como huyendo del ruido de la civilización.

—¡Ah, Villamil!

El comercio, pequeño. La cantina y la miseria. El parpadeo soñoliento de una época que muere. El sabor medio salobre del ambiente porteño. La guitarra mugiente, que se arrima a las esquinas. Los harapos de carne, que se arrastran por las aceras murmurantes.

¡Ah, Villamil!...

La Tahona.

Sacos de carbón hechos montaña. Vocinglería de hombres, de balandras y de muelles. El río Guayas, que se enciende en ímpetus de aguaje. Las cantinas, que esperan entreabiertas. Mujeres que sonríen ofreciédose. Un extraño olor a carne sudorosa y jadeante. De vez en vez, el chirriar de una carreta. Acaso, el bullicio de un poco de hombres, golpeándose. Toda la fiesta del puerto hecha canción de carne y movimiento.

Los pescadores se metieron en la tienda de un italiano.

—Güenos días.

—Buenos. ¿Qué desean?

—Queremos argunos compraditos.

—A ver. Digan.

El que les atendía era un dependiente. Pero el italiano, apenas los vió llegar, llamó aparte a éste. Y le dijo:

—Estos cholos son muy brutos. Así que no les des los pesos completos.

—Está bien.

Los cholos pidieron arroz, manteca, sal, plátano, azúcar, fréjoles, lentejas y alguna otra cosa más.

El dependiente le hizo las cuentas en un papel de despacho. Puso todo como le dió la gana. Cuando terminó, les dijo:

—Aquí está. Son quince sucres.

Los cholos, sin desconfiar, pagaron. Consiguieron un burro. Y sobre él mandaron la carga para Puerto Duarte. Uno de ellos fué acompañando al burro. Los otros siguieron rodando por la orilla. Hasta meterse en una cantina. Se pusieron frente al mostrador y empezaron.

El aguardiente—caña hecha incendio—se les metió poco a poco en la sangre. Las cosas en sus cerebros primitivos tomaron aspectos ridículos y extraños. Se sintieron—tal que en noche tempestuosa—

sobre una balandra brincadora. Las botellas les parecieron olas. Olas que les adentraban, dándoles vaivén de mar.

El aguardiente.

...Carbón, carbón sobre las calles, sobre los hombres, sobre la vida; carbón, carbón negro, carbón blanco, carbón carne de mujer; humo es que hay incendio; el incendio se lleva en las venas; quien levanta la mesa del mostrador, los hombres; el incendio se apaga sólo con mujeres; la canoa, aquiora se va la canoa...

Cusumbo se encrespó:

—¡Naide me jode!

Y uno cualquiera:

—¡Ni a mí!

Cusumbo—bajo el alcohol—quiso brincar.

—Hijo 'e puta. Te vo a clavar er jierro. ¡Mardita sea!

Los pescadores lo contuvieron. Y, después de luchar breves instantes, le convencieron para que no armase bronca.

—No seas pendejo. Vámonos. ¡Lo que necesitas ej una hembra!

—No, carajo. Vo a joder a cualquiera.

—Vamoj a regresar. Ven. ¡Vamoj!

Lo sacaron a la fuerza. Y afuera...

Muelles que se desabrochan; las balandras son putas; las balandras se entregan a todos los muelles; las nubes se acuestan porque están calientes; el carbón, sobre las calles; los hombres son todos

unos pendejos porque tienen las calles tanta tierra; Guayaquil debía estar en las islas, porque se pone todo oscuro; maldito sea el sol, que saca el aguardiente en sudor por todo el cuerpo...

—¡Cusumbo ejtá borracho!

—Todoj ejtamoj medio jalaos...

La ciudad se llenaba de vida. Todo era bullicio y movimiento. Cada quien aligeraba el paso para ganarse el pan. Hasta las calles parecían agitarse. Los tranvías zumbaban desde lejos. Los «autos» se lanzaban desbocados por el amplio macadam. Hacía un extraño calor, sabroso a oro.

—¡Todoj ejtamoj medio jalaos!...

Iban haciendo equis y cetas en el trayecto. Casi sin poder andar. Cogidos uno al otro, en un gesto de defensa.

Tomaron el Sucre y Vélez otra vez. Medio dormidos, vieron desfilar la interminable hilera de casas. Llegaron a la plaza de San Francisco, donde el tranvía se detuvo unos instantes. Y después emprendió de nuevo su carrera ruidosa por la calle Vélez. Atemorizados por el ambiente, los pescadores casi ni hablaban. Una extraña languidez les empezaba a lamer las vértebras, cuando uno de ellos murmuró:

—Ya hemoj llegao.

Bajaron. Estaban en la calle Quito. Titubeando siguieron lentamente. En una caminata bamboleante. Distiguiendo mal lo que les rodeaba. Se metieron en

la enredadera de las calles adyacentes. Empezaron a buscar, hasta que alguno—más versado—dijo:

—Aquí es...

Se habían detenido ante una casa pequeñita. Toda sucia y crujiente. Con harapos de carne en todas sus paredes. De un extraño color gris, que daba lástima. Tocaron. Y de dentro surgió una voz triste de mujer:

—¡Dentren!

8

Cuando Cusumbo volvió a darse cuenta de todo, viajaban a las islas. Oía de rato en rato el golpe recio de los remeros fornidos. Acaso habían pasado unas seis horas. Tal vez más. Era de noche. Estaba oscurísimo. Las ñangas de los mangles del estero, que cruzaban, se dijeran zarpas de antediluvianos gigantescos. Hacía frío. Estaba tirado sobre un poco de varengas de clavar las redes. La canao se deslizaba, cortando suavemente la superficie de las aguas. El remazo de los hombres tenía cada vez más vigor.

Cusumbo trató de recordar lo que había pasado. Le dolía la cabeza. Le latía no sabía qué ni dónde. Hubiera jurado que tenía calentura. Alguien le roncó al lado:

—Ya botaste la piedra...

Entonces, sí. Claramente, el subconsciente se le tiró encima. Y de espaldas a sí mismo. Como si fueran cosas sucedidas a otro, vió:

Vió cómo se arrojaba encima de una mujer. De una mujer desnuda, de carnes fláccidas y pobres. Vió cómo se agitaba sobre ella, al ímpetu feroz del aguardiente. Vió cómo hacía gestos de repugnancia su propia carne. Su propia carne, que se había sentido bañada en un sopor gelatinoso.

Asqueado, murmuró:

—No me gustan las hembraj der Guayas...

Allá, a lo lejos, en medio de los raiceros colgantes, la vaca de agua parecía empinarse. Sonaba fuertemente el «crac» de las bivalvas. A ratos, cruzaba como racimo de flechas un plateado cardumen de lisas cabezonas. Una ligera brisa empezaba a encrespar levemente la superficie de las aguas del estero. Arriba, la luna—una luna parpadeante, de escenario, que acababa de asomar—parecía treparse sobre el lomo de las islas.

De pronto, el golpe de un canaletazo. Tardo, pero firme. La agitación de las aguas y las ñangas. Un extraño soplo de misterio.

—¡Güenas noches de Dios!

—Güenas, don Goyo.

Pesadamente. Lentamente. Casi al lado de ellos pasó. Las manos potentes apretaban nerviosamente el canalete. Los ojos miraban fijos, inmóviles, a la

sombra. Los mangles de las islas devolvieron como un eco:

—Güenas, don Goyo.

Después de algunos días. Cuando estaba en el estero. Plenamente desnudo. Clavando las estacas para poner las redes. Medio sumergido en el agua. Sintió un dolor agudo en sus partes viriles. Fué como si le hubieran clavado una espina de uña de tigre. Pero adentro, muy adentro. Cortándole en tiras sus carnes más delicadas.

No le dió importancia. Siguió su trabajo. Esperó tranquilamente la vaciante. Tirado sobre la canoa. Ardiendo bajo la caricia solar. Pero cuando fué a orinar, desde la borda de la canoa, no pudo resistir. Una «caga fuego» no le hubiera picado en esa forma. Además. Un líquido amarillento, espeso, hediondo, le salía.

—¡Mardita sea!

Recordó. Cuando allá, por arriba, en sus primeros años, le había dicho:

—No te tires nunca a las putas der Guayas. ¡Hay muchas podridas!...

Mardita sea. ¿Sería que lo habían fregado de verdad? Sentía deseos de correr. De gritar. De treparse en una de las canoas que van para Guayaquil. Buscar a la mujer que lo había fregado. Patearla. Hacerla daño. Para que no volviera a esgraciar a nadie. Pero se contuvo. A lo mejor no le pasaba

nada. Acaso sería el trago. Quizá algún animal que lo había picado. O alguna yerba venenosa. O el mucho trabajo. Quién sabe qué.

No se lo dijo a nadie. Trabajó como de costumbre. Amarró las redes. Esperó la llena. Las levantó. Hechó barbasco. Cogieron mucho pez. No hubo ningún contratiempo. Las canoas se fueron a Guayaquil.

Y él quedó solo en el torbellino de las islas.

Al día siguiente. Muy de mañana. Medio oscuro todavía. Todo anhelante, se levantó. Y lo primero que hizo fué mirarse.

Ya no le cupo duda. Estaba fregado. Definitivamente fregado. A él mismo le dió asco. Toda la ropa se le había manchado. Aquello le ardía como si le hubieran puesto carbón encendido. El líquido habíase tornado verde, espeso, sanguinolento.

Cuando fué a orinar ahogó un grito. Orinó lentamente, cogiéndose de las raíces colgantes de los mangles. Orinó casi a gotas, haciendo esfuerzos supremos. Orinó, mascando maldiciones y protestas.

Trabajó todo el día, como siempre. Se repitieron los saltos cotidianos sobre los mangles encorvados. Se agitó una vez más sobre los paños de las redes. Se hundió en el agua silenciosa. Ayudó a atrapar el pez. A desclavar las estacas. Tal que si no hubiera pasado nada.

Pero empeoró. El dolor, el olor, la intermitencia se

le hizo intolerable. No pudo más. En medio de todos los cholos pescadores, echó la confidencia:

—Me picó la puta er Guayas.

—Si querés, te curamoj aquí. Si no, anda a ver un dotor a Guayaquil.

Yendo a Guayaquil podía ir a ver a la mujer que lo había fregado. Y, a pesar de todo, desconfiaba algo de los remedios de los cholos.

Así que... Se fué otra vez a Guayaquil.

Lo llevaron a una casa grandísima. Donde había multitud de gente que subía y bajaba apresurada. Parecía un hormiguero. A veces, se tropezaba con unas mujeres vestidas de azul, que llevaban alas blancas, como de garza, en la cabeza. Muchos hombres, de lentes, que se daban gran importancia. E innumerables tipos flacos, pálidos, tristes, que iban y venían callados y pensativos.

—Ejte ej er hospitar.

—Ta bien.

—¡Subamo!

—¡Ej que me da miedo!

Titubeó un rato; pero, al fin, se decidió. Para eso había venido. No se iba a hacer el menesteroso, ahora que ya estaba metido hasta la nariz. Y, después de todo, él no sería ni el primero ni el último.

Entró.

Lo hicieron esperar varias horas, metido en un cuarto, entre poca gente. A cada rato se abría una puerta y por ella iban entrando poco a poco los que aguardaban. Cusumbo estaba que se orinaba. Y, además, tenía una extraña angustia que le mordía todo el cuerpo. Sudaba copiosamente. Los que lo rodeaban se apartaban molestados por su olor. Y por su vestido, todo manchado de suciedad y de mangle.

Ya muy tarde, casi oscuro, se abrió por última vez la puerta. Apareció una mujer:

—Vengan mañana ustede. Hoy se terminó la consulta.

—Ta bien.

Todos fueron abandonando la sala. A su paso arrastraron a Cusumbo y a su acompañante:

—Güeno, ¿y qué ha pasao?

—Yo no sé. ¡Icen que se ha acabao la consurta!

—Qué pendejáa. Y yo miándome.

—Ejpera, que ya mejmo bajamo.

Pero no le dió tiempo.

Y...

De allá, del final de la galería, surgió el latigazo:

—¡Cholos puercos!

Los miraban bajar. Y brotaban las burlas insultantes de todos los ojos y de todos los labios. Cusumbo iba cenizo, taciturno, sin saber dónde veía ni dónde pisaba.

—Mardita sea...

¿Cuántos días volvió? ¿Cuántos días lo curaron? No se daba cuenta. Estaba medio sonámbulo. Poco a poco habíase ido acostumbrando a la enfermedad. Casi ni la sentía. Los médicos se habían familiarizado también con su figura, siempre silenciosa y grave.

Un día le dijeron que tenía que hospitalizarse. Se le habían hinchado los testículos. La cosa iba cada vez peor. Sobre todo, decían, porque él no podía cuidarse como era debido. Pero en el hospital tampoco mejoró. Y ya se estaba aburriendo.

Todos los días el lavado tenaz, con las sales de plata. La comida insulsa, tonta, como pa los blancos o pa las mujeres. A veces, lo pinchaban. Veía, como en sueños, que sacaban tipos muertos al lado de él. Desde una cama vecina. Todo se le borraba. Todo se le confundía. Tenía que meterse golpes en la cabeza para convencerse de que estaba bien despierto.

Un buen día le dijeron que se encontraba mejor. Y que otro necesitaba su cama. Que se cuidara. El —un poco asombrado—salió vacilante. Salió sin saber dónde ir. Sus compañeros no lo habían vuelto a ver. El cogió la primera calle y siguió.

¿Mejor? ¿Sería que se estaban burlando de él? Se daba perfecta cuenta de que estaba casi lo mismo que cuando entró, quizá hasta peor. Los doctores de los blancos no le habían hecho absolutamente nada.

De pronto, se tropezó con alguien.

—¡Cusumbo!

Levantó los ojos. Miró. Le pareció que estaba soñando, pero esta vez sí de verdad.

—¡Gertru!

La Gertru y ña Andrea se lo comían con los ojos:

—Caray, quejtaj flaco.

—Ej que recién sargo der hospitar.

—Ajá. ¿Y ejtaj mejor?

—Toy máj pior que antej.

—Ej que voj erej un pendejo. Don Goyo te hubiera curao en seguidita. Si queréj te llevo donde ér. Er te cura aimismo.

—Ta bien, pue.

Don Goyo lo curó. Le dió a beber agua de guineo, asentado durante varios serenos. Jugo de limón cocido le inyectó por la uretra, haciéndolo saltar. Le preparó quién sabe cuántos brebajes más. Y lo curó.

Cusumbo les cogió odio a las mujeres. A pesar de que la sangre le saltaba. Le cogió odio al trago, que ciega. Le cogió a la ciudad y a los blancos. Compró un hacha formidable, ya usada, y una guitarra.

—¡Vo a picar mangle!

Pero—otra vez, mardita sea, otra vez—, ¿es que la Gertru no era mujer?

«Porque pa casarse conmigo...»

SEGUNDA PARTE

LOS MANGLES SE VAN

1

Ña Andrea sirvió otro vaso de aguardiente.

—Trágueselo, don Caslo... Por la defuntita. La probecita debe ejtar ya en er cielo... ¡Tan tiejna que era!...

—Gracias, ña Andrea.

Con un poco de repugnancia, levantó el vaso. Pasado el primer remezón, le entró el licor suavecito.

Sobre la caña brava, brincaban los cholos. En plena farra. Vestidos de un color indefinible. Descalzos. Portando una botella. O una mujer. O sólo un sombrero de paja.

Desde una esquina gritaba una guitarra, acompañando a la voz dura y extraña de un cantor medio borracho. En la esquina opuesta alzábase, dentro un cajón montado sobre dos burros de planchar, la «probe defuntita».

Se había muerto esa tarde. ¿De qué?... Pues de naa. O de casi naa... La bían embrujiao... La bía mirao quién sabe qué esgraciao, que tenía mar bajo. Y ej claro. Tenía que ser... Bían largao a la probecita... Quién sabe pa ónde... Ella—ña Andrea—suponía

que ar cielo... Pero, ¿y si no pasaba así?... Y si se la llevaba er mismísimo demonio... En fin... Bía que resignarse... Como ar crestiano, Dios le ayuda...

—Don Caslo. Sírvase otro vasito.

El blanco protestó:

—Pero, ña Andrea, si ya he bebido bastante.

—Farso, blanco... Pero si usté no quiere... Como nosotro semoj probes.

Hizo un esfuerzo. Estiró la mano:

—Bueno, pues, démelo. Pero es el último...

Allá—a pocos pasos de la casa—brincaba el estero de Las Tres Bocas. Rugía. Escupía sus insultos de olas sobre la orilla fangosa. Ansiaba desclavar las estacas que sostenían las amarras de las canoas y balandras. Se trepaba hecho enredaderas de espuma sobre los troncos altos de los mangles. Y después—convencido de la inutilidad de sus esfuerzos—se lanzaba otra vez hacia sí mismo.

Hacía frío. El trago empezaba a darle una extraña animación al velorio. Cuatro candiles desde las cuatro esquinas iluminaban a la casa, de una sola pieza. Había treinta hombres y veinte mujeres.

Además, no sé cuántas botellas...

—¿Sabés vos?

—¿Qué?

—La semana que viene te robo pa casarnoj...

—Ajá...

La apretó fuertemente contra su cuerpo. Le hizo sentir un cosquilleo extraño entre lo muslos. Ella protestó:

—¡No seas bestia!... ¡Me estás fregando el traje!...

Las botas de la Gertru sonaban sobre el piso de caña en desborde de alegría. Con toda la alegría de su carne entusiasta. Sentía que Cusumbo la estaba hincando. Sentía que el hombre la apretaba cada vez más y más. Pero no podía evitarlo. Le gustaba. Le gustaba demasiado. Y, además. ¿No se iban a casar tan pronto? ¿No se habían palabreao desde hacía tanto tiempo?

Cusumbo le acercó el rostro, lo más que pudo. Y le dijo casi al oído:

—Oye, Gertru... Don Caslo está charlando mucho con don Goyo. Malo. Don Caslo ej muy jodío... Vos no lo conocés. Po arriba tiene mala fama. ¡Dicen que se ha comío argunas corvinas!

—¡Ajá!

¿Qué le importaba a ella don Cajlo ni don Goyo? Aunque éste fuera su bisabuelo. A ella lo único que le importaba—ahora—era su Cusumbo. Ella lo único que quería era dormir—y no sólo dormir—con él en el mismo toldo, sobre el mismo cuero de venado. Allá que hablasen don Cajlo y don Goyo lo que les diera la gana...

Apretaba también. Sentía más que nunca la fuerza del amor con un solo valor de instinto. Sentíala so-

bre sus pechos, brincantes y duros. Sobre todo su cuerpo, que no se había dado jamás.

La guitarra seguía lanzando sus notas confusas y abigarradas. El baile era más entusiasta, más animado. Las parejas se apretaban en las vueltas. Empezaba a parpadear en el ambiente un extraño olor a carne fresca.

Cuando menos se pensaban, alguien gritó:

—¡Vivan los novios!...

«Don Caslo»—el blanco—debía de tener unos treinta años. Nadie sabía de dónde era. Lo suponían gringo. Porque no hablaba como otros blancos de Guayaquil. Decíase que era malo, muy malo, como casi todos los blancos. Que había ido por esas islas para fregar a los cholos. Era alto y fuerte. Llevaba polainas. Tenía facciones duras. Iba vestido de kaki.

Don Goyo Quimí—el progenitor de esa gente—tendría unos ciento cuarenta o ciento cincuenta años, como él mismo decía. Sus hijos y sus nietos parecían hermanos suyos. Su piel, arrugada y curtida, semejaba a la de una fruta seca. Medio encorvado, andaba con lentitud y dificultad. Pero en el agua era otra cosa. Parecía un pez. Manejaba la canoa como cualquiera de sus bisnietos. Lanzaba el arpón y la fija. Tiraba la atarraya. Tendía las redes. Se burlaba de los tiburones y los catanudos. «Son mis amigos», decía siempre.

Ña Andrea—la hija mayor de don Goyo—seguía con el vaso en la mano:

—Sírvase, viejo... Sírvase, don Caslo... Es un buen puro. Fabricao con la mejor caña de po arriba e Daule... A naide le ha hecho daño.

El blanco—medio pique ya—se paró.

—Bueno, pues, carajo... ¡Pero quiero en botella!...

Ña Andrea, rió:

—Y icen que a los blancos no les gusta er trago...

Era verde. Verde como una esperanza. Estaba llena. Llenísima. Tenía la fuerza de un sueste. Pero los blancos son hombres de garganta dura. Y don Caslo se la bebió de un solo golpe.

Chasqueó la lengua. Miró con ojos miopes a todos los cholos. Se detuvo ante ña Andrea. Rió:

—Ta bueno. ¡Carajo!

Seguía la farra. La farra choluna. La probecita defuntita tenía un gesto de ironía. Los candiles estaban medio apagados. Los hombres empezaban a caer. La guitarra parecía con sueño. Daba miedo y pena el velorio. El raro velorio de la muchachita que ojiaron.

El estero brillaba como un machete afilado. De vez en vez, se escuchaba el ruido perezoso de las balandras y canoas, danzando sobre el petate móvil de las aguas agitadas. Allá, a lo lejos, San Ignacio, la isla que tenía agua dulce, parecía querer hablar. La resaca murmuraba entre los ñangales como una prostituta.

2

Habían bajado. Silenciosos. Sin que nadie se diera cuenta. Estaban ahora sentados sobre un tronco de mangle. En plena orilla. Sintiendo que el agua casi les lamía los pies. Mirando, indiferentes, el cabrilleo de las canoas, iluminadas por un perfil de luna de cuarto creciente. Se apretaban el uno al otro. Tal que si estuvieran incrustados.

Cusumbo habló:

—¿Te acordás, Gertru?

—¿De qué?

—De cuando te ije eso...

—Ajá... ¡No! ¡No me acuerdo!

—Sí te acordás. Pero no queréj ecírmelo.

—No. Palabrita e Dios. ¡No me acuerdo!

Allí hacía frío. Un frío que calaba los huesos. Que parecía meter un millón de agujas diminutas en la piel joven de ambos. El estero empezaba a calmarse. Los mangles parecían inclinarse sonrientes para oírlos. Soplaba el norte franco. Torpemente. Pegándoles la ropa al cuerpo. Sacudiéndoselas. Tal que si quisiera desnudarlos...

—Yo sí me acuerdo. Como si fuera hoy mesmo.

—Ajá...

Ella también se acordaba. Claro... ¡Cómo iba a olvidarse tan pronto! Sólo que se hacía... Le gustaba ver así al Cusumbo...

—Fué en San Miguer der Moroo. ¿Te acordás?

—No. No me acuerdo.

—¿No? ¿No te acordás que tu taita había ido a traer piones pa er branco?

—De eso, sí...

—¿No te acordás que tú también bías ío con tu taita?

—Sí, ¿y eso qué tiene?

Cusumbo se exaltaba. Las frases empezaban a salir con más fuerza de sus labios emocionados:

—Pues naa. Que dende que te vide me gustaste. ¿Te acordás? Aquí, en er Cerrito e los Morreños. Cuando yo vine a vender pescao y tú me brindaste café con bolón e verde. Cuando me ijiste que pa quererte bía que ser manglero. Y charrasquiar un poquito la guitarra... Puej dende entonce...

—¿Qué?

—Me hice manglero. Y aprendí a cantar y a tocar... ¿Te acordás?

—No. ¡Nadita!

—Cuando fuiste pa San Miguel, yo también me fuí.

—¡Ajá!

—Empecé a rondar por onde la balandra «Mercede Orgelina». A aguaitarte de día y de noche. A tocarte un poco de guitarra. A ver si te podía ecir arguna cosa.

—Eso ej farso.

—No, la pura verdad. ¡Como Dios manda!...

Se unían más. Casi inconscientes, empezaron a besarse. Las manos torpes de él buscaron algo entre las ropas de la Gertru. La chola protestó:

—No, no; eso, no...

Cusumbo, ciego, trató de tumbarla. Le pegó una sacudida con su cuerpo recio de tronco de mangle. La oprimió rudamente entre sus brazos. La hizo sentir su virilidad enfoguecida.

—No, bestia... ¡Ejame, que grito!...

Un momentito, no máj...

—Que no, tei dicho...

—¡No seas mala, Gertru!

—¿Mala porque no dejo que me friegues?

—Pero si ya noj vamoj a casar.

—¡Por lo mejmo!

—Ta bien, pue.

Sentía unas ganas locas de pegarla. De arrojarla al suelo. De pisotearla. De escupirle el rostro. De desnudarla. De humillarla. Y entonces — ella, vencida, empequeñecida — decirle:

—¿Sabés, so perra?... ¡No te quiero!

Pero sólo fué un relámpago. Al momento cambió de borda. Aflojándose suavemente, murmuró:

—Vos tenej razón, Gertru. ¡Mejor ej aguardar!

Ella—con ternura de quiebra de aguaje—lo cogió de un brazo. Y casi al oído:

—¿Te habías calentao, Cusumbo?... Mar hecho... Porque todo lo hago por tu bien... Tú sabés: miadero probao, miadero orvidao... ¿Y si tú me orvidás?... ¿Y si tú me orvidás después, Cusumbo?... Te esgra-

ciarías vos y me esgraciarías a mí... Ademaj, naide te podrá querer como yo tei querío... Naide te sabrá aguardar como yo de que vengas a picar mangle pa leña e tuco... Te tendré lista la merienda. Fresco er cuero e venao... Y yo siempre lista a darte lo que voj queraj... ¿Te habís calentao, Cusumbo?

—No, Gertru... Lo único que pasa ej que cuando toy a tu lado me entran unas picazones y un mareo que yo mesmo no me explico... Ya ves todoy...

Volvían a unirse. Casi sin darse cuenta. Se apretaban—el uno al otro—sin importarles que el estero riera a sus plantas. Sin importarles el frío, que se hacía cortante y cruel. Sin importarles el velorio que allá, arriba de la casa, ponía una nota extraña sobre el pentágrama gris de las islas...

Y el velorio seguía. Claro. Bía que celebrar bien a la probe defuntita. Si no, capá que se iba ar infierno... Con lo malo que son ahora toditos los crestianos...

El velorio seguía... Brincaba el puro—tal que una guitarra—en el alma de los cholos. La borrachera les daba aspecto de desdibujos de agua fuerte. Caían unos sobre otros, en plena inconsciencia. Musitaban frases locas, extraídas de sus pobres cerebros como una síntesis de individualidad...

—¿Sabís vos, esgraciao?... Er domingo me largo ar Guayas... Toy cansao de toditito... Mardita sea, carajo... To er mundo me debe... Me caliento... Nece-

sito cincuenta sucre... ¡Carajo!

—¿Qué es der ñato Nicomede? ¡Me le vo a sacar a la hembra!

—Anda a sacarte tu mamá, ¡so pendejo!

—A mi no me jode naide. Vas a ver.

Al intentar avanzar, caía el pobre hombre.

—¡Mardita sea!...

De pronto, alguien levantó la voz desde el suelo:

—Que cante Cusumbo.

—¡Que cante!

—¡Que cante!

—¡Que cante!

Lo buscaron rápidamente con la mirada. No lo distinguieron por ningún lado. Empezaron a gritar:

—¡Cusumbo!

—¡Cusumbo, ven a cantar!

—¡Cusumbo!

Alguien notó que faltaba la Gertru. Y entonces se echó a reír.

—¡Carajo! Yo creo que Cusumbo se ejtá tirando a la Gertru. Nenguno de los dos aparece por nengún lao.

Don Goyo—desde un rincón—protestó:

—No hablen mar der muchacho. ¡Vale máj que too ustede juntoj!

No había acabado de decir esto cuando surgieron la Gertru y Cusumbo.

—Ya ven. ¡Yo conozco a mi gente!

Cusumbo preguntó:

—Güeno, ¿y qué ha pasao?

—Naa, que queremos que noj cantej argo.

—¡Pero si ya es muy tarde!

—No, no. ¡Que cante!...

—¡Que cante!

Le tendieron la guitarra. Tuvo que acceder. Y empezó a charrasquear. Por un momento todos quedaron en silencio. Medio se incorporaron. Y Cusumbo cantó.

Era una vieja canción mal aprendida, mezcla de los deshechos ritmos de las islas, con un cansado tono de la ciudad. Parecía traducir la vida dolorosa de las razas que mueren. Se adhería al lomo de los cholos como un latigazo. Por eso la escuchaban taciturnos.

—Es mu triste ejta canción.

—Las canciones tristej son laj mejores...

—A mí me gustan máj las de peleas y tragos...

—Eso ej máj pior.

Seguía el velorio... Era ya de madrugada. Como presintiendo la proximidad de la luz, la noche hacíase cada vez más oscura. El estero brillaba como un árbol de plata. Tirado sobre el brusquero negro de las islas.

Don Carlos—que ya no podía pararse—balbuceó:

—Llévenme para la casa.

—Ta bien, blanco. Yo lo voy a llevar...

Y don Goyo Quimí—el cholo más viejo de las islas—lo empujó hacia adelante.

Seguía el velorio... El humilde velorio de la muchachita que ojiaron...

3

La canoa andaba despacio. Claro... Guiaba don Goyo... Y don Goyo... Y don Goyo movía muy poco el canalete. Se dejaba llevar por la corriente. Con una extraña actitud de esfinge. De esfinge amasada con el lodo prieto de los innúmeros barrancos...

Parecía dormido. Su tórax se hinchaba. Sus nervudas manos apretaban el rugoso canalete en actitu de dominación. La canoa—aunque despacio—seguía. En tanto que don Carlos roncaba sordamente en la proa.

La oscuridad se hacía cada vez más intensa. No había una estrella en el cielo. Los mangles copudos parecían tejer sus ramas con la sombra. Las siluetas gigantes emergían del estero como un tropel de enormes triceratopos. No hacía una gota de viento. Había el más absoluto silencio.

Don Goyo—el padre de cinco generaciones—tenía miedo. Un miedo hondo y absurdo, que nunca había tenido. Un miedo que se le adentraba en la garganta. Que le hacía sentir unas ansias locas de gritar, de correr. De perderse en el laberinto de las ramazones y las ñangas.

Y don Goyo—que nunca había tenido miedo—al sentirlo por primera vez, lloró...

Dos lágrimas, como dos cuchilladas, abrieron un surco de tragedia sobre la selva de arrugas de su rostro.

De pronto—en una de las vueltas del estero, cerca del Empalado—, se oyó un crujido formidable. Todo tembló. Un latigazo de angustia se prendió sobre las aguas. Un hálito extraño de dolor acribilló el ambiente. El espinazo de las islas se torció, elevándose. Atónitos. Extáticos, se levantaron los palmeros. El multillón de ñangas se incrustó sobre los barros afiebrados. Y después, calma. Calma absoluta, impotente, que se adentraba sobre todas las cosas.

El mangle más viejo de las islas—que don Goyo vió crecer a su lado—se inclinó. Sus hojas verdinegras parecieron tocar al cholo anciano en gesto de caricia. Su corteza se abrió como una flor gigantesca. Se dijeran entrañas desgarradas sus nudos agrietados. Y—en medio del asombro de los siglos, hecho inquietud de dolor y de vida—el mangle más viejo de las islas—con voz extraña y triste—habló:

—Nos vamos, Goyo. Nos vamos. Ha venido el blanco maldito... Ha venido a arrancarnos de la tierra en que nacimos. A corrompernos con su oro esclavizante. A hacernos enemigos, cuando nuestras razas marcharon siempre paralelas y siempre amándose y amadas... Hoy nuestros cuerpos, mutilados, sangran constantemente. Se nos quita nuestra corteza, que es el único abrigo. A veces—la mayoría—ni se nos aprovecha... Se nos deja sobre el lodo del barranco, abandonados...

El eco llevó la frase por los más lejanos recovecos de las islas:

—¡Abandonados!...

—¡Abandonados!...

—¡Abandonados!...

Los mangles parecieron agruparse, acercándose al que hablaba. La corriente se detuvo. Don Goyo hubiera querido gritar. Se asfixiaba. Sudaba copiosamente. Temblaba. Sus pobres carnes se mecían como hamacas. El mangle más viejo de las islas proseguía:

—¡Ah, Goyo!... Si pudiera correr. Alejarme de este ambiente hostil. Desclavar mis pesadas raíces. Mis brazos colgantes e innumerables. Hundirlas en los barros de otras islas no profanadas todavía. No asistir a la muerte de lo que más he querido. Treparme sobre el pasado como una araña monstruosa. O hundirme en el océano en que nací y en el que pasé toda mi infancia... ¡Ah, Goyo, viejo amigo, eterno compañero de siempre, si pudiera correr!... Si pudiera huir...

El cholo sentía fiebre. Miraba con los ojos desorbitados, sin saber qué hacer. La canoa se había detenido. Se diría que el estero se abría y que de su seno emergían peces de mil variadas clases, que miraban irónicamente a don Goyo, el viejo cholo, padre de cinco generaciones.

El mangle más viejo de las islas continuaba:

—Pero es que no quiero... Es que no puedo largarme, Goyo. No puedo dejarte solo. A ti, que eres mi hermano. A ti, a quien vi nacer y a quien protegí siempre. No puedo, Goyo, no puedo... Y, ade-

más, tú eres manglero. Tú vives de nuestra muerte. He jurado ser fiel a ti y a los tuyos. No me importa caer bajo tu hacha o la de tu gente. Para darte techo o comida, para ayudarte en todo lo que sea necesario... Pero los blancos... ¡Ah, Goyo!... Los blancos dejarán las islas solitarias... Os arrancarán a vosotros mismos... Vuestros hombres, como harapos de carne, un día se arrojarán sobre el océano...

La voz del mangle crecía, crecía. Tal que un ciclón, parecía golpear el torso colosal de las islas. Extraño desbordamiento de angustia, masajeaba al minuto expectante. Don Goyo tenía sed.

La luna se asomó un instante para oír. La sangre de los mangles corrió sobre la hamaca de las olas. Acaso un catanudo. Tal vez un tiburón. Como una daga de acero, cortó la piel temblante de las aguas.

Don Carlos despertó.

Don Goyo se preguntaba si habría soñado. Pero de adentro, no sabía de dónde, pero muy adentro, sentía que algo le aconsejaba, le mandaba más bien, creer en lo que había visto y oído. Y es que, después de todo, lo que su viejo amigo el mangle le había dicho, él lo sentía desde hacía tiempo. Poco a poco se había ido dando cuenta de qué era lo que querían los blancos cuando habían venido a trabajar a esas islas: quitarles lo suyo. Hacerlos trabajar para aprovecharse de su trabajo. Esperar tranquilos en

su casa que ellos les llevaran la leña de tuco o la leña de raja, o la cáscara de mangle, para comprárselas por una miseria, después de venderla en Guayaquil por precios mucho mayores. Sí, era verdad, definitivamente verdad. Llegaría un día en que no hubiera un palo de mangle ni un lugar de las islas en que pudieran vivir los pobres cholos. Tendrían que arrojarse al mar. O vivir sobre las barsas o las balandras. O emigrar a las ciudades. A las odiosas ciudades, en que uno se asfixia.

Pero no. El lo impediría a tiempo. No dejaría que sus hijos ni sus nietos ni ninguno de su gente trabajara más con los blancos ni tocara un solo mangle. Ya verían qué podían hacer. Pero desde ese día les declaraba una guerra a muerte a los blancos tragones, que todo lo quieren para ellos.

Volverían a poblarse las islas de los palmeros bulliciosos. Las mareas traerían, ya sin miedo, las semillas navegantes, y las depositarían en los lechos plásticos del fango. Se tupiría cada isla como una cabellera. Volverían a ser más amigos que nunca los hombres y los mangles. Vivirían una vida de cooperación y de trabajo. Hasta que pudiera cada quien prestarse ayuda.

Ya verían los blancos tragones...

Por primera vez bogó con furia. Clavó el canalete como un machetazo. Sus músculos se hincharon. Las venas, en aguajes de sangre, trepidaron rabio-

sas. La canoa rompió las aguas. Se bebió el horizonte en sorbos de relámpagos. Rubricó en espumas su velocidad de angustia.

Don Carlos preguntó:

—¿Qué hora es?

De buena gana lo hubiera tirado al agua. Estaba tan tranquilo todo. Tan callado. Nadie se daría cuenta. Diría que en un salto de la canoa por el fuerte viento se había caído. Y como estaba borracho, no había podido nadar. Todos los esfuerzos que había hecho para salvarlo resultaron infructuosos... Pero después se arrepintió. No. Su lucha no sería en esa forma. Su lucha sería siempre leal. Siempre serena y de frente. Además, nada conseguiría con la muerte de ese blanco, cuando había tantos...

—¡No sé!

El aire se hacía pesado. Más pesado que nunca. Difícilmente respiraban. Parecía como si en el aire volara la sangre de los mangles.

Oyeron—a lo lejos—ladrar unos perros. Habían llegado...

4

El hacha resonaba como una campana al caer sobre los troncos. Poco a poco, los mangles se debilitaban bajo la caricia incesante. Se abrían en asti-

llas sangrientas. Temblaban, rugían. Parecían estirarse para coger un último soplo de viento. Hasta que, al fin—con un temblor convulsivo—, caían en un abrazo brutal de distancias. Arrastrando multillones de ñangas elásticas y de ramazones intrincadas.

El alarido de sus células rotas brincaba como un jinete de huracanes. Triscaba en el ambiente la irritación de las islas. El sol incendiaba el corazón manglero. Ráfagas de naranjas rubias, incontables, se adherían a la fiesta de las hojas entusiastas. Las vacas de agua hablaban entre los mogotitos. Los cholos, entre hachazo y hachazo, sudando copiosamente, medio desnudos, hablaban:

—¿Sabés vos? Er mes que viene me caso. Me farta argo e prata. Pero ahora con er branco se gana argo. Así que...

—Tenej razón. Lo mejor ej la hembra. Y la Gertru ejtá güenaza.

—¡Claro! Er mej entrante me la llevo pa er Guayas. Ya hey de tener riunido argo. Así que...

—Tenéj razón...

La llena era una zarpa. Desgarrando las ubres recias de las raíces colgantes. En ímpetus de aguaje, la correntada hacía bailar hasta el brusquero de las ramazones. El norte franco empezaba a soplar. El hacha parecía coger más fuerza. Caían los mangles —unos tras otros—en un rosario interminable de desarticulaciones. Los cholos asumían actitudes de es-

finge monolíticas. De vez en vez, un relámpago de luz respondía en su cuerpo a la llamada torpe del sol.

Ya el hacha—al mascar sordamente la carne muerta de los mangles—hundíase en el agua. La llena rápidamente inundaba las ñangas. Se oía constantemente el «crac» de las bivalvas cerrándose. Se veía correr a los caracoles y las arañas a las ramazones más altas. Los gégenes y güitifes venían en oleadas de sombra. Era insuficiente el humito de comején para contenerlos. Las canoas habían quedado lejos. Amarradas a las estacas de mangle.

Don Leitón, murmuró:

—¡Tenemoj que gorver!

Los mangles estaban divididos en tucos de una longitud casi exacta. En gruesos tucos ásperos, retorcidos, sanguinolentos. Primero, habían repicado las ramazones. Después, habían limpiado el trozo apetecido. Todo esto, haciendo prodigios de equilibrio sobre las inmensas ramificaciones de los palos sambos y resbalosos.

Empezaron a cargar las canoas. Cada quien se apropió de un pedazo y se lo echó al hombro, yendo a depositarlo en la canoa. Hicieron varios viajes. Y después de pocos instantes, estuvieron las embarcaciones cargaditas. Los cholos se embarcaron y empezaron a bogar.

No había viento. Las aguas estaban quietas. El estero, bajo el abrazo solar, tornábase lechosocobrizo.

Parecía hervir sordamente. Los mangles empezaban a sudar sobre todas las orillas. La corriente de la llena estaba parándose. El cielo, de un azul purísimo, perfilaba límpidamente los cerros de Chongón a lo lejos. Las canoas se arrastraban perezosamente. Los cholos sentían más que nunca la pereza tropical como una caricia dada en su nuca por las hembras.

El viejo Leitón habló:

—Er mangle lo llevamoj dentro.

Y trató de explicar.

Se había ido metiendo lentamente. En una posesión tenaz, rotunda, silenciosa. Sin que ni ellos—posiblemente—se dieran cuenta. Es que tenían extrañas fuerzas desconocidas de los hombres. Una especie de ramazones elásticas e invisibles, que se adentraban sobre la carne de todos. Por los ojos, por la boca, por los cabellos. Que se enraizaban en la vida. Que los pegaban—como una enredadera—sobre la piel dormida de las islas. ¡Ah, los mangles!...

Y después, comentó:

—Todoy me ha dolido cada hachazo pa tumbar mangle, como si me lo pegara yo mejmo.

Y eso era natural. Quién sabe qué ramazones que lo unían con los mangles caídos había destrozado. Acaso un poco de la simiente para los palmeros de mañana. Tal vez un puñado de las mejores hojas verdioscuras. Tal vez...

Los cholos lo miraban riendo, sin comprender. Al fin, Cusumbo preguntó:

—Y vos, ¿cómo sabej eso?

—Lo hey aprendío viviendo en er mangle. Sabiendo cufiar de verdá toititas las cosas. Y he visto máj, ademá.

—¡Qué!

—Cuando loj mangle se tiran a las islaj.

—¡No mienta, don Leitón!...

—No miento. Ejto ej verdá. Lo hey vijto muchas noches. Cuando too er mundo ejtá durmiendo. Primero parece que los manglej se ponieran a bailar. Dende lejoj se les puede aguaitar meneando las ramazones. Hacen una bulla que da miedo. Too se calla pa oír y ver mejor. A las islas les entra un temblequeo que hace brincar las aguas.

Don Leitón, a medida que hablaba, se iba entusiasmando. Los cholos, poco a poco, habían dejado de reír. Ahora escuchaban atentamente el relato del viejo conversón. Don Leitón seguía:

—De repente, empezaban los mangles a clavarse íntegros, como un millón de sexos...

Era una fiesta extraña la de estas agitaciones nupciales. Se estiraban los maridos nervudos. Jadeaban estruendosamente, en un desbordamiento de virilidad. Parecían catanudos verticales, catanudos enormes, catanudos tornados remezón de lujuria y furor de correntada. Después, el espasmo. La semilla. La semilla humilde, loca. Que iría a flotar, abandonada, sobre el océano. Hasta encontrar otra isla madre-

hembra. A la cual pudiera sacarle vida. Para regarla con la lluvia de la savia que adquiriera.

El cerrito asomaba su cabeza pelada y brillante sobre la selva gris verde de las islas calientes.

Cuando llegaron, don Goyo los esperaba en la orilla. Y don Goyo, con voz temblorosa y triste, les habló:

—¡No podemoj cortar máj mangle!

Hubo en todos un movimiento de protesta. Desconcertados, se miraron. Tratando de entender. Después, en muda interrogación, se volvieron al viejo taciturno.

Don Goyo trató de explicar:

—¡Los manglej son como nonostroj mejmoj!

Sí, aunque todos ellos lo dudaran. Los pobres mangles veían, oían, hablaban y sentían. Cada hachazo les hacía palidecer de dolor como a cualquier hombre. Se quejaban. Protestaban. Hubieran deseado emprender una loca huída. Pero estaban maniatados a las islas. Y, además, su lenguaje no era comprendido por los mangleros.

—Los mangles son como nosotroj mejmoj...

El—don Goyo—lo había sabido claramente la noche pasada. Se lo había dicho el mangle más viejo de las islas. Habían conversado largo rato, cuando llevaba al blanco para su casa. Se había quejado el palo amigo de que los cholos, los hombres de su raza, sus hermanos, fueran a cortarlos, en provecho aje-

no, para dejarlos muchas veces abandonados, despreciados, sobre el fango traicionero, con los caídos. Y le había pedido casi llorando que no cortaran más mangle. Que se dedicaran a cualquier cosa. A marisquear, a pescar, a lo que quisieran.

La llena había hinchado enormemente el estero. Las olas encrespadas arañaban la orilla. Las mujeres se habían asomado en la casa para oír. Los perros se miraban medio tristes. Las canoas murmuraban sordamente.

Don Goyo acababa su charla:

—...Ya lo vieron ustede. Tenemoj que pescar o marisquear. Cortar mangle, nunca máj. Ej como si noj cortáramoj nosotroj mejmoj. Además. Odio ar blanco. Guerra ar blanco mardito y tragón, que todo se lo lleva. Los blancos son como la llena. Poco a poco van metiendo su millón de lenguas hambrientas entre las ñangas, entre las islas. Hasta hacerlas desaparecer. Argún día desapareceremoj nosotroj mejmoj... Pejcaremoj. Con er arpón o la fija. Con la atarraya o con las reles. Con er bajío o la calandra.

5

Esa noche bajaron muy temprano la Gertru y Cusumbo. Con paso trémulo, se dirigieron a la orilla. Buscaron uno de los más gruesos troncos de mangle. Y se sentaron. Empezaba la repunta de la marea. Estaban casi sobre el agua. La luna empezaba a asomar su cara pálida. Cicatrices de plata culebreaban sobre la piel móvil del estero. Venía de los manglares vecinos una extraña algarabía de ruidos. Soplaba levemente el norte franco. Pegados el uno al otro, empezaron a hablar:

—Puej sí, Gertru. Don Goyo lo quiere. Vamoj a pejcar.

—Mardita la gracia que me hace. Aquí too va a ejtar mal. ¡Ya lo veráj!

—De deveras. Por mí...

—Y por mí... ¿Te acordáj? Cuando noj conocimoj, yo te ije: «Todoj son manglero en mi casa. Tenéj que ser manglero. Si no...»

—Claro. Y ya vej... Ahora nos viene la contra. Ha sío en vano que yo deje la pejca y que me traiga a don Leitón, que estaba retrechero. Hemoj tenío que gorver.

Trepidaba la resaca contra los ñangales. Mordía el norte franco el rostro de ambos. Allá, a lo lejos, brincaban tres bufeos.

Cusumbo se reanimó:

—No importa, Gertru. Ya veráj. Yo he sío pejcador. Se gana plata. Ya veráj. Apenaj riunamos argunos riales, no casamo. Ya veráj...

—Puee ser. Pero a mí me gusta máj er mangle...

—Tenéj razón. Pero don Goyo ice que izque er mangle ej como nosotroj. Que se le ha quejao. Yo no sé qué cosas no máj.

—¡Yo creo que don Goyo ejtá loco!

—No creaj voj... Yo también...

—¿Qué?

—Muchas veces hey oído hablar a los mangles. Con la llena, too se corma de gritos y de murmureos por toas partes. Argunas noches que he salío en la canoa y hey hablao con arguien, me han remedao como si me tuvieran odio. Yo se lo conté a don Leitón. Y ar principio quise largarme. Pero dejpuéj ya me ío acostumbrando.

—¡Me hacés dar miedo!

—Por eso creo que don Goyo tiene razón.

La luna se escondía tras un enorme nubarrón. Empezaba a haber silencio. Apenas si las hojas de los mangles, al chocar entre sí, murmuraban quedamente. Parpadeaban allá arriba las luces moribundas de los candiles. La casa cholona se perdía en la mole negra del cerrito.

De pronto, Cusumbo—en desbordamiento de fuego—la abrazó. La besó. La estrechó contra su cuerpo. Ella intentó desasirse:

—¡Aflójame!

—No. No te aflojo... ¡No puedo!

La apretó más todavía. Le adhirió largo rato los labios como dos llamaradas. La chola tembló.

—¡Cusumbo!...

Rugió. Vió sombras. Sintió que los nervios se le hinchaban. Que toda la carne se le electrizaba. Hacía tanto tiempo...

—¡Gertru!...

La cargó con sus potentes brazos, sin que ella protestara. Levantó la cabeza orgulloso. Se trepó sobre las ñangas resbalosas. Haciendo pedazos los ostiones filudos. Dominando el equilibrio y la oscuridad. Hundiéndose como una cuchilla, con su preciada carga, en la carne de los brusqueros. Corrió. Saltó. Como un mono. Tal que si sus plantas poderosas se adhirieran a la costra de los mangles.

Le susurró:

—Vamoj a la canoa, que ejtá escondida bajo er mogotito. Pa que naide sepa.

Ella no contestó nada. Sentía que su voluntad la abandonaba. Que, en un gesto de fiebre de amor inaudita se arqueaban sus muslos, ofreciéndose. Y que su sexo se había puesto como un carbón encendido. Y que sus senos estaban más duros y vibrantes que un corazón de cascol...

Llegaron a la canoa. El la dejó caer suavemente sobre el plan. Le fué levantando poco a poco la bata multicolor. Ella hacía liviano su cuerpo para que fuera más fácil. Después los calzones ásperos y olorosos a frescura y remanso. Cuando las manos callosas sorprendieron sus primeros secretos, ella se estremeció.

—¡Cusumbo!...

Vino la posesión. La noche ahogó un grito furtivo. El estero pareció ayudarlos. La canoa se hizo canción de vida y tuvo agitación de correntada. Hasta el viento llevó tono de caricia.

Había un montón de trapos en la borda. Se oía el divino jadear de los dos cuerpos. Se veían las hilachas de sombra movediza. Como campanadas de vida, se mecían en el ambiente los dos nombres:

—Gertru...

—Cusumbo...

Cuando terminaron. La Gertru se echó a llorar. El—dominándola aún—le preguntó:

—Güeno, Gertru, ¿por qué lloraj?

Trató de besarla nuevamente. De apretarla más aún. La chola lo repelió con fuerza. Lo hizo a un lado. Medio se levantó. Bajando apresuradamente la bata.

—¡Desgraciao!

—Pero, ¿qué te pasa, Gertru?

Ella lo miró rencorosa. Después miró allá, a los esteros interminables. Y sollozó:

—Me habés fregao. Porque ahora que vamoj a picar mangle, me vendrá la de malaj. Ejto ej er principio. Ya veráj.

Al frente de ellos pasó. Lo distinguieron confusamente. Iba lento don Goyo; lento, como siempre. El golpe del canalete, tardo, pero firme, tenía un acento extraño al cortar sordamente la tersa superficie de las aguas. No miró nada. Siguió lentamente, orillandito, sin volver hacia atrás.

La Gertru y el Cusumbo se miraron llenos de miedo. E inconscientemente, como para protegerse mutuamente, se abrazaron otra vez.

—¡Gertru!...

—¡Cusumbo!...

6

Se decidieron. ¿Qué iban a hacer? Don Goyo era como el padre de todos. Su voz dominaba siempre. Su consejo jamás fué desatendido. Además, él no se equivocaba. Cuando no quería que cortaran mangle, por algo sería. Era en vano que forzaran sus cere-

bros para querer comprenderlo. El viejo veía más allá. Y conocía los secretos de todas las islas.

Y, por eso...

Salieron a pescar. Al estero de Las Tres Bocas. Iban a tirar un poco de arpón. A ver si cobraban algunas piezas grandes: corvinas, o robalos, o tortugas, o cazones, o catanudos, o ureles.

Iban algo serios y algo tristes. Bogando furiosamente. Desnudos los torsos. Afiebrados los músculos jadeantes. Explorando, llenos de ansiedad, el horizonte.

La mañana, luminosa, reía sobre el ambiente. Fresca brisa abanicaba las aguas, erizándolas. Los mangles estaban más verdes que nunca. Se dijera que una fuerte alegría retorcíase en sus nudos elásticos. Los cholos seguían. Cada vez más ligero. El golpe del remo caía como un sonoro latigazo sobre el lomo irónico del ambiente.

Don Leitón, roncó:

—Mardita la gracia que me hace pejcar... Ya mey orvidao de todo. Dende que cogí er hacha y er machete...

Y uno cualquiera:

—¡Y a mí!

—Antej me gustaba perseguir las lisas chocorronitas. Las agujas endiabladas. Hasta los tambilleros garañones... Me gustaba pegarles con la fija. Agarrarlos. Saber que podía alcanzarloj donde quiera que se fuesen... Pero ahora... Ahora sólo me gujta er mangle... A pesar de que me duele cortajlo... Sólo me guj-

ta vivir saltando entre las ramazones tupidas... Picado de los ogenes y de los güitifes... Latigueado por er sol y por er mar!

En Cusumbo resucitaba el cazador de los peces brincantes. Poco a poco la emoción lo iba invadiendo. Su mano apretaba nerviosamente el arpón. Lo acariciaba en la extensión de su vara. Hasta llegar a los gavilanes de las puntas de acero.

—Tarvé...

Tal vez el arpón le daría para casarse. Ahora que ya había probado a la Gertru y le gustaba más que nunca.

Recordaba sus años de pesca. Primero, cuando estaba allá arriba. Cuando cogía los bocachicos y los bíos desde los árboles tendidos sobre los esteros. Lanzando la fija amarrada a las ramas. Cuando, después, los llevaba a la casa, donde su mamá los rallaba con el cuchillo, al través, para cortarles las espinas innumerables. Después, acá, en los esteros salados. En las islas innumerables. Bebiendo espuma y reventando sol.

Se entusiasmaba cada vez más. Ya verían los cholos de lo que era capaz un hombre de po arriba cuando el tino le orienta la mano y el arpón. Ya verían.

—¡Puee ser!...

Llegaron al estero de Las Tres Bocas. Era un sitio en que golpeaba el agua como mar abierto. Lo llamaban así porque tres esteros se unían. Dos pequeños, que venían bordeando las dos orillas de San Ignacio. Y otro grande, muy grande: el de Chupador Chico, que surgía entre la Punta de Chocolate y un pedazo de Viña del Mar.

El viento estaba muy fuerte. El agua, muy picada. Apenas llegada la canoa a la parte ancha del estero, empezó a saltar. Se dijera que tomaba el aspecto de una lisa cabezona.

—¡Vamoj a ver!

Cusumbo empuñó el arpón. Se paró en la proa. Cogió una hermosa e inconsciente actitud desafiante, elevando el arma. El tórax, dilatado. Los ojos, escarbantes. Tratando de sorberse toda la lejanía.

De pronto, saltó. Salió el arpón de sus manos, veloz como un rayo. Los cholos se miraron asombrados. Porque nada habían visto.

Después de pocos instantes escucharon el chapotear de algo en el agua. Advirtieron un remolino de espumas a corta distancia. Sobresaliendo en medio de las olas gruesas.

—¡Lo hey fregao!...

El arpón se había puesto horizontal sobre las aguas. Aboyantando por la vara de madera liviana. En su extremidad de acero había un pez atravesado. Un poco más abajo de las agallas. Lanzando pequeñas espirales de sangre al agitarse.

—¡Cuidao, se va!

—No hay cuidao. Ta bien agarrao. Y, ademáj. Er arpón no suerta jamá. Cuando máj brincan se clava máj...

Las agitaciones del pez eran menos violentas. Ya el arpón casi ni se movía. La canoa se acercaba rápidamente.

Sacaron al habitante del mar. Era un robalo. Tenía los ojos fijos, inmóviles, miopes. Apenas si podía agitar levemente la cola. Tenía destrozado el cuerpo, por donde le había abierto la brecha el arpón. Se lo sacaron. Lo tiraron al plan de la canoa. Y siguieron.

Ya tenían algunos cogidos. Especialmente corvinas y robalos. En todos había actuado Cusumbo de lanzador. Los cholos empezaban a dar muestras de aburrimiento. No estaban enseñados ellos a esa vida. Don Leitón fué el primero en protestar:

—¡Carajo!... Pero así, sólo Cusumbo va a pejcar. Y nosotroj hechoj loj pendejo viéndolo.

—¡Tiene razón don Leitón!...

Otro cogió el arpón. Cusumbo le dió unos cuantos consejos. Le enseñó a coger el arma. Y también le indicó cómo debía de lanzarla para que no se le pasmara el arponazo.

El nuevo arponero se paró en la proa de la canoa. Y empezó a escrutar el horizonte. Estaba anhelante. Un poco nervioso. Como al borde de una iniciación sexual. Pasaron algunos instantes. La canoa

seguía avanzando rápidamente. Y todavía no había lanzado el arpón ni una sola vez. Hastiado, comentó:

—¡No veo nadita!...

Entonces se paró Cusumbo. Se le acercó. Estiró la mano señalando:

—Sí, ¿ves esa cuchilla pequeñita que va en dirección de la ñanga? Puej ej un robalo. ¡Mírala lo rápida que va!

El otro trató de ver. Estiró los ojos como un anzuelo sobre la superficie agrietada de las aguas. No pudo distinguir nada.

—¿Dónde?

Cusumbo cogió otra vez el arpón. Lo estiró. Indicando con la punta:

—¡Allí!

—Ajá. ¡Ya lo vide!

Le quitó el arpón a Cusumbo. Lo levantó. Lo arrojó con fuerza. Pero su falta de destreza le hizo fallar. La vara dió dos botes en el agua. Y cayó cerquita de la canoa.

—¡Mardita sea!...

El pez parecía burlarse. Se acercaba a la canoa. Se sumergía breves instantes. Y después, volvía a aparecer, sembrando de ángulos agudos el estero. Posiblemente perseguía a algún cardumen de lisas chicas o chaparras.

Cusumbo, rió:

—¡Todo hay que aprenderlo!...

Y entonces empuñó otra vez el arpón. Volvió a

arquearse hacia atrás, en gesto de potencia. Empuñó cada vez más fuerte el arma agilísima. A manera de una costura—con aguja colosal—fué haciendo puntadas definitivas sobre la tela multicroma de las aguas.

Regresaban. Para primer día no estaba mal. Bogaban perezosamente. El sol les incendiaba las magníficas espaldas. Un rimero de peces se agitaba en la canoa. Porque muchos de ellos no fueron alcanzados más que por la cola. Pero lo que había dicho Cusumbo era verdad. El arpón no perdonaba. Pez que cogía entre sus gavilanes vigorosos, era pez cautivo. Por más que protestara. Que se agitara. Que tratara de huir. Y la vieja sangre de los mangles, que curtía las bordas, parecía mezclarse con la nueva de los peces moribundos.

La canoa andaba despacio. Ahora, las lisas saltaban—de vez en vez—al lado de ellos, como desafiándolos. Se dejaba ver incesante la plata de sus escamas veloces.

—Si hubiéramoj traío la atarraya...

—De verdá.

—Pero eso no importa. Tas nochej son oscuras. Así que mejor ej salir de noche. Se puee atarrayar mejor. Y se coge muchísimo peje.

—Tonce, vamo ejta noche...

—No. ¡Mañana! Tamo muy cansaos.

—¡Güeno!

La cumbre del Cerrito de los Morreños se empinaba para verlos llegar.

Llegó la hora de la enviada para el Guayas. Don Leitón dijo:

—Tenemoj que mandar ejto temprano.

—¡Hay mu poco!

—No importa. Argo es argo. Pa comprar unoj verdej, arroz, sal y manteca, sí hay.

—Si es así...

—¿Quiénej quieren ir?

Ninguno se movió.

Entonces don Leitón se resignó:

—Güeno, puej. Iré yo, con doj muchachoj.

Cusumbo terció:

—¿Por qué no lo salamo mejor? Y esperamoj riunir argunoj.

—Necesitamoj comida. Voj sabés. Ejte ej er úrtimo viaje de la balandra «Mercedej Orgelina». Porque si no hay mangle, pa qué va a viajar. ¡Y como no se puede trabajar ni vivir sin comer!

—De verdá.

—Así que...

—Tenéj razón.

7

Esa tarde todo fué peje. Peje en el sancocho. Peje en el arroz. Peje con verde asado. Peje, puro peje. Cada uno de los cholos se echó adentro un trozo como mejor pudo. La casa, de una sola pieza, cogía un olor penetrante, que latigueaba todo el ambiente. Los cholos estaban sentados en el piso de caña, sobre unos cuantos cajones vacíos de kerosín. Cusumbo, al lado de la Gertru, hablándole despacito:

—Oye, Gertru.

—¿Qué?

—¿Querés salir ejta noche conmigo?

—¿Pa ónde?

—Pa dar una güerta en canoa. Vamoj a atarrayar. Yo les hey dicho a loj demáj que íbamoj mañana; pero era porque quería dir solo.

—Ajá. Pero andá vos solo. como decís. Yo no quiero que me friegues otra vez.

—Pero Gertru...

—¡Que no, tey dicho!

—¡Ta bien, puej!

Tomaba grandes sorbos de café canoero, en la taza desportillada de fierro enlozado. Lo estaba tomando con bolón de verde. Y recordaba. Recordaba cuando la Gertru le había brindado el negro líquido por primera vez...

Se levantó. Bajó de la casa. Con paso rápido se encaminó a la orilla. Se embarcó en una canoa y se puso a bogar. Ya había oscurecido bastante. Las cosas empezaban a borrar sus contornos. En esta hora gris negra todo se había silenciado. Todo había tomado una inmovilidad de difunto.

De pronto, saltó un grito de la orilla:

—¡Cusumbo! ¡Cusumbo!

Se volvió lentamente:

—¿Qué pasa?

—¡Ejpérame un momentito!

—Ta bien, puej.

Lo que él había dicho siempre. A las mujeres había que tratarlas a palo para que siempre estuvieran sumisas y obedientes. Si él se hubiera quedado rogando, posiblemente esa noche no hubieran salido juntos. ¡Ah, las mujeres!

Displicentemente, viró la canoa y atracó. La Gertru estaba esperando impaciente. Apenas lo vió llegar, saltó:

—¿Pa ónde vas?

—Pa el Empalao.

—¡Ajá! ¿Queréj que te acompañe?

—Si así es tu gusto. ¡Como tas tan menesterosa!...

—Ya ves. Lo que yo te icía... Miadero probao, miadero orvidao. Vos ya te habís cansao de mí. ¿No verdá?

—No es verdá. Si no, no te hubiera invitado todoy.

—Güeno. Llévame tonce.

—¡Vamoj, puej!

La Gertru se sentó en la popa. Y empezó ella a guiar la canoa. Cusumbo iría en la proa, atisbando los cardumen de lisas, para tenderles el abrazo fatal de la atarraya.

Empezaba a soplar un poquito de viento. El estero se encrespaba levemente. La noche se adentraba sobre el archipiélago, rápida y audaz.

—¡Pronto se verán los cardumes!

Empuñó la atarraya, de piola fortísima y de pesado cerco de plomo. Mordió uno de los cantos. Y con la mano derecha la estiró, abriéndola, como una gran campana.

Los ojos escarbantes, empezó a sondear la oscuridad. Poniendo en tensión la nariz y los oídos. Por si acaso...

De pronto, murmuró:

—¡Shisssssss!...

La Gertru paró el canalete. La canoa empezó a andar más despacio. Cusumbo prestó más atención. Se oía casi imperceptiblemente el romper de las aguas. En visión de flecha se advirtió la serpentina de plata del cardumen de lisas.

—¡Ya ejtán aquí!

Le dió un ligero balance a la atarraya. La lanzó. El abrazo de piolas cayó en círculo enorme, dominando. El plomo la hizo cerrarse rápidamente. En la bolsa quedaron brincando muchos peces.

—¡Hey cogido argunos!

Levantó dificultosamente la atrapadera de lisas. Chorreaba espuma. En la sombra se vieron brillar los racimos de escamas, entre el torcido de las piolas.

—Hey cogío arguno...

Fué abriendo lentamente los diferentes senos de la bolsa. Los peces iban cayendo. Saltando sobre las paredes o en el fondo de la canoa.

Gertru—en la sombra—trataba de adivinar la musculatura del montuvio acholado. Y bogaba y bogaba. Cada vez más.

Habían puesto la canoa salpicada de peces. Habían cogido la mayoría grandes. Estaban vivos aún. Saltando. Tropezando sobre los costados de la embarcación. Dilatando las agallas constantemente. Golpeando las bordas.

Cusumbo propuso:

—Asemoj argunas.

—Yastá.

La Gertru se acercó al fogoncito infaltable en el centro de la canoa. En el cual humeaba débilmente el comegén ardiendo. Lo atizó con unas cuantas astillas. Atravesó las barras de fierro. Y tiró unas lisas, meneándose aún, al fuego. Sin abrirlas. Sin lavarlas.

—¡Así no se lej va er gusto!...

Se esparció un sabroso olor a lisa asada. En el fondo, las intocadas parecieron abrir sus ojos mio-

pes. La Gertru y el Cusumbo se saborearon largamente. Después de poco rato, ya estaban listas. A la escasa luz de las llamas diminutas se veían como doradas.

—¡Ejtán gordas!...

Cada quien cogió una. La abrió, pelándola como un plátano. La limpió. Le clavó los dientes afilados y fuertes.

Regresaron.

Pero, ya casi al llegar, en una vuelta del estero, donde estaba más oscuro aún, Cusumbo no pudo contenerse y le murmuró suavecito:

—¡Gertru!...

—¿Qué?

—Otra vecita.

La chola protestó. Hizo un movimiento de impaciencia:

—Ya vorvemoj con laj andada. No. ¡No me friegues!...

—Ta bien, pue.

Se tiró cuan largo era sobre la canoa. Dejó que la corriente los arrastrara. Una rabia extraña empezaba a dominarlo. La Gertru entonces habló:

—¿Te habís dormío, Cusumbo?

—No.

—¿Y quéj lo que te pasa?

—¡Nada!

—¿Y por qué vaj tan callo?

—¡No lo hey notao!

La Gertru se levantó. Se acercó a él. Lo miró fijamente. Largamente. Y le escupió encima sus palabras:

—Lo que pasa ej lo que tey dicho siempre: Ujtede no deben probar, porque dejpué...

Cusumbo se incorporó.

—No, ¿sabej voj? No ej eso. Lo que pasa ej que a laj mujere hay que tratarlaj a palo. Como si fueran mulaj. Sólo así tan contentaj. Sólo así hasen lo que uno quiere. A las güenas, naide consiga nada. Hay que turmbarlaj en medio de loj manglej. En cualquier parte. Y entoncej, montárselej encima. ¡Por eso taj tan remilgosa!

—Eso ej farso...

—¡Pue ser!...

Se levantó. Se dirigió a la popa. Y otra vez bogó. Bogó con furia. La canoa saltó como una lisa. Como una enorme lisa cabezona. Se bebió las distancias. Se llenó de bigotes de espuma. La enorme canoa de pechiche.

8

De madrugada llegaron los que fueron con la pesca a Guayaquil. Los recibieron a esa hora, casi to-

dos, despiertos. Prendieron dos candiles. Ña Andrea se levantó y empezó a preparar una tacita de café y a asar unos verdes. Los recién venidos se sentaron en media pieza y el viejo Leitón contó las peripecias de su viaje:

—Puej ejtamoj de malaj. Dende que salimos, too ha sío la negra. Primero, aquí, en er estero, que por el Cruce se puso muy bravo y tuvimoj que ejperaj un rato pa pasarlo, porque no adelantábamoj nada con laj marej tan juertes. Así que llegamos tardes y llovidos ar Guayas.

Los cholos lo escuchaban atentamente. El estero, allá abajo, parecía protestar. Arrojándose violentamente sobre la orilla. De San Ignacio venía, en alas del viento, el grito de «¡Bujío... Huevo arrastrao!» Las diminutas luces de los candiles parecían querer cerrarse, como si tuvieran sueño. Don Leitón proseguía:

—Como llegamoj tarde, naide noj quería mercar er peje. Sobre todo, pa eso hay que ejtar aconchabao con uno de loj blancoj, que ej er que siempre compra. Y er que dejpuéj loj vende en la ciudá. Así que noj jodimoj. Cansao de esperar arguien que noj ofreciera argo por er lote, cojimoj loj mejorej y salimoj a vender argunoj nosotro mesmo. Pero como no conocemoj a naide, noj mercaron poco. Ademá, no podíamoj llevar mucho. Porque éramoj pocoj. Y sólo llevávamos una sarta en cada mano...

El café empezaba a oler alegremente. Se oía el chisporrotear de la leña encendida. Ña Andrea mo-

vía sus nalgas entusiastas de aquí para allá y de allá para acá:

—¡Ya mesmito ejtá!

Don Leitón seguía:

—Pa no alargarlej er cuento: Cuando regresamo a la canoa, onde habíamoj ejado a uno pa que cuidase der peje, encontramoj que lo que habíamoj ejado ya ejtaba muy oliscoso. Y tuvimoj que tirarlo ar agua. Y noj juimo ar centro, a mercar un poco de sal, arroz y manteca. ¡Pa lo único que ha habido! No mey podío echar ni un trago... ¡Mardita sea!...

Perdidos en la sombra, cuchicheaban los cholos:

—¡Yo, sin verde!...

—¡Y yo!...

—¡Y yo!...

—Puee fartarme too; pero jamáj er verde. ¡Eso ej argo que me jode!

—¡Y a mí!

—Don Goyo tiene la curpa. Si no fuera por él, todo ejtaría tranquilo ahora.

—Se ejtá arterando. ¿Vo no cres?

—¡Quién sabe! Cuando le ha dao por eso...

—¡Mardita sea!... Y hora, ¿qué vamoj a hacer? Eso der pescao no sirve pa nada.

—Y lo pior ej que no sabemoj de eso ni papa.

—Tenemoj que marisquear. Coger conchaprieta. Mejillón. Pata e mula. Sin boca, jaibas, cangrejos. ¡Quién sabe qué!

—¡Mardita sea! ¡Qué cosa que se le ponen a veces a loj crestianoj!

—¿De verdá?

—Güeno, ¿y qué será de don Goyo? Todavía no ha regresao.

Don Leitón, que escuchó lo último, murmuró:

—Yo creo que don Goyo se ha palabreao con er Tin-Tín.

—Pue ser...

—Too ejto me ejtá dando mala ejpina. No sé ónde vamoj a parar. Por mí, vorvería a pejcar mangle.

—Don Goyo no quiere. Y por argo será.

—¡Mardita sea!

De pronto, cuando menos se dieron cuenta, apareció don Goyo. Sereno, tranquilo. Con una extraña sonrisa sobre los labios. Caminando lentamente. Ligeramente encorvado. Mirando a su alrededor:

—Güenos días de Dios.

—Güenos, don Goyo.

Todos lo miraron asombrados, como si vieran una aparición. Después, agacharon la cabeza. Quedando completamente en silencio. Desde el fogón surgió la voz de ña Andrea:

—Ya ejtá er café...

Don Goyo se volvió:

—Güeno. Sírvelo.

Y después, mirando detenidamente a los cholos, murmuró:

—Y a ustede, ¿qué les ha pasao, que se han quedao como pasmaos ar verme? Paese que yo fuera arguna aparición. Igan qué les ha pasao.

—Naa. Que loj que fueron ar Guayas no han podido mercar naa, porque llegaron tarde y er peje se les quedó varao.

Don Goyo se quedó pensativo. Arrugó aún más la selva de su rostro.

—Ta malo eso, ¡carajo!

Ña Andrea se acercó con las tazas de café en la mano y empezó a servirles a todos. Empezaba a clarear lentamente. De los toldos, colgados a las orillas de la pared, venían respiraciones jadeantes. Uno que otro ronquido y el zumbar del puyón que hacía la ronda, esperando sorprender algún roto en la tela para poder meterse.

Don Leitón, haciendo un esfuerzo, se atrevió:

—Vea, don Goyo. Ej que se trata...

—¿De qué?

—De usté, de los manglej, de la pejca. De toos nosotroj.

—Güeno, ¿y qué pasa?

Don Leitón medio se turbó. Se detuvo un rato titubeando. Sin encontrar cómo decir. Paseó una mirada alrededor de los cholos. Y, confortado por ellos, siguió:

—Pue. Sencillamente... Nosotroj no servimo para pejcar. No tenemoj tino pa lanzar er arpón ni la

fija ni pa tirar la atarraya ni pa clavar las relej. Y ni aun pa vender er peje. Pa too hay que nacer, don Goyo. Y a nosotroj noj ha salío sangre e mangleroj.

—Ta güeno. ¿Y qué máj?

—Que queremoj gorver a picar mangle, don Goyo. Que no podemoj pejcar. Que too así se trastroca. Ya ve... Hasta er casamiento de la Gertru y er Cusumbo... Sin plata no puee ser... Usté sabe, don Goyo...

Don Goyo lo había oído atentamente. Cuando terminó de hablar, se acercó, casi hasta tocarlo. Medio enderezó su cuerpo, siempre encorvado. Y habló:

—¡No paesen hombrej!

Don Leitón protestó:

—¡Don Goyo!...

El viejo lo contuvo con una mirada. Tembló ligeramente:

—No paesen hombres... A la primera guerta, caen jodidos... Como si no hubiera mir formaj pa ganarse la vida, sin fregar a naide... ¿Que no se puee pejcar?... Puej entonce a marisquear. A coger mata e mula. O mejillón. O conchaprieta. O almejas. U ostiones. O cuarquier cosa. O hacer salinas. O bucear... No sólo se vive der mangle... No paesen hombrej... Sólo han probao una cosa. Y ya dicen: «No podemoj... No podemoj... Hemoj nacío pa picar mangle...» ¡Pendejoj!

Don Leitón se había puesto cenizo. Violentamen-

te habló. Como si un estero en aguaje se le hubiera hecho nudos en el pescuezo:

—Ta bien, don Goyo. Marisquearemos. Pero es la úrtima. Si no, vorvemoj ar mangle. Ar menoj, yo.

—Y toos...

—Ta bien.

Amanecía ya. Empezaba lentamente a clarear toda la orilla. Poco a poco se fueron levantando los toldos y saltaron las mujeres afuera. Los cholos todavía estaban conversando agrupados, en medio de don Goyo y don Leitón. Una ligera brisa abanicaba el ambiente. Se oía lentamente—desde San Ignacio—el despertar rumoroso de toda la montaña.

9

Muy temprano salieron a marisquear. Iban a coger primero conchaprieta. En medio de los raiceros de los mangles. Cuando la marea estuviera completamente baja. Y quedara todo el fango a flote. Bogaban despacio. Como con pereza o con desgano. Iban en dos canoas. Hablando de mejores tiempos. Recordando su vida de cortadores de mangle, de picadores de tuco o de sacadores de cás-

caras de palo preciado para la curtiembre. El sol les macheteaba las espaldas brillantes. Las canoas se deslizaban sin hacer el menor ruido.

Habló Cusumbo:

—No sé si a nosotroj noj va a pasar lo mejmo que ar hacha. Dende que no corta mangle se ejtá poniendo toa roñosa, color e tierra. Capaj que despué no va a querer ni coger filo...

—Pue ser. A mí lo único que me provoca ej ejtar dormío too er santo día. Sin hacer naa. O cuando máj, tirándome a la hembra... Toy too mellao como la hacha. Mardita sea.

Callaron. Miraron con recogimiento la fila de mangles, que se elevaban esbeltos, empenachando toda la orilla. Los siguieron con la vista. Los recorrieron como acariciándolos. Buscaron las partes más fáciles para cortarlos. De qué lado les darían para facilitar la caída. Cómo habría que repicarlos después. En qué forma lo harían leña e tuco o leña de raja... Y al convencerse de que no podía ser. De que estaban soñando despiertos, les entraba un extraño dolor. Agachaban la cabeza y murmuraban, esta vez todos:

—¡Mardita sea!

Clavaron una estaca, bien arriba del lodo que salía como una sábana inmensa sobre las aguas tranquilas. Amarraron la canoa, y hundiéndose hasta las rodillas, empezaron a subir el mangle.

Al pisar las primeras raíces, las sintieron extra-

ñas. Les pareció que hacía tiempo, pero mucho tiempo, que no habían estado por allí. Que trataban con un elemento totalmente desconocido. Les dió miedo ir a resbalarse sobre los ostiones filudos y cortarse hasta el alma. Medio temblorosos, se treparon en las primeras ñangas. Haciendo huir a los caracoles y las arañas, que rodaban por las ramazones.

—Vamoj a ver...

Se dispersaron. Andando dificultosamente sobre las ñangas. Teniendo que cogerse de las ramas con las manos. El espíritu anhelante y el ojo avizor.

Las conchaprietas asomaban sobre el fango de vez en vez, en medio de la red tupida de las innumerables raíces colgantes. Se confundían con el color gris predominante en las raíces, en las ramas y en el fango. Las que más fácil se veían eran las lloronas, que son blancas, y de cualquier manera ponían una nota desacorde sobre el ambiente uniforme.

Pero, fuera por la impericia, o fuera porque los cholos pescadores que merodeaban por esos alrededores las tenían minadas, sólo de vez en cuando se podía encontrar una que otra.

Los cholos, en tanto, seguían protestando:

—Mardita sea...

—¿Qué pasó?

—Lo que nunca. Me ha jodío un ostión. Y eso que yo tengo las patas como si fueran de cuero. No me explico qué ej lo que ejtá pasando en esta tierra. ¡Mardita sea!

—Y yo ya me voy cayendo tres veces. ¡Me resba-

lo como si a ejto le hubieran untado mierda!... Y hasta los güitifes me joden como nunca. No sé qué ej lo que vamoj a hacer, pero esto ya es insoportable...

—¡De verdá!

Cada quien había ido depositando las conchaprietas que cogía en un saco de yute. Como después de unas tres horas de estar en esta labor, empezaron a gritar los que estaban a la orilla, para alzarse.

Poco a poco fueron apareciendo entre la enmarañada red de los mangles uno por uno. Venían jadeantes, enrojecidos, llenos de ronchas que les habían causado los gegenes y los güitifes. Caminaban dificultosamente, portando sobre el hombro el saco con el marisco anhelado. Cuando estuvieron todos juntos, se miraron en silencio. Enfilaron su caminada hacia la orilla.

La marea había crecido un poco. La canoa, que la habían dejado medio varada, estaba a flote y llegaba a la varenga en que la había amarrado el agua murmurante del estero. Para embarcarse tuvieron que hundirse en el agua y medio acercar la embarcación.

Vaciaron los sacos. Y no pudieron contener una exclamación de rabia. Casi no habían cogido nada. Las pocas conchaprietas que habían logrado atrapar eran pequeñitas. Puro redrojo. Indignas de ser llevadas al mercado.

—Güeno, puej... Vamoj con la media marea a

coger ostiones. Vamoj pa el estero de los Colorados, que creo que es donde ejtán menos minadoj. Porque con ejto noj ha ido pésimamente mar. No tenemoj ni pa hacer un arroz con concha, nosotroj.

—Vamoj.

—Yo creo que lo que noj ejtá pasando ej que ejtamoj de malaj. Noj ha de haber miao argún tejón. O, cuando menoj, a don Goyo.

—¡Don Goyo!...

Dejaron el Estero de la Seca. Empezaron a bogar furiosamente. La canoa saltó en ímpetu de trote salvaje. Don Leitón murmuró:

—Tenemoj que apurarnoj, porque er agua crece rápido. Y si llegamoj tarde, ya ejtarán a pique todoj loj ojtionej y no vamoj entonce a coger nada!

Atizaron el humito de comején, que ahora sí iba a ayudarlos, porque no tenían que internarse en en el mangle, sino que desde la canoa verificarían la recolección.

Después de poco rato, llegaron al Estero de los Colorados. Que quedaba en plena isla de San Ignacio. Entraron lentamente. Explorando todas las raíces de los mangles, a ver cómo se encontraban los ostiones.

Cusumbo—con la experiencia de la pesca—murmuró:

—Tenemoj que dir máj adentro. Po aquí, po la boca, loj pejcadores loj tienen acabaos. Sólo han de-

jao loj má chocorronitos. Aquellos que no sirven pa nada. Vamoj adentro...

Sobre los ñangueros, sobre los troncos retorcidos de los mangles gateados, sobre las ramazones colgantes. En racimos interminables, se agrupaban los ostiones, blanqueando toda la línea intermedia entre las hojas de los mangles y el agua.

A medida que se acercaban al nacimiento del estero, los ostiones eran efectivamente más grandes. Se agrupaban, eso sí, en menor número. Con su peso, muchas de las ramas se doblaban.

—Ejtoj ya están güenos. Podemoj empezá.

—Empecemos.

Se arrimaron a la orilla. Empezaron a andar por milímetros. Cusumbo se acercó a la proa. Se prendió de una rama que sobresalía sobre el estero y colocó la canoa debajo de ella. Entonces, con el lomo del machete, empezó a golpear al hacinamiento de ostiones. Estos fueron cayendo poco a poco en la canoa. Después de dejar esa rama pelada completamente, avanzaron. Cuando había alguna penca grande colgada de una ñanga delgada, cortaban ésta y la guardaban así en la canoa.

Rápidamente llenaron la embarcación, que se fué hundiendo hasta sobresalir muy poco del agua. Y cuando esto sucedió, emprendieron la marcha al cerrito.

La llena había ido echando a pique la mayoría de las ramazones colgantes. Ahora sólo salían a flote las aéreas y llenas de hojas. Que daban largos y

definitivos brochazos verdes sobre la nuca de las islas.

Cuando, para probar, empezaron a abrir algunos ostiones, sufrieron una desilusión. A pesar de todo, aún eran demasiado pequeños. Don Leitón, viejo conocedor del mercado del Guayas, expresó su pesimismo:

—Difícirmente vamoj a poder conseguir güen precio por ejto. Ta mu chico. Ar Guayas llevan ostión de peña e la Puntilla, de San Miguel, der Guabo y de una juerza de partej máj. Y los ostionej de peña son muchisísimo máj grandej. Con la concha, que parece bandeja... Los revendones no noj van a querer dar medio por ejto... Hemoj perdío otra mañana.

—¡Mardita sea!

Empezaba a chisporrotearles la sangre. Cusumbo no decía nada; pero, de vez en cuando, sentía como si le hubieran puesto una cortina negra sobre los ojos.

Pero, ¿qué se había figurado don Goyo? ¿Que siempre iban a estar jodidos porque a él se le había antojado que no picaran más mangle? Estaba equivocado. Esa tarde probarían por última vez. Si no... Lo que Dios mandase... Estaban cansados de trabajar por gusto...

—¡Mardita sea!

Esa tarde salieron a coger mejillones, a coger cangrejos, a coger jaibas y pata e mulas. Lo que pudieran. Se dividieron en varios grupos. Y cuando la marea estuvo ya bastante baja, salieron en varias canoas a las islas vecinas.

Los primeros se quedaron por ahí, al frente del cerrito. Y empezaron a cangrejear.

—Me da miedo.

—¿De qué?

—De que me vaya a morder argún desgraciao bicho de ejtoj con una de sus mano gordaj.

—Too ej cuestión de saber. Tú metej la mano en el hueco y lo cogej, impidiéndole mover las patas. Así no te hace nada. Porque ejtoj animalej entran con las manos cruzadas en sus huecos.

—Vamo a ver.

También entre los ñangales estaban los huecos innumerables. De vez en vez se divisaba uno que otro cangrejo, con su caparazón robusta, paseándose entre los raiceros. Pero apenas sentía la proximidad humana, trataba de huir. Los cholos los contemplaban serenitos:

—Si hubiéramoj traío un arpón pequeño.

—No sirven pa naa, porque ejtoj animalej se descuajan con cuarquier cosa que les caiga encima.

—¡Pero se aprovechan las manoj!

—¡Lo único!

Los pocos que cogían los habían atado con unas pitas que habían llevado. Estaban en lo mejor de su trabajo, cuando uno gritó:

—¡Carajo!...

Todos se volvieron.

—¿Qué te ha pasao, hombre?

Levantó el cholo la mano, sacándola de un tirón desde el hueco en que la tenía metida. Y entonces todos vieron, atónitos, que un enorme crustáceo de carapacho azul le colgaba. Gruesas gotas de sangre caían al suelo. Medio advirtieron una tenaza dentada cerrándose sobre uno de los dedos del pobre hombre.

—¡La sin boca!

El cholo, en esfuerzo loco, estrelló el animal contra una varenga de mangle. El crustáceo se agitó pesadamente unos segundos. Y después, quedó inmóvil, rígido, con las patas abiertas; pero sin aflojar el dedo mordido. Colgando siempre, en un baño de sangre, de la carne del cholo. Con los ojos levantados como dos periscopios diminutos.

—¡Me ha fregao!...

Costó trabajo enorme separar las tenazas del crustáceo. Parecía que se hubieran soldado para siempre. Cuando se logró al fin separarlas, vieron que el dedo del cholo estaba lleno de una doble hilera de agujeros hondos. Y entonces, a todos les entró canillera:

—Lo quej yo, no cojo máj cangrejo. Por mí puee morirse too er mundo de hambre. Pero no me jode de nuevo un animar de ejtoj.

—Ni a mí.

Lo poco que habían cogido lo embarcaron en la canoa. Y se largaron al cerrito.

Los que fueron a coger mejillones habían tenido más suerte. Pero el mejillón no dura mucho tiempo. Y, además, sólo hay para un día. Porque con una barrida que se le da a una playa, queda casi toda limpia. Lo único, que al mismo tiempo pueden cogerse michullas. Y puede que hasta almejas.

Los cholos, acompañados de Cusumbo, habían ido atisbando las rayitas que levantaban levemente el fango arenoso. Dándoles la apariencia de un sexo de mujer. Y entonces, apenas localizaban alguno, se lanzaban, machete en mano, para escarbar el marisco anhelado, hasta dar con él.

—Cuidao, se larga...

—¿Se larga?

—Sí, loj mejillonej se arrajtran sobre la arena durísimo. Se van ar fondo der lodo y entonce quién loj encuentra.

—Tas equivocao. Laj que son así son las michulla. ¡Habés oído cantar el gallo y no sabés por ónde!

Cusumbo, terció:

—Tenéj razón. Las michulla son laj que andan por la arena. A lo largo der hueco que fabrican.

Pata e mula sí, ninguna. Parecía que las había tragado la tierra. Por más que bucearon. Que metieron

el canalete a lo largo de los bajos, no pudieron conseguirlas. Lo que sí cogieron fué unas cuantas jaibas. Así que, como ya empezaba la llena. Y como el estero se estaba picando, tuvieron que regresar al cerrito. Al pelado Cerrito de los Morreños.

10

Todos los cholos estaban sentados en la orilla. Al pie de las casas del cerrito, que parecían arrecostadas a la subida. La mayoría se había sentado en los troncos de los mangles cortados para el puerto. O en las balsas, a las que amarraban las canoas cuando las tenían en el agua. Estaban silenciosos, taciturnos, sin saber qué hacer. De pronto, don Leitón se levantó:

—No pueo aguantar ya. Tengo la sangre hirviéndome. Todoy no vamoj a tener qué comer. Quién sabe qué noj va a pasar, si la «Mercede Orgelina» no noj trae argo.

—¿Y cuándo cree que llegue, don Leitón?

—Yo creo que mañana. Ya debe ejtar de vaje pa ejtoj laoj.

—Vamoj a ver.

El estero venía a morir quedamente casi a los pies de ellos. Se dijera que sonreía. Los mangles se po-

blaban de ruidos en el rosario interminable de ñangas.

Don Leitón volvió a hablar:

—Un tiempo fuí pejcador. Me gujtaba tirar las relej. Ir a bujcar de noche er peje envenenao con er barbasco. Cogerlo entre mis manoj, medioj vivos toavía. Pero una noche me pareció que todoj me ejtaban mirando. Con unoj ojoj que daban lástima. Quietos, tristones. Como si ejtuvieran pidiendo. Me dió un ejcalofrío. Eché a correr sobre el lodo. Me embarqué, lo máj pronto que pude, en mi canoa. Y dejpuéj me daba miedo pejcar. Hajta que Cusumbo me ijo que viniera acá. Y entonce dejé pa siempre las relej y la pesca. Y empecé a jalar hacha lo mejor que pude...

Lo interrumpieron:

—¿Qué noj quiere ecir con eso, don Leitón?

—Puej que yo creo que ej pior matar pejcaoj que cortar mangle, si ar viejo le ha dao por la compasión.

—Tiene razón.

De pronto, alguno murmuró:

—Güeno, y Cusumbo, ¿qué se ha hecho?

—De verdá, ¿qué ej de Cusumbo?

Empezaron a buscarlo. Subieron a las casas, una por una, preguntando en todas si habían visto a Cusumbo. En la de ña Andrea les sorprendió otra noticia. Tampoco parecía la Gertru.

—¿Se habrán largao?

Bajaron volando. Fueron a la orilla. Contaron las canoas. Estaban completas.

—No. No se han largao. Porque por tierra no se va naide. Ejto ejtá rodeado de manglarej.

—Ponce, ya sé. Se ejtán comiendo. Debe ser traj er Brusquero der Cruce.

—Vamoj a ver.

—¡Vamoj!

Rápidamente empezaron a caminar. Con una curiosidad sensual que les hacía temblar ligeramente los labios y las narices. Escarbando la sombra con las afiladas gurbias de sus ojos.

Estaban, efectivamente, tras el brusquero. No se habían dado cuenta de los que llegaban. Estos, conteniendo la respiración. Ocultándose bien tras unos cuantos yuca e ratón, pudieron observar.

Estaban los amantes completamente desnudos, en plena posesión. Se agitaban anhelantes. Se escuchaba el jadeo angustioso de sus carnes excitadas. Se les oía balbucear:

—¡Gertru!...

—¡Cusumbo!...

—Vo a gorver ar mangle, Gertru.

—Güee... no...

—Así noj po... demoj... casar... pron... to...

—Sí...

—¡Y ej... tar... siempre... jun... jun... jun... too!...

Se adivinaba la laxitud. La paz. La tranquilidad. Los dos cuerpos habían quedado inmóviles. Cusumbo se había echado al lado de ella. Y le mordía los senos con avidez.

Don Leitón propuso:

—¡Vámonoj!

—No, don Leitón. Hay que ecirlej argo.

—No. Es demasiado tarde. ¿Pa qué le vamoj a ecir naa? Ya se la ha tirao. Ahora, que se casen. Pa eso han nacío tooj loj crestiano.

Sentían envidia. La mayoría de los cholos, aun los más viejos y con mujer, sentían envidia. ¡Qué güena hembra que era la Gertru!...

TERCERA PARTE

DON GOYO

1

—¡Allá viene!...

Doblando la Punta de Chocolate, aparecía la balandra. La tan esperada «Mercedes Orgelina». Sus velas triangulares se recortaban sobre el cielo, de un azul purísimo, con majestad y gallardía. El norte franco hinchaba la mayor, la trinquetilla y el foque. Seguramente le había soplado un viento constante, pues venía a popa cerrada y había subido también la escandalosa sobre el mastelero. Se acercaba rápidamente. Se distinguían ya su collar de espumas. Su vientre verde, negro de alquitrán en la línea de flotación, y su obra muerta, de un rojo vibrante, que saltaba sobre la supreficie de los esteros.

Se veía al cholo piloto, lleno de serenidad, prenderse a la vara del timón, esperando la llegada. Dos marineros estaban pendientes de las velas. Listos para obedecer la voz de mando.

—La «Orgelina» viene cargadita.

—¡Así parece!

Las olas crecían. La balandra se distinguía per-

fectamente en sus mínimos detalles. Su proa chata, vigorosa, seguía cortando el agua, cada vez más rápida.

—Deben de traer bastante plátano. Con er mangle que llevaron.

—¡Debe ser!

—Si no, tamoj fregaos. Creo que hajta la sar se ha acabao en ejta tierra.

Se oyó gritar al piloto:

—¡Arreen la mayor!...

Los dos marineros fueron aflojando lentamente los cabos de lado y lado de la vela. Por su parte, el piloto también empezó a coger la botavara, acercándola hasta ponerla al centro. Y, además, cuidando de que el pico cayera dentro de los amantillos.

La balandra disminuyó de velocidad. Ya estaba cerquita del cerrito. De todas las casas habían bajado los hombres y las mujeres a recibir a la embarcación.

—¡Arreen la trinquetilla!...

Esta vez, como estaban más cerca, se oyó claramente el rodar de las argollas. Sólo un marino tuvo que cuidarse de la cuerda que había de aflojar. La balandra casi se detuvo, ayudada en su marcha únicamente por el foque.

Se oyó, por última vez, el mandato:

—Fondeen el ancla.

Se acercaron los dos marineros a la proa. Y le qui-

taron el fierro que tenía atravesado en uno de los eslabones, la cadena. Esta se lanzó inmediatamente haciendo un esfuerzo. Al agarrar fondo el ancla, la balandra se detuvo con una sacudida.

—¡Vamoj a bordo!

—¡Vamoj!

Se lanzaron en varias canoas. Bogaron furiosamente. En cortos segundos cubreron la distancia que los separaba de la balandra.

—¡Güenos días de Dios!

—¡Güenos!

—¿Qué tar lej ha ido?

—Así así, no máj.

—¡Ajá!

—¿Y por aquí?

—Por aquí, regular. Regularcito...

Se treparon ágilmente por la borda. Caminaron un poco por la cubierta. Estrecharon la mano de los marinos. Después, se lanzaron a la bodega. Y, en seguida, empezaron a descargar.

Desde dentro del vientre de la balandra venía un olor sabroso a plátano fresco. Y, efectivamente, se erguían ante el apóstrofe solar numerosos racimos del exquisito pan de los trópicos. También se advertía uno que otro saco lleno de quién sabe qué.

—¿Habís traío argunos barraganos? ¿O toos son domenicos?

—Hemoj traío argunos barraganos.

—Ta güeno. Es er plátano que a mí me gujta máj.

Los víveres eran subidos a la cubierta y de ahí transbordados a la canoa. En muy poco tiempo quedó la balandra completamente vacía de su carga.

El piloto se acercó a don Leitón:

—¿Quéj lo que lej pasa a toos ustede? Dende temprano les toy notando argo raro. ¿Qué ha habío aquí en ejtoj días? Echelo, don Leitón.

Don Leitón titubeó algunos instantes; pero, al fin, se decidió:

—Tarde o temprano tendrá usté que saberlo. Así que... Ej mejor que yo se lo iga. Puej lo que pasa ej ejto: don Goyo paece que se ha trastornao. Y se le ha metío en la cabeza que er mangle máj viejo de ejtoj laos disque le ha hablao er otro día y le ha pedido que no güerva a cortar mangle... Así que nosotroj hemoj tenío que marisquear. Y como no sabemoj...

—Ta jodío eso... Así que no hay carga pa la balandra. ¿Verdá?

—Ni pa comer. Ejtamoj fregaoj.

—¡Carajo! ¿Y de ónde le habrá venío eso ar viejo?

—¡Quién sabe! Quizá se habrá palabreao con er Tin-Tín.

—Tarvé... Pero lo que ej yo, sigo cortando mangle. A mí naide me viene con niñoj muertoj. Tengo que darle trabajo a mi balandra. Si no, ¿pa qué la hey hecho?

—Tiene usté razón, maestro Lino.

—Y ustede deben de hacer lo mejmo. Er viejo ta ya mu viejo. No se le puee hacer caso en todo.

—Sí, pero ej que loj muchachoj lo quieren y respetan demasiao. Y no hacen máj que obedecerle.

—Ta malo eso.

Saltaron. El piloto fué saludado por todos entusiastamente:

—¿Cómo ejtá, maestro Lino?

—¿Cómo ejtá?

—¿Cómo le ha ído por er Guayas?

—Ahí, ahí. Regularcito.

Subieron a la casa de ña Andrea. No viendo los fogones prendidos, preguntó:

—Güeno, ¿No hay naa de merendar todavía?

—No, maestro.

—¿Y por qué?

—Porque no tenemoj con qué hacerlo.

El maestro Lino arrugó las cejas y fué a sentarse en un baulito que había en un rincón:

—Yo traigo víverej de toda clase. Cojan y prepárenme algo, que tengo mucha hambre.

—¡Todoj tenemoj!

Los cholos iban rodeando silenciosamente al maestro Lino y a don Leitón. Pendientes de sus palabras. Esperando que alguno de los dos diese la solución al problema, que los tenía tan mortificados en esos días. Por fin, habló el maestro Lino:

—Güeno, muchachos. Ejto necesita arreglarse. Yo

sigo trabajando en er mangle, como siempre. Ej pa lo único que sirvo. Ej en lo que hey trabajao toa mi vida, además de galafatear y componer balandraj. Así que er que quiera, se va conmigo a trabajar. Y el que no, que siga con don Goyo. Ej cuejtión der gusto de cada uno.

Don Leitón, terció:

—Yo propongo una cosa. Mejor ej hacer que don Goyo cambie de opinión y que tooj nosotroj sigamoj cortando mangle.

—¿Y si no quiere?...

—Entonce seguimoj nosotro. Y hacemoj lo que noj dé la gana.

—Si ej así... ¿Y cuándo se lo decimo?

—Ejta noche mejmo.

—Ta güeno. ¡Ej lo máj mejor!

2

Todos—hombres y mujeres—lo rodearon. Poco a poco, fueron acercándose. Iban en silencio, sin musitar una sílaba. Con los ojos bajos, temblorosos. Como una descomunal atarraya humana. Don Goyo —que se encontraba sentado en un cajón de kerosín vacío—se levantó. Paseó una mirada a su alrededor, y autorizó:

—¡Igan qué ej lo que quieren!

Don Leitón, titubeando, se adelantó:

—Queremoj hablarle, don Goyo.

—¡Igan!

El círculo de lo cholos iba apretando aún más. Don Goyo los contemplaba asombrado, sin saber qué hacer. Repitió:

—¡Igan!

Entonces, don Leitón murmuró tímidamente:

—¡No podemoj pejcá!... Eso no ej pa nosotroj. En ejtoj díaj hemoj ejtao máj jodidoj que nunca. No vamoj ni a tener pa comer. Ademáj... Le tenemoj odio a la vida pendeja de tirarse a los pescao. No podemoj pejcá...

—¡Güeno, no pejquen!

—Ej que...

—¿Qué?

—Queremoj gorver ar mangle. Ej lo único que sabemoj. Y ej lo único en que ganamoj pa vivir. Y vamoj a gorver, don Goyo, dende mañana mejmo!...

Don Goyo se encandeliyó. Le corrió, como una oleada, la sangre espumosa por todas las venas. Rugió:

—¡Ta bien!

Don Leitón trató de explicar:

—No puee ser de otro modo. No podemoj jodernoj toititos a la vej. No servimoj ni pa la pejca ni pa nada máj que pa er mangle. Hemoj nacío con er hacha en la mano. ¡No puee ser!

Allá, a lo lejos, se veía la enredadera de los mangles encabritados. El estero se retorcía como una ser-

piente de azogue. Las hachas reían en los rincones. Don Leitón le seguía dando vueltas a las mismas frases monocordes:

—No puee ser, don Goyo. Nosotroj hemoj intentao hacer argo. Pero nada hemoj lograo. No servimoj máj que pa er hacha. Si no, noj va ir mar a toititos.

Y, además, ¿no podía haberse equivocado la otra noche? ¿No podía haber soñado lo del mangle conversón? ¿No podía ser una jugada der Tin-Tín? Cómo estaban ahora los tiempos, en que todos los crestianos se habían vuelto malos. Cualquiera puede engañarse. Hasta Dios mismo...

Don Goyo se quedó un momento pensativo. Rebuscándose, muy adentro, las frases. Miró un instante por la ventana. El estero, las islas distantes, la vegetación interminable sobre las orillas silenciosas. Los cholos seguían sus movimientos llenos de miedo. Al fin se decidió:

—Ta bien... Piquen mangle... Hagan lo que quieran... Pero no cuenten máj conmigo... Yo sí, no gorveré a picar mangle... Yo puedo vivir de cuarquier cosa... Máj que sea yendo todoj loj día a la «busca»...

Se exaltaba. Su voz caía áspera, dura, como un arponazo, sobre el cuerpo inclinado de sus oyentes...

—Ujtede no sirven pa nada... Er blanco se loj tirará siempre... Y argún día no podrá vivir naide por

ejtoj laoj. Y tonce se acordarán der viejo don Goyo... Piquen mangle. Hagan lo que lej dé la gana...

Los cholos se fueron retirando poco a poco. Ninguno pronunció una sola palabra. Buscaron los rincones. Y entonces empezaron a murmurar.

Don Goyo se dirigió con paso tardo y vacilante a la ventana. Y se puso por ella a mirar ese pequeño mundo que había sido el marco eterno de su vida.

Recordaba.

Hacía más de cien años que había ido a esas islas. Venía de San Miguel del Morro. Y por eso le puso el Cerrito de los Morreños al pedazo de tierra en que se estableció.

Cuando llegó, no había nadie en los alrededores. Las islas, vírgenes y solitarias, se le mostraron hostiles. Tuvieron siempre para todas sus iniciativas una dureza de muralla. Como defendiendo hasta el último instante su inviolabilidad, no profanada jamás. Varias veces estuvo a punto de ceder. Pero su deseo de lucha y de triunfo lo hacía proseguir. Siempre proseguir. Tratando de machacar, de destrozar definitivamente los obstáculos innumerables que encontraba en su camino. Igual que si se hubiera convertido en una barrena de carne que pudiera penetrar en el corazón de las islas y los mangles.

Había llegado en una canoa pequeñita. Sin llevar otra arma que su machete afilado. Había cortado unas cuantas horquetas de los mangles nudosos y

unas varengas de los palmeros. Los había clavado en tierra dulce, cerca del cerrito, a la orilla del estero. Y había construído su primer rancho. Sin paredes. Sin techo. Mal cubierto por unas hojarascas, que logró difícilmente recolectar. A la intemperie. Mecido eternamente por las brisas constantes, que lamían la superficie del estero.

Aunque no lo hubiera querido, tuvo que hacerse macho. Macho para todo. Olvidó en su soledad las penaciones. No le tuvo miedo ni a los muertos, ni al Duende, ni al Tin-Tín. El sol y el agua cayeron cotidianamente sobre su cuerpo como si cayeran sobre una roca indiferente. Pisó espineros, machacó ostiones, se adhirió a los lomos resbalosos de las ramazones enlodadas con las plantas de los pies. Los gegenes, los güitifes, los zancudos, las mantablancas se le prendieron como nubes en todo el cuerpo. Y él ni siquiera se movió. Sentía que estaba cambiando. Cambiando totalmente. Cuando se miraba en las aguas. Cuando se desnudaba íntegro y se pasaba la mano por todo el cuerpo, en mimoso acariciar, se notaba distinto. Adivinaba retorcer de carnes tumultuosas bajo la piel brillante. Se encontraba cierto parecido agradable con el palo más recio de esos lados. Y, poco a poco, un hálito de poder, de vigor, de sentirse invencible le iba saturando los rincones del espíritu.

De pronto, las islas se dieron. Fué en una entrega de hembras lujuriosas. Quisieron resarcir al hom-

bre que había luchado tanto con ellas. Y que había vencido por fin con su fe y su tesón. Empezaron, poco a poco, a mostrársele tal cual eran. Lo guiaron con sus deseos intangibles por los lugares más secretos que tuvieran. Se volvieron propicias a todos sus esfuerzos. Lo empezaron a querer, en su despertar de sueños milenarios. Los tesoros marinos parecieron surgir a flor de agua de entre las intrincadas ñangas sumergidas. Todo se volvió claro y fácil. El, solitario, dejó de estarlo. Todo ese ambiente, antaño hostil y desconocido, lo cuidó, lo vigiló, le dijo mil cosas, le dió muchos consejos. Como no lo hubiera hecho nunca el mejor amigo.

Don Goyo paseó su canoa triunfal por los esteros interminables. Se olvidó del resto de la humanidad, de su San Miguel del Morro, de lo que había sido antaño. Sus primeros treinta años, dulzones y borrosos, se le esfumaron misteriosamente del recuerdo. Sólo tuvo anhelos y fuerzas para vivir el presente. Para seguir en la lucha, que ahora parecía tornarse fácil y agradable.

Todas las mañanas salió a pescar. O a coger ostiones. O camarones. O cangrejos. Por las tardes, hizo leña. Lo suficiente para ir, de mes en mes, al Guayas. De donde traía lo que necesitaba para completar su comida. Y muy rara vez para comprarse una cotona o pantalón nuevo. Se acostaba muy temprano. Caía como una piedra. No soñaba jamás. No tenía ambiciones de ninguna clase. Vivía una vida uniforme, tranquila, gris. Sin altos ni bajos. Con una

salud de cuerpo y alma que lo mantenía en un perenne equilibrio envidiable.

Sus problemas sexuales los resolvía siempre en el Guayas. En una de las balsas más cercanas, a la cual acoderaba su canoa. Cogía cualquier mujer de esas peseteras. Y les largaba tres o cuatro veces la piedra. Sin descansar un momento. En una jugosa lluvia interminable.

Poco a poco había ido mejorando su casa. Había traído unas cañas bravas. Las había abierto y picado, quitándoles los nudos de adentro. Y entonces sí, una por una, las clavó sobre las varengas de las paredes. Lo mismo hizo con el techo. Y, a medida que podía, las cubría con las amplias hojas de bijao. También se había comprado un hacha. Pesada y hermosa. Con la cual se sentía capaz de cortar todos los manglares de esas islas. Además, se había construído una atarraya de piolas fuertes y retorcidas, con la cual salía muy de tarde en tarde a pescar. Esto, unido a unos cuantos anzuelos y a un arpón y una fija, constituían por lo pronto todo su haber.

Un toque de arrebato pareció recorrer la costa por el golfo. Se dijo que allá, tras la península del Guayas, había un archipiélago virgen. Propicio al trabajo. Rico en maderas, en peces y en mariscos. Accesible por mil partes. Que estaba esperando, desde hacía tiempo, la pisada viril de los hombres.

Y fué como el desgranar de cuentas de un rosa-

rio. Vinieron de diversos lugares nuevos pobladores. Llegaron en canoas y en balsas. Plenos de entusiasmo. Dispuestos a luchar y a vencer. Preparados, con sus hachas y machetes afilados. Ebrios de ambición y de sol.

Primero llegó don Quinde, acompañado de su mujer y tres hijos. Se estableció en la isla de las Moquiñañas. Había traído de su choza antigua unas hojas de zinc. Y ese fué el primer zinc que blanqueó por esos lados. Casi en seguida de llegar, construyó su casita. Forrándola con caña brava. Procurando rodearse de cuantas comodidades pudiera. Después llegó Banchón. Banchón venía solo. Así, como había llegado don Goyo. Levantó su casa frente al Cerrito de los Morreños. Desde el primer día lo vieron con un enorme cigarro en la boca. No traía hacha ni machete. Apenas, un cuchillo pequeño y un bajío. Los Quinde lo sintieron pasar silencioso, huraño, mirando siempre adelante. Meses después, llegaron los Guayamabe. Más tarde, los Chamaidán. El maestro Lino. Los Melgar...

La islas ya no pudieron intentar una nueva defensa. Y se dejaron embestir por la nueva falange. Pero lo hicieron como a regañadientes. Reservando siempre para don Goyo sus mejores rincones, sus secretos más íntimos. El ambiente se llenó de gritos y de ruidos. Hubo un asombro prolongado entre las gallaretas y las garzas, entre los cazones y los robalos. Muchas veces detuvieron su vuelo o su nado para ver. Los alcatraces tenían un gesto de muda

protesta al contemplar el avance continuado de los hombres. Al principio revolotearon alrededor de los intrusos. Ninguno de los habitantes de las islas les tenía miedo. Pero, al darse cuenta de la atarraya, siempre tendida sobre el estero; del ágil arpón, dispuesto a brincar; de los traidores anzuelos, sosteniendo la carnada a flor de agua, empezaron a huir. Se conoció la proximidad de los cholos por el vacío del ambiente. Un canaletazo, o un grito, o un cortar de aguas y un resbalar de espumas fué la señal de la dispersión.

A la ciudad, ahora casi todas las semanas, le llegó leña de tuco o leña de raja. Carbón de mangle. Peces de los más variados y ricos. Mucha gente averiguó de dónde traían todo eso. Y entonces se supo que era de adentro de los Chupadores. De unas islas que quedaban tras del Fuerte de Punta de Piedra. O más allá. O más acá. No lo podían precisar bien. Unas islas grandísimas. La mayoría de ellas sólo de tierra salada. Aunque había una que otra que tenía tierra dulce. Todas estaban rodeadas de manglares verdinegros y tupidos.

3

Al principio, don Goyo se recogió en sí mismo. Se sintió—al igual que las islas—desposeído del derecho de estar solo, que le parecía haber adquirido en sus difíciles horas de luchas. No miró a sus nuevos vecinos. Siguió su vida de siempre. Como si nada hubiera turbado la paz de su ayer. Muchas veces los encontró. Adivinó que querían hablarle. Que detuvieron la canoa. Que los ojos lo seguían como pidiendo. Pero él siguió imperturbable. Como si no hubiera visto a nadie. Como si sólo le importasen los mangles de las islas.

Don Quinde no se pudo aguantar. Un día, en un recoveco de las islas. Tras de un mogotito de ñangas, lo alcanzó:

—¡Don Goyo!...

Estaba pescando. Con la vara del anzuelo tendida entre los brusqueros de las ramazones. Para ver si caían unos cuantos roncadores o parbos. Hizo como que no hubiera oído. El otro repitió:

—¡Don Goyo!...

Se volvió. Acre, desabridamente, preguntó:

—¿Qué pasa?

Don Quinde titubeó un poco! Pero, al fin, se decidió:

—Vea, don Goyo. Tenemoj un barrilito de leche de tigre. ¡Y quisiéramoj que usté noj acompañe!

—¡Pero ej que yo no tomo!...

—Un traguito máj que sea, don Goyo. A nengún crestiano le hace daño.

A don Goyo se le hizo feo estirarse más. Sobre todo por lo del traguito.

—Güeno, pue. ¿Aquióra?

—Ahora mesmo. Si usté quiere.

—Ta bien. Yo vo dejpuecito. Apenaj me jale argunoj mono. O pámpano. O parbo...

—¡Lo ejperamo!

Don Goyo sentía rabia. Carajo, que se había dejado coger facilito. Le pareció que en ese momento hacía traición a las islas. Que él también debía haber permanecido siempre fiel y siempre solo. Formando un mundo aparte. Pero, al mismo tiempo, se acordó de cuando recién llegó. De lo que tuvo que luchar. De lo que sufrió con el golpe rudo de lo desconocido y hostil. Y la rabia se le fué pasando como la vaciante de una repunta de aguaje.

Llegó donde don Quinde. Y se encontró con casi todos los pobladores de los contornos. Lo habían esperado para echar el primer trago. Cuando él subió la casita de caña, los presentes se quedaron en silencio. Mirándolo fijamente, detenidamente, como si fuera un animal raro.

—Güenos días dé Dios...

—Güenos, don Goyo.

Le trajeron inmediatamente un cajón de kerosin

vacío para que se sentara. Y entonces le sirvieron el primer trago. Esa atención se la hizo la mujer de don Quinde, que era una apetitosa hembra, de caderas como bateas. Don Goyo se lo echó encima de un solo golpe. Y se puso—detenidamente—a mirar a los que le rodeaban. Le llamó la atención el maestro Lino, de quien decían que era muy bueno para construir balandras y para galafateár canoas. Y le llamó la atención, porque era mocito. Como de unos veinte años.

Al principio, cuando todavía no habían bebido nada, el ambiente era difícil, pesado. La conversación moría. Todos daban muestras de aburrimiento. A pesar de los esfuerzos de la mujer de don Quinde, que iba y venía, como un abanico de lujuria. Pero después, cuando el trago empezó a encenderles las venas y a enturbiarles el cerebro, las distancias se acortaron. Y todos empezaron a hablar. Sintiendo por primera vez la alegría de estar juntos. Más que nadie, don Quinde, que, en un rincón, conversaba afanosamente con don Goyo:

—¿Y usté no se ha aburrido nunca, don Goyo?

—Nunca. ¿Por qué? Nada me ha hecho farta. Hei tenío too lo que hei deseado. ¿Por qué me había de aburrir?

—Pero así, ¿sin hembra? ¿Solitito?...

—No, ej que laj hembra las hey ido a buscar ar Guayas. Así no hay que mantenejlaj ni preocuparse máj de ellaj. Ademáj, me gujta ejtar solo. Siempre solo.

—Ya cambiará, don Goyo, ya cambiará...
—Too pue ser. Pero ahora...
—Por ahora...

Ya oscuro, se dirigió a su casa. Bogó lentamente todo el camino. Mirando la borrosa sombra de los mangles. Pensando en lo que había hecho y había conversado ese día. A ratos, le parecía que iniciaba una nueva vida. Que todo iba a cambiar para él. Sentía un acento extraño en las cosas. Le parecía que una alegría inusitada se prendía en el ambiente. El mismo se encontraba jubiloso. Sintiendo que la carne le brincaba como elástico.

Se le ocurrió que era el trago. Es que había bebido demasiado. Como que no le costaba nada. Y, sobre todo, porque hacía mucho tiempo que no tomaba. Pero, a ratos también, presentía que era porque había entablado relaciones con esa gente. Porque, ya desde el día siguiente, tendría alguien a quien saludar. A quien encontrar en sus largas navegaciones. En quien confiar, de vez en vez, sus luchas y sus triunfos. Un hombre—igual a él—en el torbellino gris de las islas. Y ahora le extrañaba que hubiese podido vivir tanto tiempo solo. Que hubiera soportado esa obligada conversación consigo mismo. O con seres a quienes era difícil entender.

Definitivamente, se convenció. Sí. Era el complemento de su felicidad. Los Quinde, Banchón, los Guayamabe, los Chamaidán, el maestro Lino, los Melgar.

Todos le danzaron en el cerebro la noche entera. Los sintió meterse súbitamente en su vida. Como si él —de repente—se hubiera convertido en una isla en la cual enraizaran multitud de palmeros elásticos. Y—cosa rara—se sintió más fuerte. Les vió agrupados a su alrededor. Pendientes de su palabra y de su marcha. Asombrados de que supiese tanto.

Esa misma noche—también—sintió por primera vez el vacío de su cama. El cuero de venado le pareció demasiado grande. El frío de la noche, demasiado fuerte. Su lujuria, encendida, intolerable. Y también llegó a una conclusión. Necesitaba una mujer. Una mujer que durmiese siempre con él, sobre todo cuando a él le diera la gana. Una mujer que lo cuidase. Que le diera algunos hijos. Que le tuviera siempre lista la merienda. Y las piernas abiertas y propicias a la caricia viril.

Pensando en esto, sentía ir y venir a la mujer de don Quinde. Y, poco a poco, su carne se iba encendiendo. Hubo un momento en que creyó verla desde su casa, caminando sobre el estero, completamente desnuda, como una canoa valumosa. Y que lo llamaba a él para que la tripulase. Con toda la fiebre de sus años solitarios.

No pudo dormir. Toda la noche la pasó levantándose. Mirando al estero, que parecía hacerse cada vez más brillante. Mirando las sombras confusas de las islas interminables, que se fundían unas con

otras en la lejanía. Sintiendo que una serie de deseos y sensaciones extrañas lo atropellaban dislocadamente.

Desde el día siguiente, fué el mejor amigo de todos. Los cholos le concedieron tácitamente una gran autoridad sobre ellos. Le consultaron la última de sus disposiciones. Fué a manera de un árbitro inapelable. Su palabra se convirtió en ley. Su consejo, en mandato. Se le quiso como a un ser distinto de los otros. Se le guardaron toda clase de consideraciones. Para él siempre hubo el mejor sitio en todas las casas. El mejor café y el plátano más sabroso. Venía definitivamente una especie de cacicazgo no buscado, que lo rodeaba de atenciones.

Los inició en los secretos que había sorprendido en su vida en las islas. Los ayudó a pescar. A picar mangle. A hacer carbón. Siempre él sabía dónde todo era más fácil. Y más productivo. Y había en más cantidad. Don Quinde, que casi siempre lo acompañaba, se pasaba largas horas charlando con él. Tratando de aprender esa vida tan difícil de las islas. Y cuando regresaban. Cuando se dirigían a descansar. Remando tardamente. Distraídos. Sorbiéndose a grandes tragos el ambiente, surgía de improviso la voz de don Quinde:

—Vea, don Goyo. Usté debe traerse una hembra. Así se pasa mejor. Ta mu jodío eso de tener que hacérselo todo uno mejmo. Loj hombre no servimoj pa muchaj cosa.

Don Goyo reía y le dejaba hablar.

A él también se le hacía casi imprescindible una mujer. Cada día se sentía más solo. Le parecía que, de repente, se iba a hacer viejo y no iba a tener nadie, absolutamente nadie, que lo cuidara. Pero, al mismo tiempo, le dolía perder su libertad. Aquello de hacer lo que le viniera en gana. No tener que cubrir siempre los mismos muslos, el mismo vientre, que acaso lo hastiarían desde el primer día. Y podría hasta suceder que la mujer le resultara mala. Y le jugara cualquier pasada canalla y tuviera entonces que sufrir o matarla.

Trató de olvidar. Se dió cuenta de que el Cerrito de los Morreños era de tierra dulce. Y que allí podía sembrar cualquier cosa y pasar en eso entretenido. Se decidió. Llevó de Guayaquil semillas de buen maíz. Y, después de desmontar fácilmente, porque había poco palo alto y poco monte tupido, sembró.

Principios de invierno. Llovía torrencialmente casi todos los días. Era difícil y peligroso aventurarse en medio de los manglares resbalosos, que parecían jabonados. Además, había una serie de plagas que estaban inoculando enfermedades. A don Goyo mismo le clavaron unas tercianas que lo molestaron varias semanas, en que lo pasó bastante mal, porque no tuvo nadie que siquiera le hirviera un poco de agua y le hiciera un remedio. Y él mismo hubo de levantarse y ver con qué se curaba. Don Quinde, que

lo visitó en uno de esos días, le volvió a machacar los oídos con las mismas frases:

—¿Por qué no se trae una hembra por acá, don Goyo? Ya ve cómo está jodido en esta época, por no tener quien lo cuide...

Don Goyo se quedó callado, pero adentro, muy adentro, pensó que don Quinde tenía razón.

Pasaron como dos meses más. El maíz empezó a producir. El antiguo cerro, pelado en la cumbre, se llenó de las esbeltas plantas espigadas. Una sonrisa de nueva vida policromó el ambiente. Todo pareció renacer. Y don Goyo se sentía cada vez más fuerte. Capaz de vencer a un tiburón.

4

Entonces fué cuando se sacó la primera mujer.

Se la trajo del Guayas. Donde servía en una casa de blancos. Le pintó distinto de lo que era el Cerrito de los Morreños. Le ofreció darle lo que necesitara. Los lujos que quisiera. Traerla siempre—si posible fuera todas las semanas—a la ciudad. Por otra parte, ya le había hecho sentir cómo era hombre él...

Fué suficiente. La mujer, que se llamaba Margarita, se decidió. Y un buen día lió su atado de ropa. Se embarcó en la canoa de don Goyo. Y se vino al cerrito, a vivir con el cholo retozón.

Fué una sola fiesta. Ayuntados, en un agustioso jadeo, estuvieron varios días, en que sólo se separaban para comer o hacer lo imprescindiblemente necesario. Se habían olvidado del resto de la humanidad. Los vecinos, muchas veces habían intentado acercarse. Pero, al divisar el grupo retorciente. Dándose cuenta de la fiebre amorosa que les había entrado, se retiraban comprensivos. Musitando unas frases de rúbrica. Y en tanto, la pareja infatigable, ya sobre el cuero de venado, ya sobre el piso de caña, sobre la tierra dulce o sobre la canoa, seguía su placer galopante. Don Goyo había dicho maliciosamente que estaba haciendo la entrada. Como nada menos que todo un macho.

Infló a la Márgara como si fuera un globo. A los pocos meses, ya no podía ni moverse. Don Quinde, de vez en cuando, le hacía una broma:

—¡Le habés hacido unos cuatro o cinco muchachos!

Don Goyo sonreía, acariciado en su orgullo de fertilidad y de vigor. Y nuevamente la emprendía con la Márgara. La mujer de don Quinde, al verla pasar, no podía ocultar un suspiro de envidia: «¡Si todos los hombres fueran como don Goyo! ¡Si don Quin-

de no se cansara tan pronto!» Y, a veces, en sus supremos enfurecimientos de lujuria exaltada, quiso obligar a su marido a ser copioso, abundante. A sacar fuerza de donde no la había tenido nunca.

—Vos debés aprender de don Goyo. ¡Er sí que ej un hombre de verdad!

Y don Goyo se ponía más tieso. Pisaba más fuerte. Golpeaba con furia el canalete sobre las aguas. Asomaba sobre sus labios una sonrisa triunfal. Se daba cuenta de que había pasado a ser una especie de hombre símbolo. Y que hasta los mangles de las orillas lo miraban con envidia.

Pero, apenas nació el muchacho, se olvidó de la Márgara. Le cogió hasta asco. No deseó verla. Y menos estar con ella. Lo único que le preocupó entonces fué su hijo. Quiso ser padre, así como había sido marido. Siempre el modelo. El mejor que pudiera encontrarse en los contornos.

Cuando estuvo de pocos meses el recién nacido, lo cargó. Lo embarcó en su canoa, en medio del terror de la madre, que suplicaba por que no hiciera tal cosa. Que los mosquitos lo iban a picar. Que le iba a hacer daño el sol. Que se iban a caer al agua. Don Goyo no hizo caso. Aseguró que esa era la única manera de conseguir hombres. Y que así lo habían criado a él. Por otra parte, buen cuidado tendría de que no le pasara nada a su hijo. Y la Márgara tuvo que resignarse.

Llevó al muchacho por los ñangales más tupidos. Le hizo aspirar el olor desagradable del fango, todo a flote. Dejó que el sol le pasara su caricia de llamas sobre el cutis delicado. Lo tiró a plan de la canoa para que se sintiera sobre la única hamaca de verdad. Lo hizo—a la fuerza—coger con sus débiles manitas el mango rugoso y áspero del canalete. Le machacó al oído sus palabras de fuerza:

—Tenéj que joderte mucho. Pa que así apriendaj a ser un hombre. Pero un hombre mejor que toititos. Pa revorcarte con laj hembra y gorpear a loj machoj. Pa picar mangle. Pa too. ¡Así como ha sío don Goyo po ejto laoj!

Parecía que el muchacho le entendiera. Le miraba fijamente. Y reía. Reía, escuchando la voz entusiasmada del cholo fornido.

Sobre las islas, el viento se hacía más fuerte y empezaba a agitar la canoa. Cada vez más parecía entoldarse el cielo. Nubarrones negros se trepaban sobre los mangles. De un momento a otro iba a llover.

Don Goyo regresaba.

Cuando estuvo más grande. Y ya pudo moverse por sí solo, le compró una hachita y un rabón. Esta vez también protestó la Márgara:

—Pero, don Goyo, er muchacho se va a cortar un pie o una mano.

—Déjalo que se corte. Así aprenderá a no ser pendejo.

Y él, con toda su fe y entusiasmo, le empezó a enseñar a manejar las armas al muchacho. Abajo de la casa, en la sombra, le indicó cómo debía de cortar la leña de tuco y la leña de raja, así como lo que debía de hacer cuando quisiera descascarar los mangles. Cuál era la curva que debía de describir para trazar un tronco de través. Y cómo debía de poner sobre otro palo—una especie de almohada—el tuco que deseara rajar. Todo esto, agregado a lo que le enseñaron, la experiencia adquirida en sus largos años de trabajo. Y, al mismo tiempo, haciéndole recomendaciones diferentes sobre la posición e intensidad con que debía actuar en cada caso.

También lo hizo bogar, y remar, y pescar. El muchacho pronto se curtió. Las picadas de los gegenes, que al principio le ponían el cuerpo enrojecido, después no le hicieron efecto alguno. Y tuvo la misma sonrisa y la misma alegría ante el sol, que le arañaba furiosamente las espaldas. O entre el agua, que cada vez era más fría.

Don Goyo, satisfecho de su obra, murmuró muchos días:

—Lo ejtoy haciendo un hombre.

Cuando creyó que su hijo había terminado su aprendizaje y ya podía ayudarlo en todo, volvió a la Márgara. Fué otra luna de miel. Volvió la fiebre

sexual a encenderle las venas. Se sintió más fuerte que un toro. Revolcó a la hembra feliz sobre todos los rincones. La hizo gozar como quizá no gozara antaño. Una estampa de felicidad pareció el rostro de ambos. Volvieron los cholos atónitos a rondar por esos lados, dudando de sus propios ojos. Y, al darse cuenta de la definitiva verdad, no pudieron menos que murmurar:

—¡Ese don Goyo es aguantonsísimo!...

Y—como era natural—vino lo inevitable. La Márgara volvió a inflarse. Don Goyo volvió a huirle. Y, esta vez los dos, esperaron anhelantes.

Fué una mujer. Don Goyo maldijo. Protestó por esa traición de su propia carne y la carne de su hembra. Si hubiera podido, hubiera metido la recién nacida en el vientre de la madre y evitado el que saliera. No comió ni aportó por la casa varios días. Le estaba muy duro encontrarse con esa hija, que él no había deseado nunca, que le causaba antipatía invencible. Y aun meses más tarde, huía, huía...

Pero una tarde, que regresaba de marisquear y subía lentamente por la casa, oyó una dulce vocecita que murmuraba:

—¡Papá! ¡Papá!...

Se volvió asustado. Y vió a la muchachita, que venía caminando hacia él. Fué como el despertar de un nuevo amor dormido. La cogió. La acarició entre sus brazos. La llevó por toda la casa. Se entregó—por fin—a la hija, así como se había entregado al hijo. Con su monocorde sistema de educación, la

llevó por los esteros. Esta vez la Márgara no intentó protestar. La enseñó lo mismo que le había enseñado al primero: rajar leña, pescar, bogar, marisquear.

Se reconcilió definitivamente con su mujer. Se entregó de lleno a ella. Fué como si sintiera un íntimo deseo de regar la semilla. Los hijos vinieron unos detrás de otros. En un rosario, que parecía interminable. Se dió tiempo para educarlos a todos. Y para hacerlos—a todos también—partícipes de su dicha.

El Cerrito de los Morreños se fué transformando en un pueblo. Pronto los hijos se hicieron hombres. Empezaron a buscar mujeres para vivir. Tuvieron descendientes. Trabajaron para ellos y para su familia. Formaron—dentro del mismo grupo—un mundo aparte.

Y—de repente—cuando nadie lo creía, se murió la Márgara. Se fué así, callada, tranquila. Tal como había vivido. Sin un gesto de protesta. Sin un signo de dolor. La mandaron al Guayas, de donde había venido. Y todo el mundo la lloró en el cerrito.

Don Goyo estuvo algún tiempo descontrolado, no sabiendo qué hacer. En cualquier cosa que emprendía le parecía tener siempre al lado a la hembra recia que había trabajado tanto con él. Que le había hecho la vida dichosa y agradable.

Los vecinos. Y aun sus propios hijos, le aconseja-

ron que se sacara otra hembra. Pero él quería ser fiel al recuerdo de la Márgara.

Entonces fué cuando se le ocurrió. La mejor manera para olvidar y para unir a los suyos era dedicarse a un trabajo al que se entregaran todos. Picar leña de mangle, por ejemplo...

Sin decirle nada a ninguno de los del cerrito, se fué donde el maestro Lino. Y, después de expresarle la idea, le dijo:

—Maejtro. Usté noj puee hacer una balandrita. Nosotro le damoj todo lo que necesite. Y, si quiere, se viene a vivir a nuejtra casa. ¡Hajta que usté quiera!...

Al maestro Lino le pareció muy buena la idea. Y, de una vez, se dirigieron al cerrito. Allí, don Goyo hizo reunir a toda su familia. Y les expuso el plan que tenía. Los cholos asintieron contentísimos.

Se mandó a Guayaquil a ver clavos, a ver una que otra herramienta, que no tenía el maestro Lino. Algunos palos que no se conseguían por esos lados. Y se empezó a trabajar.

—Dejpuéj mandaremoj a ver las velas y aparejos. Y compraremos el ancla y la cadena.

Cada quien puso su pequeño aporte en la construcción de la balandra. Los unos buscaron palos, los otros los labraron con el hacha y con la azuela. Al-

gunos, cepillaron para hacer la superficie completamente lisa.

Lo primero que se hizo fué colocar un trozo fuerte de madera, que tendría unos cincuenta pies. Y después, fueron clavando, por su extremo inferior, las cuadernas. Después de algunos días de trabajo, estuvo listo el costillar de la balandra. Entonces hubo que reunir unos reales y traer unas cuantas tablas para ir dejando terminado el casco.

En seguida se levó el árbol en la quilla, sosteniéndolo con uno de los travesaños de la cubierta. Empezó a cubrirse con tablas parte de ésta. Se puso el botalón. Y se comenzó a trabajar algo en la obra muerta. También se mandó a ver a Guayaquil la tela para las velas y el ancla y la cadena.

Todo esto les causaba ciertas dificultades, porque tenían que reunir de medio en medio, para poder comprar las diferentes cosas que necesitaban y terminar de construir la embarcación.

Vino, por fin, la calafateada. El maestro Lino empezó a meter estopa de coco por todas las rendijas de la balandra que quedaban en el casco. Y, después de machacarlas largo rato, empezó a echarles brea hirviendo, hasta dejarlas completamente tapadas. Después, le dió un baño de alquitrán a todo el casco. Y terminó la obra muerta.

La botada de la balandra al agua fué una fiesta. Se treparon todos en ella. La hicieron resbalar poco

a poco sobre la parrilla, hasta que cayó al estero. Se balanceó pocos instantes. Arrolló una corbata de espuma a su proa y después quedó quieta, majestuosa, en medio del estero. El maestro Lino murmuró:

—¡Le pondremoj «Mercede Orgelina»!...

Ninguno se atrevió a contradecir.

Y esa nocne. Esa misma noche, el maestro Lino se le llevó una hija a don Goyo. El cholo se calentó. Quiso buscarlo, para vararle un machete en el vientre. Pero casi en seguida se apaciguó. Volvía a renacer en él ese afán de fertilidad y de fecundidad, que parecía dormido. Calculó los pobladores que su hija podía dar a su cerrito. Y perdonó a los prófugos. Podían regresar cuando quisieran.

5

Se sentía más fuerte que nunca. Los años parecían resbalar sobre su cuerpo, sin dejarle una huella. Los músculos seguían hinchados como siempre. Un ansia de vivir lo sacudía constantemente. Era el que más trabajaba. El que más se divertía. Los que le rodeaban sentíanse cada vez más admirados de la vitalidad y energía del viejo cholo. Y él res-

peto y el cariño crecían tumultuosamente. Para ellos, don Goyo era una especie de semidiós.

Habían hecho negocio con la Eléctrica. La «Mercedes Orgelina» llevaba todas las semanas leña de tuco. Así habían podido conseguir algunas comodidades y, sobre todo, comer un poco mejor. Ahora sonaba, casi todas las tardes, la guitarra y el canto. Y había a menudo un poco de trago. Para encender las venas y alegrar el corazón.

Un buen día, murmuró don Goyo:

—¡Me hace falta otra hembra!...

Y—ante el asombro de todos—se fué a buscarla a Guayaquil.

Vino con ña Andrea. Ña Andrea había sido mujer de un montuvio de arribísima, que le daba golpes diariamente. Cansada de esa vida, un buen día lo había abandonado y se había ido a vivir a la ciudad. Allí consiguió trabajo en casa de unos blancos. Y había permanecido en ella hasta conocer a don Goyo. Aunque entrada en años, ña Andrea todavía era una gran hembra. Que al andar se meneaba como hamaca. Prendiendo una chispa insinuante en los ojos de los que la miraban.

Casi al llegar, se captó la amistad de todos. Su trato amable. Sus múltiples atenciones. Sobre todo, el café. Ese café tan sabroso, que nadie sabía preparar tan bien como ella, contribuyeron en gran parte a conseguirlo. Y—aún más—porque era la mu-

jer de don Goyo. Porque él la había escogido para dueña y señora de esas islas.

Y—otra vez—los cholos se volvieron a asombrar. A pesar de sus ciento y pico de años, don Goyo se sintió más potente que un garañón. Por las noches, se escuchó el jadear de su cuerpo unido al de ña Andrea, debajo de los toldos. Y se le oyó una, dos, tres, cuatro veces. Al día siguiente, amanecía triunfal, gozoso, dominador. Y las amplias caderas de ña Andrea tenían movimientos provocantes de canoa brincadora.

Volvió a suceder lo que todos esperaban. Ña Andrea se infló. Y ña Andrea tuvo una hija: la Gertru.

Apenas—después del supremo esfuerzo—la echó al mundo, dijo:

—¡La primera y la úrtima!...

Ya se pondría en guardia. No quería más hijos. Encontraría la manera de parar al toro ése que era don Goyo. O de hacerle alguna brujería. O buscarse un remedio. Ella no estaba para cuidar muchachos toda la vida. Ya estaba muy vieja. Y, además. Era demasiado trabajo...

Don Goyo reía misteriosamente desde un rincón.

Pasaron varios años. Cada día se sintió más feliz. Llegó a pensar que esa felicidad sería eterna. Que moriría—cuando le tocara el turno—tranquilo y di-

choso. Rodeado de los suyos. Sin que el Tin-Tín rondase nunca por su casa. Sin que le faltase jamás todo lo que necesita el buen cristiano...

Pero un día—vulgar como todos—alguien vino a decirle al oído:

—¿No sabe, don Goyo? Vienen los blancos. Izque han comprao una irla. Van a trabajar en diversa cosa po aquí...

No le gustó mucho. Tenía noticias muy malas de los blancos. Dizque po arriba todo lo arreglaban a látigo o a bala. Ya los pobres montuvios le quitaban cuanto tenían, botándolos de sus chacritas. Muchas veces, metiéndolos hasta la cárcel. Además —súbitamente—, le había venido un secreto presentimiento de que los blancos serían su perdición.

—¡Mardita sea!...

Después le vinieron noticias más concretas. Se trataba de un blanco, que se llamaba don Caslo. Que venía en dos balandras. Que había comprado una isla que tenía agua dulce. Que traía a toda su familia. Que parecía querer dedicarse a hacer carbón y leña en gran escala. Y después, sembrar algo sobre la tierra firme. De su pasado y de sus intenciones para con ellos, nadie decía nada. Alguno afirmó que había ido a contratar gente a San Miguel del Morro, para que lo ayudaran a trabajar. Que era muy rico. Que llegaría en esos días. Que era alto. Rubio. Con los ojos azules, como casi todos los blancos.

Un buen día aparecieron las balandras. Pasaron al frente del cerrito. Siguieron estero adentro. Iban cargaditas. A popa cerrada. Llenas de gente, que se asomaba con curiosidad a la borda, para mirar las casas de los cholos. Eran grandes. Muy grandes. Andaban llenas de majestad y de soberbia, hacia el laberinto gris de las islas enormes.

El mismo día llegó una canoa con gente nueva al cerrito. Saltó un hombre en medio del ladrido de los perros:

—¡Güenos días!

—¡Güenos!

Bajó don Goyo a recibirlos:

—¡Pasa! ¡Pasa!

La marea estaba llenecita. El agua subía hasta los puntales de la casa. El sol hacía hervir, como una olleta, todo el ambiente.

—Puej aquí veníamo...

—Igan...

—Don Caslo lo manda a saludar y quiere que vaya a hablar con ér. Quiere ver si hace negocio...

Dudó. ¿Por qué, si quería hablarle, no venía él mismo a verlo? ¿Qué tenía de menos él? ¿Acaso porque no era blanco? Pero después pensó que, probablemente del viaje tan largo, el blanco estaría cansado. Que por eso no había ido a verlo y lo mandaba llamar. Y, además. Nada perdía. Así que...

—Ta bien...

Al día siguiente se levantó muy temprano. Se embarcó en su canoa. Y lentamente se dirigió donde don Caslo.

Apenas llegó, se acercó el blanco a la orilla. Se quedaron mirando breves instantes, Don Goyo murmuró:

—Güenos días, don Caslo.

—Güenos días, don Goyo.

Saltó. El blanco le palmoteó la espalda y le estiró la mano.

—¿Cómo está?

—Ay, regular, don Caslo. ¿Y usté?

—Bien, don Goyo.

Lo llevó a la casa, que medio habían arreglado, para pasar los primeros días. Le brindó un trago. Y le dijo:

—Vea, don Goyo. Lo he mandado llamar para decirle que he venido a estas islas a trabajar con todos ustedes. Que lo que quiero es mejorar esto. Pero que no lo quiero sólo para mí. Sino algo que sea propiedad común. ¿Me entiende? Y para esto, necesito que todos me ayuden. Usted, por ejemplo, me dará una mano con su gente. Me enseñará algo de la vida de estas islas, que yo no conozco casi. Podemos trabajar unidos. Con positivo bien para todos.

—Ta bien...

Le gustaba la idea. Era lo que él soñara un día. Transformar completamente ese ambiente. Convertirlo en un centro de gran actividad y producción.

Donde se pasearan las canoas y los hombres como en er Guayas. Lo único malo era que dudaba. Dudaba de las palabras del blanco. Le parecía que todo era mentira, que lo único que trataba era de atraparlos y llevarlos a trabajar en beneficio de él. Para dejar las islas lo mismo que antaño. Y posiblemente, tratando a látigo a todos los nativos, como hacían los blancos de po arriba. Pero después pensó que peor todavía era dudar así, de golpe, sin haber antes probado, en alguna forma, que había motivo para esa duda. Lo mejor era esperar. Dejar que las cosas siguieran su curso. Y, al final, ya vería qué era lo que había que hacer.

—Ta bien, don Caslo...

Hubo otra palmadita en el hombro. Un trago más. Y después, la despedida.

—Ta bien, don Caslo...

Y así fué, efectivamente. Ese mismo día reunió a su gente en el cerrito. Les dió a conocer los proyectos de don Caslo, haciéndoles ver las ventajas que reportarían todos de esa nueva forma de trabajo. Los cholos asintieron. Y se dispusieron a colaborar con el blanco en lo que les fuera posible.

Un gran número fué a trabajar de peones. Iban ganando un sucre sesenta diario. Se trasladaron con sus mujeres. Creyendo que iban a pasar la mejor de las vidas. Otros prometieron llevar la leña en sus canoas, ya lista, y que les pagara parte con víveres

y parte con dinero. Pero siempre residiendo en el cerrito.

Al principio, todo fué bien. Cobraron las primeras semanas. Se notó efectivamente gran movimiento en el estero. En los lugares más apartados del archipiélago se hicieron lenguas de la labor gigantesca que se había impuesto don Caslo, y también de lo bueno que resultaba ir por esos contornos con cualquier cosa, porque todo se vendía. Pero, más tarde, se empezaron a dar cuenta, los que estaban trabajando de peones, que lo que ganaban no les alcanzaba para nada. Y que todo se les iba en comida y, lo que es peor, se estaban llenando de deudas. En seguida de constatarlo se lo dijeron a don Goyo, que los escuchó sin decir una sola palabra.

Pero algunos días después se presentó en el cerrito don Quinde. Venía el cholo todo tembloroso. Dudando de decir o no. Se acercó confidencial a don Goyo:

—Oiga, don Goyo...

—Diga, don Quinde...

—Es que...

—Iga no máj, don Quinde...

—Pues ujté verá, don Goyo... Er otro día se presentó don Caslo a mi casa... Tuvo casi toa la tarde... Y me empezó a sonsacar... Que si yo lo conocía a usté. Que cuántos años tenía ujté de vivir po ejtoj lao... Que quién era er dueño der cerrito... Y que si tenía papelej... Que a ér le gujtaba mucho

ejto... Que no se lo había quitao porque ujté ta mu viejo. Pero que apenaj ujté se muera...

—Ajá...

Había escuchado callado, tranquilo. Sin que el más leve movimiento denunciara en su cuerpo una tempestad interior.

—Ta bien... Mucha gracia, don Quinde.

Sabía lo suficiente. Reunió a su gente un día domingo. Les dijo que había visto que no resultaba trabajar con el blanco. Que mejor era que siguieran mandando leña a Guayaquil por su cuenta. Porque así, sin casi moverse se iba a echar a perder la «Mercedes Orgelina», que tanto trabajo les costara fabricar. Además, ya era tiempo de que se crearan una vida propia, independiente.

Como siempre, los cholos le obedecieron una vez más.

Seguirían—eso sí—de amigos con don Caslo. Lo servirían en todo lo que fuera posible. Pero no trabajarían más nunca para él. Eso no convenía. Además, él había tenido un secreto presentimiento, que parecía que se iba a cumplir...

Volvió a pasar un puñado de años. Todo regresó a su normalidad habitual. Don Caslo se pareció olvidar de que existía don Goyo, el Cerrito de los Morreños y una cholería allí cerca. Su labor seguía

cada vez más adelante. Y si por casualidad se tropezaban alguna vez, siempre había gran cordialidad:

—¿Cómo está, don Caslo?

—¿Cómo está, don Goyo?

Si había una fiesta, en una u otra parte, siempre eran don Caslo y don Goyo los primeros invitados.

Hasta que llegó el fatal día del velorio. Desde el cual todo había cambiado. Culminando con esa desautorización que acababan de hacerle.

—¡Mardita sea!

6

Don Goyo había recordado todo esto de un tirón. Y lo había sentido y visto, como si lo hubiera vivido nuevamente.

Empezaba a oscurecer. Los candiles se prendieron tímidamente en las esquinas de la casa. El estero pareció iniciar un feroz galope hacia los horizontes lejanos. Los mangles empezaron a fundir sus ramazones unos con otros. Todo el ambiente se llenó de un silencio majestuoso, imponente.

Don Goyo se separó de la ventana. Con paso vacilante bajó la escalera. Se dirigió a la orilla. Y se

embarcó en su canoa. Los cholos, inmóviles, asombrados, siguieron todos sus movimientos. Acompañándolo con la vista hasta que desapareció entre el intrincado laberinto de los esteros.

Don Leitón roncó:

—¡Me sabe mar lo que hace don Goyo!

Don Goyo bogaba más lento que nunca. Como si el sueño lo invadiera pesadamente. Su canoa iba al deseo de la marea. Llenándose de movimientos insospechados.

La noche se venía rapidísima. Todo empezaba a confundirse en en archipiélago. El frío estaba afilando sus arpones finísimos para clavarlos en la piel de los hombres y las cosas. Volvía a escucharse el acento de los pobladores de las islas.

De repente, don Goyo tuvo la sensación de envejecer. Le pareció que, de golpe, había perdido todo su vigor y su fuerza de juventud. Que sus músculos se aflojaban y su piel se escurría. Que no veía nada. Que no oía nada. Que todos sus sentidos se habían atrofiado súbitamente. En su cerebro primitivo empezaba una danza extraña de imágenes absurdas.

Vió primero que la canoa se encabritaba. Que iniciaba una serie de saltos fantásticos sobre la piel móvil del estero. Que lo llevaba casi volando hacia la orilla, como si quisiera estrellarlo contra los man-

gles. Que eran vanos, absolutamente vanos, sus esfuerzos para poder contenerla.

Poseído de un extraño espanto, se tiró al agua. Empezó a nadar, a nadar lo más que podía, sintiendo que a cada rato le faltaban las fuerzas. Y le pareció que la canoa lo seguía. Sin descansar de sus saltos. Que ya le faltaba muy poco para estar al lado de él. Que la proa ya casi lo tocaba. Entonces vió sus brazos como en remolino. No nadaba. Más bien volaba. Sentía como que el agua no hacía más que rozarlo suavemente. Y que él—dominador—iba reventando espuma como el mejor catanudo o tiburón.

Llegó a la orilla casi en seguida. Le pareció que la canoa se quedaba al pie de los mangles, esperándolo. Intentando — vanamente — subirse por el fango. Entonces don Goyo rió. Rió con una risa salvaje, brutal, que nadie le había conocido jamás.

Pero le pareció que los mangles empezaban a agitarse. Que movían sus enormes ramas nudosas, intentando atraparlo. Como monstruosas serpientes grises.

Corrió. Brincó. Sobre el lomo de las raíces resbalosas. Cayó varias veces, él, que antaño no cayera jamás. Se hizo pedazos la piel con los ostiones filudos. Poco a poco, fué sintiendo como si los caracoles y las arañas empezaban a subirle por todo el cuerpo. Una mancha de gegenes lo envolvía tal que sábana negra. Distinguía entre los brusqueros de las ñangas, camarones brujos y sin bocas, conchaprie-

tas y cangrejos, que parecían seguirlo. Y los mangles—cada vez más aterrorizantes—parecían divertirse en crujir sus ramas formidables sobre los oídos de don Goyo.

Sangraba. Sangraba por mil partes. Las carnes se le habían vuelto una absurda mazmorra de dolor. Desfallecido, agotado, ahora se arrastraba, prendiéndose con las uñas, con los dientes, con el cuerpo todo; unas veces sobre el fango, otras sobre las raíces; muy pocas en las ramazones altas y hostiles. Poco a poco iba perdiendo la noción de lo que le rodeaba. Todo se iba borrando en su cerebro y ya no sentía con el mismo dolor las tajadas de los ostiones, las picadas de los gegenes y güitifes, los golpes de las raíces agitadas.

Y, de improviso, empezó a experimentar una cierta tranquilidad y dulzura. Creyó ver a los mangles acercándose paulatinamente a él. Creyó que le extendían las ramas potentes en tono de caricia. Y después, sintió que esas ramas lo elevaban suavemente, transportándolo a través de todas las islas.

Su paso era saludado con reverencias. Un cuchicheo de admiración y de afecto hervía de los rincones más ocultos, en los recovecos del fango. Y parecía que una enorme multitud de mangles empezaban a seguir a los que llevaban en sus ramas al viejo cholo.

Don Goyo era feliz.

7

Muy temprano—oscuro todavía—salieron a picar mangle. Iban felices. Con una alegría que les rubricaba el cuerpo de sonrisas. Bogaban furiosamente. Clavando el canalete, con un empuje como hacía tiempo no lograban. Las canoas rompían agua tal que rayas en celo. Todos comentaban la actitud de don Goyo:

—¡Don Goyo paece que se ha calentao!...

—Ya le pasará.

—¡No sé por qué me da miedo!...

—¡No seas pendejo! ¿Qué le puee pasar a don Goyo?... Y ademá. No noj íbamo a joder too er tiempo porque a ér le diera la gana!

—De verdá.

Las hachas parecían escuchar en el fondo de la canoa. El humito de comején, prendido para espantar la plaga, se apagaba, poco a poco, en una esquina, completamente olvidado por los cholos. La r a-drugada salía en fuga sobre el lomo verdinegro de las islas.

Por ahí cerca no más se detuvieron:

—No vamoj a perder tiempo yendo lejo. Lo que necesitamo ej poder picar bajtante lo máj pronto. Para dirle a vender ar branco.

—Ajá.

Saltaron. Amarraron las canoas a una vara clavada bien adentro. Empuñaron las hachas y medio se internaron en la tupida red de los palmeros.

Casi en seguida cantó el golpe del hacha. Un golpe extraño, que se sintió retumbar hostilmente sobre todas las islas. Y entonces sí. Una especie de alarido partió de cada mangle picado. Se sentía remecerse de rabia. La tierra móvil temblaba en oleadas angustiosas. Parecía crecer, en el ambiente, un raro son de protesta.

—No sé. Pero no me gusta argo que ejtá pasando todoy.

—Pendejo. Esa son preocupaciones tuyaj. No seaj flojo.

—Y si er Tin-Tín noj quiere fregar. ¡Como tamo tan de mala!...

—Anda, pica. Y déjate de icir pendejadaj.

Empezaron a caer los palos, arrastrando a cientos más pequeños en su caída. Pareció que agitaron sus ramazones en lo alto, como queriendo agarrarse de los otros. O hacer un equilibrio y sostenerse. Pero después — imposibilitados — cayeron estruendosamente, haciendo pedazos sus partes más delgadas.

Los cholos empezaron a repicar. Se treparon rápidamente sobre los árboles caídos y los despojaron de sus ramas, con hachazos cortos y certeros.

Una vez que el tronco quedó perfectamente limpio, empezaron a cortarlo en pedazos más o menos uniformes, que fueron amontonando en un rumero. Cuado estuvieron cortados y arrumados todos, los empezaron a trasladar a la canoa.

—Ahora vamo a llevarle ejto ar branco.

—Yo creo que er branco siempre noj tira.

—Pero ej er único que noj puede ayudar.

—¡Mardita sea!...

A pesar todo, no se sentían completamente felices. Se dirigieron donde don Carlos, bogando pesadamente, lentamente, con desgano, como si no quisiera llegar nunca.

—¡Paece como que estáramoj reculando!

Esta frase, dicha así, suelta, pegajosa, los reanimó un poco. Y el canalete empezó a clavarse con más fuerza sobre la piel arrugada del estero.

Llegaron donde don Carlos. Saltaron la madera al frente de la casa de la hacienda. Tuvieron que enlodarse mucho, porque la marea estaba baja. Después de poco rato había un rumero levantado y las canoas estaban vacías. Los perros no habían cesado de ladrarles, pero como ellos habían trabajado allí, no los mordieron, ni se acercaron mucho.

—Güenos días, don Caslo.

—Güenos días.

Después de algún rato, salió el blanco.

—¿Qué quieren?

—Puej naa, blanco. Que aquí le traemo una leñita, pa ver si ujté la quiere.

Don Carlos hizo un gesto de contrariedad. Se llevó la mano a la cabeza. Se rascó varias veces. Por fin, murmuró:

—¡Pero, hombre! Si yo no quiero leña. Estoy abarrotado. Y en Guayaquil ya no quieren ni comprarla. Y cuando la compran, lo que pagan no da ni para los gastos de envío... Lo siento. Pero ya no quiero leña. Véndasela a otros. A don Quinde, por ejemplo. El también lleva leña a Guayaquil.

Los cholos empezaron a cuchichear entre sí. Don Carlos hizo como que no se daba cuenta. Don Leitón, murmuró:

—Er branco noj va a joder. Too lo que ice ej mentira. Lo que quiere ej que le demo la leña barata. ¡Y qué vamo a hacer! ¡Hay que dársela!...

Y, volviéndose a don Carlos, dijo:

—Vea, don Carlos, se la vamoj a dar muy barata...

—No, hombre, ni regalada. Qué voy a hacer yo con tanta leña.

—Maj que sea, la vende a la mitá der precio. Siempre habrá quien la compre.

Don Carlos hizo un gesto de aburrimiento.

—Bueno, pues...

Regresaban al cerrito. Regresaban taciturnos; casi sin hablarse. El blanco se los había tirado en toda forma. No sólo en el precio de la leña. Sino

también en el precio y el peso de los víveres que les había vendido.

Al llegar, bajó ña Andrea. Se acercó corriendo a la canoa y preguntó:

—¿No han visto a don Goyo por allí?

—No, ña Andrea. ¿Por qué?

—Porque dende anoche no ha venío. Ni ha dormío aquí. Ni le ha dicho naa a naide.

—Ta malo eso. Lo ejperaremo. Puee ser que ande en la busca. O ande pejcando pa enseñarnoj... Como anoche le ijimos que no queríamo pejcar má.

—Puee ser. Pero er corazón me ejtá haciendo gorgoritoj.

Subieron a sus casas. Hicieron que sus mujeres—los que las tenían—los espulgaran en las faldas. Y empezaron a dormir.

El sol hacía hervir sordamente todo el archipiélago. Venía en grandes oleadas abrasadoras, que encendían la sangre de los hombres y la savia de los árboles. Que se hundía sobre el estero, erizándolo.

Al mediodía se levantó don Leitón. Todo el mundo roncaba a su alrededor. Sólo ña Andrea estaba sentada en la ventana, mirando el estero:

—¿Qué le pasa, ña Andrea? ¿Tuavía no ha llegao don Goyo?

—¡No hay ni sombra!... A mí me paece que ha

pasao una esgracia. Anoche no ha cesao de llorar er «punta de estaca»...

—No crea, ña Andrea... ¡Lo vamoj a ejperar hajta er escurecer; si no paece, lo vamoj tonce a bujcar!

Güeno.

Don Leitón ya no pudo dormir. Empezó también a sentirse intranquilo. Don Goyo nunca había dejado pasar así, tanto tiempo, fuera de su casa. Y cuando, por cualquier casualidad, había tenido que tardarse, lo había avisado con tiempo. ¡Algo le había pasado al viejo cholo!...

Y don Leitón empezaba a sentir una especie de remordimiento por lo que había dicho a don Goyo. Y, pensándolo bien, se le antojó que tenía razón. Que acaso mejor hubiera sido pescar. Ya había visto esa mañana cómo se lo había tirado el blanco.

Al oscurecer estaban casi todos despiertos. Don Goyo no había asomado por ninguna parte. Ña Andrea estaba cada vez más intranquila. Nadie se había preocupado de comida ni de nada. Todos estaban anhelantes, mirando el horizonte, a ver si aparecía el punto negro que acusara la presencia de una canoa. Don Leitón empezó a conjeturar por dónde habría cogido don Goyo y lo que habría ido a hacer. Y entonces repartió a los cholos en varios grupos para que cada uno fuera explorando por su cuenta en una canoa.

Recomendó a ña Andrea que no se preocupara. Que ellos encontrarían a don Goyo si le había pasado algo. Y que harían lo que él quisiese. Pescar. Marisquear, lo que fuera. Y que si no le había pasado nada, él vendría solito, con sus propios pies, al cerrito. Pero fueron vanos sus esfuerzos para calmarla. Ella lo escuchó silenciosa, incrédula. Sorbiéndose el estero con los ojos.

La tarde se llenaba de tonos grises. El viento iba poco a poco calmando. Se inmovilizaban las hojas de los mangles y las aguas del estero. No se escuchaba el menor ruido. Todo estaba silencioso, taciturno. A los mismos cholos les daba miedo hablar.

Cada grupo se embarcó en sus canoas respectivas. Y rápidamente se fueron alejando de la orilla. Ña Andrea y las demás mujeres quedaron largo rato contemplándolos. Hasta que los vieron perderse entre los mogotitos que sugerían las curvas de las islas.

8

Al desparramarse por los esteros, lo primero que hizo cada grupo fué empezar a gritar a todo pecho:

—¡Don Goyooooo!...

Pero sólo se oía el devolver multiplicado del eco:

—¡Goyooooooooo...!

Ansiosamente clavaban los ojos como dos interrogantes, en medio de la red intrincada de la vegetación. No había rastro humano alguno. La busca se hacía cada vez más monótona y fastidiosa. Ahora bogaban despacio, hundiendo pausadamente el canalete. Haciendo que las canoas siguieran casi el compás de la corriente. Y, de vez en cuando, tornaban a gritar:

—¡Ah, don Goyooooo!...

Y volvía a responder, como siempre, el acento multiplicado del eco:

—¡Goyooooooooo...!

Venía la noche. Las filas de los mangles se perdían en la sombra. Empezaban a confundirse ellos mismos con el ambiente. Poco a poco, se habían ido cansando de los gritos y empezaban a hablar quedamente entre sí:

—¡Carajo! ¡Paece que se lo hubiera tragao er agua!

—Yo no creo... Don Goyo aboyantaba, aunque quisiera hundirse. Yo lo hei mirao una tarde durmiendo sobre er agua. Como si durmiera sobre una hamaca.

—Pue ser. Pero no paece po ninguna parte. Y eso ejtá malo.

—Capá de que se ha calentao po lo que le dijimos. Y anda metío en arguna casa de ejtas. ¡O que se ha largao ar Guayas!

—Capá...

Seguían gritándolo. Pero ahora, sus gritos eran más débiles. Y resonaban extrañamente sobre el pentágrama gris de las islas:

—¡Ah, don Goyo!...

—¡Goyoooooooo...!

Sentían miedo. Un miedo hondo y absurdo, que se les trepaba por la garganta como una enredadera. Sorbían en silencio toda la quietud del archipiélago. Clavaban el arpón de su angustia sobre el tablero fúnebre de la noche negra.

De pronto, hubo un temblor extraño sobre la piel móvil del estero. Se oyó rugir lejanamente. Y después, un ruido espantoso, formidable, como si se hundieran todas las islas. Duró cortos instantes. Se escuchó un quebrar de ramazones gruesas y un repicar innúmero de hojas. Y, casi en seguida, silencio. Un gran silencio más cruel que un estampido.

Estuvieron los cholos callados como media hora. Ya no bogaban. Se limitaban a dejarse llevar por la corriente. Explorando—eso sí—los rincones más intrincados de las vueltas.

Al fin, se decidió don Leitón:

—Argo pasa ejta noche. Hei sentío como si me

cogieran de los pelos. Me ha dao miedo. Y eso que yo no le tengo miedo a naide!...

—De verdá...

—¿Se habrá caído argún palo arto? O será que se ha ío a pique arguna isla. Icen que así pasó una ve po aquí.

—¡Puee ser!...

—Tuavía me da guertaj la cabeza. ¡Mardita sea!

Bogaron toda la noche. Por todas partes. Recorriendo el último mogotito de mangle y el más lejano y difícil brusquero de ñangas. Pero la búsqueda resultó infructuosa. Parecía que a don Goyo—de verdad— se lo había tragado el estero.

Ya casi de madrugada. Cuando estaban cansadísimos. Y no podían ni sostenerse, después de esa labor continuada de día y noche, don Leitón—aunque sin creerlo—propuso:

—Gorvamo. Puee ser que haya guerto ar cerrito.

—¡Gorvamoj!...

Lentamente, regresaron. Medio desfallecidos. Dando, de vez en vez, un canaletazo. Silenciosos, taciturnos.

Cuando llegaron, los esperaba ña Andrea en la orilla.

—¿No ha venío po aquí?

—No. Y ustede, ¿no han hallao ni rastro?

—Nadita. ¡Se ha hecho humo er crestiano!

Subieron a las casas. Todo el mundo estaba levan-

tado. Apenas estuvieron arriba, los rodearon las mujeres, acosándolos a preguntas. Por fin, don Leitón, fastidiado, murmuró:

—Güeno. Ya no frieguen. Dennos una tacita de café, pa calentarnoj y matar er sueño, que noj ejtá jodiendo.

Se sentaron en el piso de caña brava, sobre los petates o los cueros de venado, sobre los cajones o los baúles. Y se pusieron a esperar. No iban a dormir. ¿Para qué?

La madrugada empezaba a desteñir el negro purísimo del cielo. Especialmente sobre el lomo de las islas. Se oía lejanamente como el despertar de todos los manglares. La corriente del estero, atropellando las ñangas, gruñía sordamente.

Cuando clareó definitivamente y hubieron tomado su tacita de café, don Leitón fué el primero en levantarse:

—Güeno, vamo a ver si encontramoj ahora a don Goyo. ¡No podemoj trabajar todoy mientraj no demo con er viejo!

Todos dijeron:

—Ta bien.

Y volvieron a embarcarse en las canoas.

El sueño empezaba a atacarlos fuertemente. A pesar del café y de la mañana. Era como si un millón de hormigas les fuera subiendo lentamente por todo el cuerpo, haciéndoles cosquillas. Les parecía

que las imágenes que contemplaban se hacían cada vez más difusas y más grises. Casi ni se daban cuenta de lo que estaban haciendo.

De repente, surgió la voz de Cusumbo:

—¡La canoa de don Goyo!...

Iba al garete. Sola. Sin dirección. Arrastrada por la corriente. Tenía adentro, en el fondo, el canalete. Iba media de agua. Pasaba rapidísima.

Los cholos se acercaron en seguida:

—Ahora sí que se ejtá poniendo la cosa fea. ¡Don Goyo se ha tirao ar agua!

—¿Que le habrá pasao?

—Capá de que se ha ahogao.

—Y si se ha ahogao ej porque ha querío. A ér no le echaba a pique nenguna agua.

Dos embarcaron en la canoa de don Goyo. Y empezaron a bogar. Las embarcaciones cobraron pronto gran velocidad. Ahora se les quitó a los cholos—completamente—el sueño y el cansancio. Bogaban furiosamente. Como si los persiguieran.

Don Leitón sugirió:

—Vayan aguaitando dentro el agua, muchachoj. Si se ha ahogao debe de tar aboyantando. Si ej que no se ha enredao en arguna ñanga...

—Güeno.

Al doblar un mogotito, cerca del Pozudo, vieron que el mangle más viejo de las islas había caído sobre el estero. Sus ramazones gigantescas estaban

hundidas en el agua. Sus raíces, desarticuladas, rotas, sanguinolentas, salían del fango, en ímpetus de marcha. Sordo mugir de la corriente detenida, ululaba en los alrededores. Se formaban una especie de revesas pequeñitas en el cruzar de las varengas caídas.

—Lo que oímo anoche...

—De verdá.

Se acercaron rápidamente, guiados por un secreto presentimiento. Se colocaron en medio de las hojarascas a medio caer. Orillandito al tronco enorme, titánico, respetable en su monstruosidad y dureza.

Cuando, de pronto. Con un acento indefinible. Todo rabia y dolor. Que les hizo estremecer. La voz de don Leitón:

—¡Mardita sea!

Atónitos, extáticos, se volvieron:

—¡Qué!...

—¡Don Goyo!...

No tuvo que enseñar. Lo hallaron al instante.

Estaba sumergido en el agua. Totalmente desnudo. Prendido de las ramas vigorosas del mangle caído. Tenía los ojos abiertos. La boca iluminada por una extraña risa que imponía. Los músculos se habían esponjado. El cuerpo daba una impresión rotunda de fuerza y lozanía. Prieto, rugoso, formidable, parecía confundirse con la carne del colosal habitante de las islas.

—¡Don Goyo!...

Les daba miedo acercarse. Les parecía que el vie-

jo cholo se iba a mover y les iba a hablar. Que acaso los cogería y los arrastraría al fondo del estero. A dormir el mejor sueño entre los peces y las conchas.

—¡Don Goyo!...

Don Leitón, al fin, se decidió. Lo cogió por los cabellos, sumergiendo un poco el brazo. Cuando estuvo a flote, los demás, temblando, lo ayudaron. Lo levantaron en peso. Y lo acostaron al plan de la canoa.

Empezaron a bogar lentamente. Sintiendo que sus carnes se les mecían como hamacas. Y que los dientes intentaban brincar.

—¡Don Goyo!...

9

Ña Andrea—apenas lo vió—murmuró:

—¡Hay que mandarlo a San Miguel!...

No arrojó una lágrima más. No tuvo una frase de dolor ni de protesta. Se arrinconó en una de las esquinas de la casa. Y miró con ojos extraviados la escena que se desarrollaba a su alrededor. Cualquiera, al verla, hubiera pensado que era una extraña que asistía a un duelo más.

Don Leitón continuó la frase de ña Andrea:

—Sí; y hay que mandarlo ya mesmo. Antes de que se hinche más. Y se vaya a reventar. Vamo a preparar de una vej la canoa máj grande. Necesito doj bogas.

El maestro Lino rápidamente se construyó un ataúd, toscamente labrado, con las primeras tablas que encontró. Y en él, medio envuelto en unas sábanas, colocaron a don Goyo. Después, lo trasladaron a la canoa. Se embarcaron los cholos. Y empezaron a bogar. Ña Andrea comentó:

—¡Que no hayamoj podido ni velajlo!...

El día pasó monótono, fastidioso. Todos los cholos estaban arrinconados. Silenciosos. No sabiendo qué hacer ni qué decir. Nadie se había preocupado de comer ni de hacer nada. Cuando más, habían echado su siestecita. Queriendo así matar la intranquilidad de su espíritu.

Y es que les parecía que—después de todo—ellos y sólo ellos tenían la culpa de la muerte del viejo cholo. Por no haber sabido oírlo, cuando quizá, como siempre, debía de tener la razón. Y a ratos, se imaginaban la batalla que habría librado el viejo cholo consigo mismo. Dudando entre si abandonar o no a su mujer, sus hijos, su gente. Y, sobre todo, su cerrito.

A veces, uno que otro se asomaba a la ventana. Y empezaba a mirar al estero interminable, que se-

guía corriendo indiferente, como si nada hubiera hecho.

Ya entrada la noche, Cusumbo invitó a la Gertru a ir a la orilla. La chola había perdido toda su voluntad y lo seguía a cualquier parte:

—¡Güeno, vamoj!...

Se sentaron sobre unas ramazones enormes, que casi entraban al agua. Se sentaron pegaditos, atentos siempre a la llamada de su atracción sexual. Hablaron quedamente, suavemente, sintiendo que las palabras se les enroscaban a veces en la garganta. Y eran difíciles de decir.

La noche estaba oscura. Hacía un viento fastidioso, que agitaba todo a su alrededor. Una algarabía de ruidos intermitentes machacaba constantemente los oídos. Sólo las casas del Cerrito de los Morreños se ponían silenciosas y taciturnas.

Cusumbo se lamentaba de la muerte de don Goyo:

—Sí, Gertru, ¡era er hombre máj bueno quei conocío!

—¡De verdá!

—Y too porque queríamo picar máj mangle.

—Ej que teníamo que vivir. Y er crestiano debe vivir en cuarquier forma, con tar que Dios lo ayude!

—Puee ser... ¡Pero me ejtá dando pena!...

Cusumbo había empezado a pasarle el brazo por detrás de la espalda. Y suave, pero firmemente, empezaba a atrerla hacia su cuerpo. Ella inició un movimiento de protesta:

—Ya empezáj otra vez con laj andada...

—Ej que...

No pudo terminar. La Gertru, angustiosa, murmuró:

—¡Ve!...

Allá, en el centro del río, estaba don Goyo. Parecía abofetear la negrura de la noche. Se deslizaba sobre el agua como sobre tierra firme. Tenía un aspecto de fortaleza que nunca se le viera. Iba rodeado de tiburones y catanudos, que parecían rodearlo sumisamente, hilvanando alfombras de espuma a su paso. Estaba completamente desnudo. Reía con una extraña risa triunfal.

Los quedó mirando breves instantes. Levantó la mano derecha. Les hizo un breve signo de adiós. Y empezó a nadar. Iba pausadamente. Con una majestad que imponía. Tras él—en cardumen—los cuerpos oscuros de los monstruos marinos.

Cusumbo tartamudeó:

—¿Taremoj soñando?

—Tarvé...

—De toos moos, noj casamo la semana que viene...

—Güeno.

La visión no duró mucho. De repente, se escuchó un remolino. Se vió saltar a don Goyo, en salto inverosímil. Vinieron hasta la orilla los oleajes de las aguas brincadoras. Después, todo se perdió en la oscuridad de la noche negra...

Unas horas más tarde—cuando ya todos se encontraban descansando en su cuero de venado, bajo el toldo—se oyó ladrar a los perros. Ña Andrea fué la primera en levantarse, dirigiéndose a la ventana:

—¿Quién ej?

De la orilla vino la voz gruesa y emocionada de don Leitón:

—¡Yo, ña Andrea!...

Esta, al oírlo, bajó casi volando. En un segundo se puso al lado de los recién llegados:

—¿Qué les ha pasao, don Leitón?

—Puej le diré, ña Andrea. Una esgracia... Argo que yo no me explico...

Y en su tono, medio de emoción, medio de espanto, le empezó a referir...

Todo el día les había ido muy bien. El difunto no les había dado qué hacer. Apenas si el olorcito...; pero eso era natural. Habían llegado hasta Cascajal, que no lo pudieron atravesar, porque estaba picadísimo. Así que tuvieron que esperarse hasta entradita la noche.

Se notaba que al viejo cholo le estaba duro seguir contando. Empezaba a temblar. Su voz se hacía entrecortada. Su frase, difícil. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, continuó:

—Pasamo Cajcajal mu tarde. Se había calmao un poco. Yo le ije a loj muchacho que remaran máj juerte pa poder llegar pronto. Cuidao, se noj iba a descomponer er difunto. Y en eso noj hallábamoj, cuando, de repente, sentimoj un remezón y oímoj un

chapoteo en er agua. Noj gorvimo. Y entoncej todas laj carnej se noj pusieron aguaas como hamacaj der miedo. Don Goyo se había largao. Con ataú y too. Lo bujcamo un rato. Pero quién encuentra a un defunto en Cajcajal y de noche... Mañana lo iremoj a bujcar, si usté quiere...

Ña Andrea lo quedó mirando fijamente, largamente. Y le habló:

—No, don Leitón. No lo bujquemoj máj. ¿Pa qué?... ¡Too eso tenía que ser!

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE
IMPRIMIR EN LOS TALLE-
RES IMP - ROT EL DÍA
10 DE JULIO DE 1933